

Julián López  
UNA MUCHACHA MUY BELLA



ETERNA CADÊNCIA  
EDITORA



JULIÁN LÓPEZ

## Una muchacha muy bella

Una estatua del Botánico, un pullover tejido con ochos, unas postales de viajes que se envían del correo de la esquina, chocolatinas Jack o Topolino, comida preparada de a dos –“¿A quién podría contarle la extraordinaria sensualidad de una cena de salchichas frías y humo de 43/70?”– son las piezas entrañables del tiempo en que una madre sola y su hijo han pasado juntos hasta el secuestro o muerte de ella. Sin embargo, *Una muchacha muy bella* no es un testimonio sino de una ficción y su narrador. Este narrador no será un H.I.J.O. con puntitos en el medio sino quien narra todo lo que la madre no podría narrar en un campo de concentración ni en los tribunales –a la picana no le interesa *Titanes en el ring* ni cómo se hace un traje de extraterrestre; esos datos suelen ser irrelevantes para los jueces–: el testigo-narrador no recuerda para evocar la vida de una víctima sino para hacer existir a su madre bajo la luz de su mirada amorosa, con la precisión de sus metáforas, la misa a las pequeñas cosas.

Con una prosa finísima y una morosidad de detalles propia de la letanía pero también del poeta, Julián López ha escrito un libro inolvidable.

MARÍA MORENO

Julián López

UNA MUCHACHA  
MUY BELLA



ETERNA CADÊNCIA  
EDITORA

# Índice

Cubierta  
Sobre este libro  
Portada  
Dedicatoria  
Una muchacha muy bella  
Sobre el autor  
Página de legales  
Créditos  
Otros títulos de esta colección

*A Francisco, a Elsi, a Delia,  
a Oscar, a Guillermito.*

Mi madre era una muchacha bella. Tenía la piel pálida y opaca, hasta podría aventurarme a decir que azulina, un destello que la hacía única y de una aristocracia natural, lejana de toda trivialidad mundana. Tenía el pelo negro; claro, ya dije que era una muchacha bella, lacio pero pesado y con un diseño de cabellera como no creo haber visto. No hablo de su peinado, de la manera en que lo dispusiera su pelo caía gracioso y en forma, siempre parecía prolijamente recortado. Hablo del contorno de su pelambre, del dibujo lineal de ese océano de antenas flexibles en el que terminaba el piélago de su cara. Nacía simétrico y visible en el contraste, potente en cada uno de sus hologramas tubulares, y dibujaba un corazón sutil en el inicio de la mollera que a medida que bajaba se hacía cóncavo en las sienes elegantes.

Mi madre era una muchacha bella y voluptuosamente delicada; aun cuando pasáramos la vida que vivimos en una casi absoluta soledad, tenía un modo extraordinariamente sensual de ser para sí y, claro, ahí estaba yo con mis siete años, también para mí.

Hablaba de un modo profundo y a la vez despojado de la pretensión con la que hablan quienes quieren impresionar o quienes querrían ser intelectuales o, incluso, quienes quieren seducir. En medio de alguna palabra poco usual, adoraba acicatear su lenguaje con insectos verbales que lo mantuvieran despierto, tiraba con las manos su pesada cabellera hacia un lado o hacia el otro, como el paño suntuoso de un torero; clavaba sus pupilas brunas en el piso –¿dije ya que mi madre era una muchacha muy bella?– y las ascendía lentamente hasta mis ojos para entonces retomar la velocidad de sus argumentaciones casi siempre indignadas, casi siempre ofensivas, casi siempre ingenuas.

Vivíamos en un departamento de dos ambientes con una cocina luminosa que daba al pulmón de un edificio modesto pero sofisticado, esas construcciones de los 50, de no más de tres pisos sin ascensor, fresca en verano, helada cuando llegaba el otoño. Nuestra casa tenía un baño revestido de mosaicos negros, juntas verde pálido y grifería que alguna vez fue importante pero que envejeció con la premura con que uno pasa las páginas de una revista de moda de temporadas anteriores. El departamento tenía un balcón inutilizable porque con solo abrir la puertaventana se caían a pedazos

las molduras del frente. Además mi madre odiaba el hollín que llegaba desde la avenida a dos cuadras y también odiaba el ruido que venía desde más lejos, como del centro de los autos y de la circunvalación de los camiones, y temía a los pájaros que anidaban en los fresnos que daban su verde a nuestras dos ventanas. Una vez la vi refugiarse en mi cuarto por un pichón de calandria todavía sin plumas que la madre pájara habría arrojado del nido por imperfecto y agonizaba en el borde de nuestro balcón. Con un palito terminé de expulsarlo para que mi madre saliera de la madriguera y el pequeño monstruo terminara sus jadeos directamente en la calle.

Durante un rato lo miré para tratar de ver en qué momento terminaba de cuajar esa gelatina, en qué segundo terminaba el estertor. No tenía plumas y tenía los párpados sellados pero había sido desairado por su madre y temido por la mía: ya se podía morir.

La casa era un living con paredes rojas que terminaban en plafones de yeso en los que se escondían los tubos fluorescentes que solían titilar una agonía rítmica más que aclarar el ambiente. Había algunos adornos que colgaban: un sombrero mexicano, de plata, del tamaño de la palma de una mano pequeña, un sol azteca de bronce, con gesto agrio y una barba de colores tejida que terminaba en un puñado de cascabeles, una foto enmarcada de Anouk Aimée y Jean-Louis Trintignant que había mandado mi tío desde París, una foto del Che, a quien mi madre llamaba “mi novio”, pegada con una chinche, la reproducción de un grafito de Alonso –una mujer sentada en el suelo, con la espalda encorvada y que parecía desnuda– y unas pocas tarjetas.

A mi madre le gustaban las postales de Holanda en época de tulipanes, ella misma las compraba, les escribía el dorso con pequeños relatos de viaje y las metía en el buzón para que yo las recibiera, más o menos 40 días después. Entonces nos juntábamos en la cocina a tomar el té y comer budín inglés y a que ella me contara todo lo que no había podido escribir en el poco espacio de la tarjeta. Mi madre adoraba describirme los pormenores del periplo: los valles rojos en los que crecían espontáneas las amapolas, las comodidades medidas del camarote del tren que llegaba desde los Urales, bordeaba el Danubio o la hacía conocer primero Pest y luego Buda, o los deliciosos caramelos de violetas que vendían en la *pâtisserie* Sachel, en Viena. La fascinación agrandaba las pupilas oscuras de mi madre, que aprovechaba el

relato para instruirme en materias diversas: desde una especie de geografía de ensueño hasta una antropología de imprecisas exageraciones europeas.

Hasta entonces por lo menos, mi madre no había salido del país y solo conocía Chapadmalal, Embalse Río Tercero, en Córdoba, Necochea, Tandil, La Reja, la ruta 12 y El etrusco, un hotelito de Paraná.

Sin embargo, cada vez que por algún motivo visitaba un barrio nuevo volvía a casa como una Marco Polo agotada por la excitación de la travesía a contarme las extrañas costumbres de los vecinos de Floresta o de Villa Real, los tipos de árboles que tenían las aceras, si había visto jaurías callejeras, o descubierto bibliotecas o museos o algún viejo orinando en un cantero.

Adorábamos viajar y yo aprovechaba para sacar los pedacitos de fruta brillantada del budín y mirar por los agujeritos que quedaban mientras mi madre, en plena posesión de sus relatos, los recogía con una destreza asombrosa y se los comía sin darse cuenta y sin retarme.

Por las noches el living se convertía en cuarto. Ahí dormía ella, en un sofá que se hacía litera y mentía una comodidad trabajosa y una compleja facilidad de armado. Mi madre se quejaba por no encontrar sábanas que se ajustaran a la medida de su catre, las había enormes o las había grandes, incluso las sábanas chicas resultaban desmedidas para su cama. Una vez llegó con una bolsa con una pieza de percal blanco, una enorme tijera plateada, algunas agujas y un carretel de hilo. Lo primero que hizo fue buscar el dedal, una alhaja de porcelana, un legado que venía de las mujeres diluidas en no se sabía bien qué generación de la familia de su padre. Una joya que nadie usaba, bella pero incómoda, cargada de una potencia insoportable: el dibujo borroneado de la historia de esas mujeres que llegaron a nosotros con *todo eso mordiente, vencido y mutilado* a través de mi abuelo.

Yo miraba su cara cuando desdoblaba el pañuelito en el que guardaba la miniatura y nunca supe qué palabra era esa que había que deletrearle al aire del momento para entender la escena.

–Mañana las hago –dijo, entusiasta.

La bolsa con el percal blanco se convirtió en un gato, cada nuevo día se iba acomodando entre los almohadones del sofá hasta hacerse un ovillo desapercibido. Cuando llegaba la noche que obligaba a la transformación del living en dormitorio, la escuchaba encontrarla y maullarse por lo bajo: Mañana...

Uno de esos días dejé de ver la bolsa, y el percal se convirtió en un

animal embalsamado en lo alto del modular.

Nuestra casa no era un buen lugar para mascotas.

Recuerdo ver alternadamente tres libros sobre la mesita ratona que era su mesa de luz solo después de que su cama estuviera lista y la mata de su pelo reposara ya sobre la almohada. Habría muchos más pero recuerdo solo esos: *La rama dorada*, un estudio sobre magia y religión de James Frazer, editado por Fondo de Cultura Económica, *Cien años de soledad* y *El varón domado*, de Esther Vilar. Del latinoamericano me bastaba el título para convocar toda mi altanería contra el autor, ahí no me iba a meter, ¿cuánto tiempo mi madre lo llevó consigo, cuántas veces la vi meterlo en su cartera antes de salir y cuántas veces al llegar a casa su primera acción era aprontarlo sobre la mesa? Los recuadros azules y las letras rojas de las tapas fueron un motivo impreso que acompañó mucho tiempo de nosotros, mucho. Creo que podría decir que una centuria completa. A ese libro me lo sabía de memoria.

Del de Vilar recuerdo el impacto que me produjo el final de la dedicatoria de la autora a todos los lectores, creo que fue la primera vez, y no sé si no la única, que escuché que un libro me hablaba: *a los demasiado viejos, demasiado feos, demasiado enfermos*.

Del otro recuerdo que tenía muchas páginas y que el deseo se me iba apagando veloz después de las primeras líneas. La lectura siempre me fascinó pero los libros siempre dejaron de interesarse en mí casi al mismo tiempo en que yo tomaba envión y me decidía a aventurarme. Parecen mujeres los libros. O parecen hombres.

Cuando estábamos en casa mi madre solía pelar chauchas de arvejas, habas, o vainas de frijoles zainos; no recuerdo las comidas que hacía con esos vegetales aunque sí recuerdo que la humedad y el brillo de unas y de otros semejaban perfectamente la piel de los dedos largos y elegantes de las manos de mi madre. Su índice pasaba suave y firme sobre la juntura vegetal y detectaba el lugar exacto en que la estructura cedería ante la presión, un crujido inaudible que destrababa la cerradura natural de las chauchas e instantáneamente hacía caer las perlas verdes o los botones jaspeados al interior del bol donde rebotaban hasta ubicar su lugar definitivo.

Mi madre parecía una perfecta asesina de vegetales, la veía liquidarlos con una natural frialdad de la que ella no era realmente consciente.

Cada tanto paraba un momento y prendía un 43/70, con el que alternaba

la tarea. Pero en ella, en esos momentos, no me parecía un placer sensual. Cada bocanada, tal vez por fumar ese tabaco mezcla de negro y rubio, lejos de afirmarla con el *you've come a long way baby*, parecía detenerla como a una chica de provincia que mira asustada los carteles de la ruta, acobardada en su huida, a pocos pasos de la salida de su pueblo.

Creo recordar –aunque, ¿es una cinta de fotogramas sueltos que edito para tener una película magnífica, una historia para contarme?– que las manos de mi madre pasaban tardes enteras desgranando vegetales y que en esas noches me tocaba vaciar los repasadores que mi madre desplegaba en la cocina para tirar los desechos de las habas y de las arvejas: las chauchas vacías y la maraña de hilos verdes.

Metía todo en unas bolsas de nylon que mi madre hacía asomar desde el cajón de la alacena como para sugerirme que la liberara de eso. Yo lo hacía apenas caído el sol, cuando mi madre se encerraba en el cuartito de servicio que teníamos detrás del lavadero, supongo que a llorar o a maldecir, o a planear los mejores modos de que yo no hubiera aparecido.

En verdad no creo que haya llenado alguna vez una de esas bolsas. Lo que no olvido era el olor del cubículo del incinerador. El vacío negro cuando bajaba la compuerta, el aire fresco que salía de esa boca oscura; tener que animarme a soltar la bolsa y no poder correr rápido como para no escucharla caer y sentir el rebote en el sótano, porque tenía que asegurar la compuerta antes de salir disparado, azuzado por monstruos impalpables. No sé bien por qué caminaba hacia el incinerador con una certeza de la que yo mismo no estaba al tanto, las plantas de los pies en pasos plenos, prolijos y asordados para evitar cualquier torpeza que pudiera retrasarme. No sé por qué estaba seguro: si prestaba atención en serio, si me quedaba a escuchar, esa boca negra que terminaba en el subsuelo podía hablarme.

Mi madre era una muchacha bella y me amaba. Pero no es difícil suponer que de ser una muchacha bella, enamorada de un hombre increíblemente apuesto que le proponía romance perpetuo, a convertirse en una madre abandonada hay un largo trecho.

Un trecho que se hizo carne con patas –y sobre todo puro ojo, como dicen las vecinas–, que soy yo.

Una humanidad casi siempre callada y obediente –salvo cuando me encerraba en el cuartito durante los ratos en que mi madre se ausentaba, para llorar o maldecir, o para planear los modos más efectivos de desaparecerme–.

Mi madre me amaba. Es más, podría decir que mi madre me amaba locamente. Mi madre me amaba, claro; pero yo era su hijo.

Esa muchacha bella enumeraba mis virtudes mientras me acariciaba el pelo. Supongo que se dictaba en voz alta la lista de poderes con que yo podría liberarla del yugo de ser madre. Como si en esa caricia en realidad me estuviera alimentando, una comida moral que engordaba los músculos de una hombría que llegado el momento iba a aliviarla, a enorgullecerla, a hacerle olvidar la grisura de la que se tiñeron sus sueños libertarios.

Mientras soltaba esos conjuros hundía con enorme suavidad sus uñas delicadas en los senderos que se abrían en mi cabellera y recorría el perímetro de mi cabeza dando el rosario de mis cualidades; así pasaba las horas de la tarde.

Pocas veces, solo algunas y el problema es que no puedo dejar de recordarlo, sus dedos se topaban con un remolino doble que tengo en lo alto de la nuca y se crispaban un poco: en la fricción contra mi pelo sonaba un crujidito inaudible, entonces en la cara de mi madre se soltaban las perlas de sus ojos y ella se daba a una carrera contenida y desatada y se encerraba en el cuartito de servicio.

Yo procedía a peinarme frente al espejo del baño, solo mojaba el peine con un poco de agua clara y me arreglaba la selva salvaje que los dedos de mi madre me habían dejado en la cabeza.

Al contrario de ella yo soy pelirrojo. Mi pelo es una cantidad infinita y desbocada de esquelas que recuerdan a mi progenitor. Un incendio permanente –dice mi madre–, y a través de los ojos se le escapan como ovejas asustadas las ganas de apagarme.

Mi madre era una muchacha bella. Mi madre me amaba y conocía al detalle mis virtudes potenciales. Mi madre admiraba el hombre en estado de semilla que había en mí.

Pero yo era su hijo.

Una vez por mes mi madre me ponía el trajecito celeste, un ambo de guayabera con botoncitos dorados y pantalones cortos que me había mandado a hacer para las ocasiones especiales, y me llevaba a almorzar a Bambi o al cine y después a tomar el té a Steinhauser o a la Casa Suiza. Ella decía que una vez por mes la dedicábamos a una salida *como la gente*, aunque yo tengo recuerdos tan escasos que no creo que la regularidad mensual haya sido obedecida. Supongo que la felicidad que prometía el plan y el anhelo de que

podiera multiplicar los momentos de deleite conmigo hacían que mi madre creyera que era un rito pasible de ser repetido periódicamente. No podría asegurarlo pero no sé si fuimos al mismo lugar más de una vez, que por supuesto se repetía en la memoria, en las charlas con las que mi madre me contaba lo bien que la habíamos pasado juntos en esos lugares extraordinarios a los que me llevaba.

Yo adoraba Bambi, era un restaurante único en Buenos Aires, sobre una calle arbolada de Barrio Norte, informal pero distinguido aunque no demasiado caro, y la curiosidad era que uno mismo se servía la comida desde unas bateas en las que estaba todo el menú. Yo siempre tomaba una botellita de Delifrú de damasco y mi madre pedía el de tomate, con sal de apio, el más delicioso, claro, y el que yo habría pedido si no fuera porque el que lo pidiera ella lo convertía en un modernismo exclusivo para adultos. Entonces en la ciudad no había nada como ese lugar y el paseo se tornaba extravagante y sofisticado.

Yo adoraba Steinhauser, las tarteletas de frutilla eran un verdadero evento, luminosas como vitreaux de catedral gótica en lo alto de la nave y deliciosas como solo la mejor repostería alemana puede ser. Me gustaba sentirme elegante y compartir con mi madre el orgullo de pasar el rato en una salida especial que no iba a poder relatar a mis compañeros de escuela porque lo más encantador, y en ese tiempo no podía desentrañarlo, era lo simbólico. Alguna vez intenté contarle a Darío, mi compañero de banco, lo que era una tarteleta: supongo que mi descripción lo hacía ver puentes colgantes suspendidos en la bruma porque la expresión de su cara se reconcentraba a medida que yo intentaba ser específico. En un momento me detuve, era tan evidente mi fracaso que dejé de hablar en medio de alguna palabra que a mi amigo le resultaba rebuscada. Una merengada grande, me dijo.

De la Casa Suiza me acuerdo de que lo primero que traía el mozo era un triolet de metal plateado y bandeja de vidrio lleno de masas finas ordenadas según la humedad o el tipo de relleno. No puedo olvidar la decepción al enterarme de que “no se podían comer”; yo creía que eso correspondía a nuestro té, que solíamos acompañar con tostados de jamón, queso y tomate, y la primera vez que llegó ese estandarte de crema y mazapán y almendras y pequeñísimas brioches nevadas con azúcar impalpable no dudé en abalanzarme.

Mi madre pescó mi manotazo y no sé cómo, con el rigor de qué palabra o

de qué gesto, me anotició de la desgracia: las masas eran la oferta del diablo, no estaban incluidas en nuestro té y era costumbre de las confiterías tentar a los comensales con las delicias que abultarían la adición del final conforme la mano regordeta las hacía desaparecer de a una.

Para mí era una crueldad incomprensible, me llenaba de estupor ver que seguíamos viviendo como si tal cosa, como si caminásemos por un sendero al aire libre, en un pic-nic versallesco y no nos diéramos cuenta de que en realidad pisábamos descalzos un nido de serpientes venenosas en los suburbios de Nueva Delhi. No podía comprenderlo y miraba las mesas en las que el triolet era visitado con permiso; en general mesas de señoras grandes y bastante espamentosas que parecían disfrutar de la elección de la masa más prometedor, más llena de crema, más sabrosa.

Mi madre siempre tomaba café fuerte, doble. Después del primer sorbo encendía un cigarrillo, daba una larga pitada y lo olvidaba en el cenicero. No era extraño que repitiera la acción y se encontrara fumando dos a la vez. Supongo que le gustaba la sensación de lo nuevo, lo inaugural, y que cuando la cosa comenzaba a repetirse su memoria desaparecía.

La volvía loca el ice-cream soda, le encantaba. Solía contarme encendida la visión de esos largos vasos tricolores en su infancia, las tardes inolvidables en La Vascongada, con sus primos, sus hermanos y ese dominó tubular en el que de a poco se mezclaban el rubí de la granadina, la tersura de la crema y la explosión de chispazos de la soda. Era genial escucharla tan apasionada, sabiéndola fácilmente feliz ante el manjar y compartiendo una niñez llena de iguales, sencilla.

En la Casa Suiza, o en cualquier bar en el que nos sentáramos, ella llamaba al mozo con enorme educación, y con una urgencia pícara y sonriente pedía su café negro y doble, un cenicero, y *un gran ice-cream soda de vainilla para mi hijo*.

Yo nunca fui muy amante del helado con soda, crema y granadina y me imaginaba mejor con el menú opuesto. Moría por sentarme en un café de esquina en Buenos Aires a mirar por la ventana, a leer el diario, a tomar incalculables tazas de café negro y doble, a fumar mi atado de 43/70 hasta llenar de colillas todos los ceniceros. Pero me proponía hacerla feliz a ella –lo que en ese caso parecía tan fácil de lograr– y sonreía frente el ice-cream soda lleno de azúcar y de ese jarabe coloreado que me daba náuseas.

Como tomaba apenas algunos sorbos para complacerla, mi madre hacia el final de la merienda se ofuscaba un poco: *¿para qué lo piden si después no lo*

toman?, decía. *Es un gastadero, semejante ice-cream ahí, muerto de risa. Cine, confitería y la mar en coche*, sentenciaba, aplastaba su tabaco contra el cenicero y volvía a llamar al mozo para pedir la cuenta –esta vez educada pero seca–, pagaba y se levantaba con movimientos decididos.

¿Quién hablaba por mi madre y a quiénes? ¿Qué era ese plural que aparecía para terminar nuestra salida? ¿Quiénes hablaban en mi madre?

Hay una luz oscura, podría decir que azulina, una luz que define los perímetros del mundo como creo no haber visto en otro tipo de ambientes. Como si ciertas hojas refractaran una opacidad que reluce y tradujeran la luminosidad de una manera más material, más granulosa. Pasa algo en el aire de esos ambientes, todo parece quieto. Y todo parece extraño y reconocible.

Mi madre me llevaba bastante seguido al Jardín Botánico. Pasábamos largas tardes en el silencio que imperaba en ese bosque delirante. Era increíble estar en la ciudad y de pronto atravesar lo verde en medio de ese azul mudo y rugoso; cada cosa se oía magnificada, cada una de nuestras pisadas era el recordatorio de que por ahí caminaban nuestros pies y que cada uno de nuestros pasos suponía un acto de consecuencias inadvertidas. Un tendal de bichos moribundos tras nosotros, de brotes incipientes demorados, de esporas de hongos aplanadas en su cópula reproductora, todo lo que vivía esplendorosamente atraído por el agua de esos gránulos del aire, esas pequeñas piscinas inmatrimiales que multiplicaban el sistema.

Cada uno de nuestros pasos tenía consecuencias: nos recordaba que estábamos ahí, madre e hijo atravesando el bosque. Un espacio amniótico en medio de la electricidad citadina, en esos senderos de oscuridad luminosa y de silencio victoriano.

Había un mundo para mí, un lugar lleno de misterio y de belleza. Aunque todo lo que se pudiera hacer era contemplar, entrar en un alfa obligado, visitar a las carpas en los estanques y soñar que les acariciaba el lomo y me devolvían nobleza y fidelidad, como los animales de *Los blancos caballos de agosto*.

Lo natural era una experiencia desconcertante. Íbamos por esos túneles frescos y opacos y de pronto aparecíamos en claros redondeados en los que el sol señalaba piedras bellas. La prolijidad de la luz y de la sombra sorprendía. Una y otra eran reinos perfectamente delineados aunque en algunos tramos

confundieran su linaje. Las hojas verdes que irradiaban azul parecían centinelas secretos; en cualquier caso eso era evidente: cada una de las cosas y cada uno de los estados de ese lugar eran una voz que profería silencio. Caminábamos por los túneles y de pronto avistábamos y salíamos a terrazas de luz en el final.

A mi madre se le llenaban los ojos de lágrimas ante la vista de cada escultura: *Los primeros fríos*, un anciano de barba, sentado, abrazando a una niña; *Sagunto*, una madre que sacrifica a su hijo y se quita la vida para adelantarse a las tropas de Aníbal; la serie de piezas dedicadas a la VI sinfonía de Beethoven, la *Flora Argentina*. Casi todas reproducciones de originales europeos.

Nos deteníamos ante cada obra y ella me leía los bronces que informaban acerca del escultor –recuerdo solo nombres de varón–, las características de la pieza y las líneas argumentales. En su voz esos relatos se convertían en una especie de *master class* exageradamente grave, aunque a mí me fascinaba saber los nombres de quienes habían podido torcer de ese modo las rocas del planeta. Me fascinaba tanto como plantarme ante la *Saturnalia* o la *Columna meteorológica*, regalo de la comunidad austro-húngara por el Centenario de la patria que recibió la oleada de hijos de su imperio degradado.

En medio de tantas Venus me encendía. Me acercaba, nupcial, con los pasos medidos con que se entra al templo en el que se desposan los amantes, las rodeaba despacio, como si mis ojos pudieran acariciarlas de una manera nueva para ellas. Daba vueltas para descubrirlas vivas. Las acechaba con mi mirada de niño serio para que me revelaran todos los secretos que era evidente que poseían. O pretendía azuzarlas para sorprenderlas en un temblor, en un suspiro palpitante que hiciera que se rindieran a mí, por la *gaffe* de la evidencia. Les hablaba en la lengua de los muy intencionados, un lenguaje mental que muy pocos niños conocen y que yo pensaba que me convertía en un seguro encantador de formas mudas. Tenía el desaforado anhelo de que me avistaran desde su piedra y posaran su mirada en mí.

Que me eligieran por sobre su belleza eterna. Que me miraran y volvieran a la vida.

Mi madre solía dejarme un rato solo, sentado en alguno de los bancos de herrajes y listones de madera, cerca de la pequeña cascada del riacho artificial que aparecía y desaparecía según las necesidades del camino. Entonces era usual que los chicos pudiéramos estar un rato solos en un lugar público. Las asechanzas eran poco probables, eran hasta inimaginables, desconocidas. En cierto momento mi madre comenzaba a ponerse ansiosa, llegaba a impacientarse conmigo. Cambiaba su batería de gestos y, aunque en su apariencia eso fuese imperceptible, yo entendía que ese iba a ser el rato de la soledad. Una de las contraseñas que permitían avanzar al momento era inconfundible: farfullaba una frase en medias palabras que terminaba con la perfecta dicción de *siempre en las polleras de su madre*. No me lo decía a mí, por lo menos no directamente, aunque era evidente que mi actividad exclusiva era –¿es?– estar con ella. ¿A quién le hablaría mi madre, a quién le recriminaría cobardía? No me miraba cuando lo decía y no dirigía sus palabras hacia mí. Pero ahí estaba yo. Ahí estaban sus polleras.

Una vez nos cruzamos con una señora con sus hijos, una niña y un niño; el chico estaba quieto, sentado en uno de esos bancos, aunque parecía concentrado en una actividad excluyente, casi se podía escuchar el runrún de un motorcito en el entrecejo de esa cara un poco malévola. Recuerdo que la escena me resultó atractiva, era la imagen de una especie de cerebro maldito en el momento de la planificación. ¡Qué extraordinario pescar a alguien en el minuto previo!, en la etapa en que todavía todo es potencial y perfecto.

En un costado, en el piso de piedritas de ladrillo partido, la nena jugaba sola, hablaba las voces de diferentes personajes que acordaban ante cada afirmación del otro y mostraba una comunidad estúpidamente armónica en la liviandad de su pequeño cuerpo. Era una niña empeñada en mostrar que era una niña, convencida de su niñez, teñida de polvo anaranjado.

Mi madre se acercó a la señora y entabló una conversación casual, le habló de sus hijos, de lo bueno que resultaba aprovechar los días de sol en el Jardín Botánico. En un instante fue evidente que con pocas frases –y una destreza digna de una asesina de chauchas– había arreglado que me quedara con ellos, al amparo de la vista de la señora que tejía bajo un sauce, para

poder ausentarse unos minutos. La maniobra de mi madre fue una estrategia para evitar hasta el más mínimo gesto reprobatorio en la mirada de la señora. Respecto de mí y de mi mirada, ella sabía que yo sabía que, naturalmente, una mujer, en algún momento, tiene que ausentarse.

Me miró y me dijo: ¿Por qué no jugás con el nene?; lo miró y le preguntó: ¿Cómo te llamás, querido?

–Santi –retrucó el nene, que parecía un experto en conceder en cuestiones que de ponerlas en un plano de conflicto perdería de antemano–. Santi –dijo–, como explicando a mi madre que le contestaba para ahorrarse el seguro cachetazo de su propia madre si se atrevía a contestar honestamente ¿y a usted qué le importa?

Después de conseguirme esa contraseña mi madre se fue veloz, siguiendo la serpentina de agua más allá de la cascada.

Esclavo de esa estrategia de servicio de inteligencia me senté al lado de Santi pero no probé ninguna táctica de contacto. Era un niño pero parecía un viejo, vestido con ropa de lana casera, un modelo que podía calzarle a un hombre de edad mediana, a una vieja de centro de jubilados, a una niña más o menos desgraciada. Estaba sentado con una calma exagerada, en silencio, quieto, y respiraba como concentrado, como si trabajara de respirar.

No sé cuánto tiempo estuvimos así, balanceando los pies con los zapatos acordonados de punta redondeada, los míos marrones, los de él negros, sin hablarnos.

–Santi –me dijo directamente con un tono como de confianza y como invitándome a una charla entre colegas en los cinco minutos del cigarrillo lejos de la mirada de sus jefes. Sabe dios que todo lo que quería hacer era contestarle mi nombre al instante, prorrumpir en una charla vivaz y animada acerca de nuestros intereses. Estaba dispuesto a no pensar nada acerca de lo que me dijera, a no aventurarme a conclusiones ni a dibujos mentales acerca de sus opiniones que –¡al fin y al cabo era un niño!– de seguro me parecerían banales.

Sabe el diablo que todo lo que quise hacer fue decirle mi nombre. Pero era tanto lo que esperaba de mí que las letras se me amontonaron en la lengua y la boca se me abrió sola: Santi, dije.

Bajé la vista y volví a nuestros zapatos de suela balanceándose en el aire debajo del banco de listones de madera.

Santi no pareció notar mi decepción y supongo que asumió que compartíamos el nombre y eso lo alentó. En un momento se movió hacia mí

con total lentitud y me dijo: Mirá esto. Mis ojos lo siguieron obedientes y él sonrió de costado, una mueca mínima que me dejó muy claro que me iba a hacer su cómplice. Santi se agachó y tomó una de las piedritas de ladrillo, cuidando que ninguno de sus movimientos fuera atisbado por su madre, que tejía una hilacha de colores horribles y movía los labios finos acompañando cada estocada de la aguja macho.

Santi se marcó la frente con la piedrita anaranjada y soltó un ay asordinado pero audible; un quejido lastimero que escondía algo serio. Enseguida dejó caer la piedrita y puso sus manos en la frente mientras su gesto se torcía por un dolor mudo. La secuencia fue veloz y me dejó atónito. No entendía qué le pasaba ni por qué me había pedido que lo mirara. Como respuesta a su opaco ay la madre levantó la vista y mostró su rostro agudo – ¿No podés respirar, es eso, eh, qué te pasa hijito?–, dijo con una voz que no hubiera podido ser más que de madre, de directora de escuela, de enfermera de puesto sanitario de frontera o de sorda de nacimiento. La combinación de lanas que tejía la señora era poco menos que insultante, ¿cuál de los cuerpos de estos niños iba a vestir ese estandarte tan ordinario?, especulaba yo. Pero la paleta de lanas no era lo único horrible, la señora toda era un problema de percepción de las proporciones. ¿Cómo pudo elegirla mi madre si no hubiese sido para uno de sus trucos que la hacían aparecer como una persona normal ocupada en cosas normales?, pensaba sin llegar a articularlo completamente.

–¿Qué, mijito, qué le pasó? Digalé a la mami –agregó la señora por si en ese instante el mundo hubiera necesitado mayor vulgaridad.

Parsimonioso y con la cabeza apenas inclinada hacia abajo, Santi descubrió lentamente su frente que tenía la marca anaranjada circunvalada de rojo por la presión de sus dedos. Sin cambiar ni un milímetro la posición de su cabeza y llevando las pupilas al extremo máximo de la parte superior de sus cuencas habló. Fue la Yani –dijo–, de la nada me vio tranquilito acá con mi amiguito Santi y agarró y me encajó un pedrazo, mamita.

Entonces volvió a poner una de sus manos sobre la frente, irguió un poco la espalda, se torció levemente y miró a su hermana, que seguía su juego sin enterarse de nada.

Yo no podía creer lo que escuchaba y la excitación amenazaba seriamente la salud de mi corazón. ¿De dónde había salido ese hombre malévolo, sin escrúpulos y tan seguro de su eficacia?

La señora se levantó, clavó las agujas en el ovillo de lana, metió todo en su chismosa y la dejó sobre su asiento. Tan parsimoniosa como su hijo

empezó a caminar y enfiló con pasos irreductibles hacia la nena, que cuando percibió que llegaba el cuerpo grandote de su madre levantó la cabeza sonriente y achinó los ojos porque el sol la cacheteaba de lleno.

Fue el perfecto movimiento para que el sopapo de la madre engarzara como un rubí estrambótico, sonara pleno y la hiciera rodar sobre los montoncitos de piedras de ladrillo partido que había dispuesto así para jugar. ¡La piel de Judas sos vos! ¡Mala! –le gritó la mujer–. ¡¿Me querés decir qué te molesta que tu hermano esté tranquilito con su amiguito Santi?! Ante la vista de la nena revolcada en el naranja, la señora tuvo un titubeo mínimo, una milésima de segundo de duda, supongo que el sonoro cachetazo también la sorprendió a ella, que recompuesta agregó: ¡Y haceme la caridá de levantarte de ahí y sacudirte el vestido que lo tenés a la miseria de arrastrarte todo el tiempo! Con el envión de la última palabra dio la vuelta, llegó a su asiento y retomó el tejido de ese ¿saquito? espantoso.

Santi suspiró y pareció aliviado, más suelto, un poco más niño. Me miró sonriente y me contó que los pantalones de lana le picaban, que la comezón lo ponía nervioso y que él pensaba que los científicos tenían que inventar una tela suave y liviana que no provocara eccemas. Seda, pensé yo un poco altanero, pero no pude hablar porque la sorpresa todavía me mantenía cautivo.

–¿Querés que te muestre? –me espabiló y sin que pudiera contestarle comenzó a bajarse el pantalón y el calzoncillo por un costado hasta que apareció una costra violácea y con relieve en la parte más blanca de la piel cerca de la ingle. Con una expresión entusiasta me dijo: También tengo en el cuello y atrás de las rodillas y en los codos y algunas veces en la cara.

Definitivamente, ahora Santi respiraba con mayor holgura. La voz de su madre nos hizo levantar la vista: Nunca te olvides que los demás chicos eso lo tienen adentro, hijito, lo tienen en el corazón, y le sonrió con una cara que me dio tristeza.

La hermana se había levantado en completo silencio y había empezado a sacudirse el polvo rojo con total suavidad. Los rayos de sol que nos separaban de ella se llenaron de piedritas microscópicas y parecían barrotes brillantes que la dejaban del otro lado de donde estábamos nosotros. Salí de acá tarúpida –le gritó la madre–, andá a sacudirte detrás del vivero ¿querés?, no ves que le vas a irritar los bronquios a tu hermano.

Entonces me miró y me dijo: Es asmático el Santi, ¿viste?, no puede hacer nada.

En un momento todo pareció hacerse más silencioso y no sé por qué los dos levantamos la vista y miramos al camino que se abría enfrente de nosotros. Como si el aire se hubiese movido en ondas que anunciaban la llegada de una aparición, comenzamos a distinguir en el final del sendero a una muchacha bella. Mi madre volvía a rescatarme de una escena que no terminaba ni de enamorarme ni de horrorizarme, que tal vez me tenía todo eso y más: completamente fascinado, como los peces brillantes que se quedan inmóviles por el terror a la feroz sepia que los acecha.

Mi madre no era asmática pero también parecía más aliviada en su vuelta, aunque cuando llegó supe que tampoco conocía la palabra que definía esa manera de volver; no era alivio exactamente, era una mezcla variable de cosas, una carga renovada, una mejor arquitectura del peso que llevaba.

Siempre que volvía me parecía que tenía algo distinto pero nunca lograba identificar qué era, si la ropa sutilmente desencuadrada, o el pelo más abierto, o todo lo que cambiaba era que su cara se ensanchaba un poco. Tal vez mi madre era más mujer cuando volvía.

Caminaba de una manera delicada, voluptuosa y elegante; tenía el pelo lacio, negro, siempre como recién recortado y con un dibujo de cabellera como no creo haber visto.

Verla llegar era una fiesta que por alguna razón yo me ocupaba de no celebrar. Una fiesta que me entristecía un poco. Mi madre era una muchacha morena, de piel pálida y opaca –casi diría que azulina– y polleras de tweed forradas de seda.

Mi madre era una muchacha bella.

Le encantaba decir que sus faldas eran de tweed, como las faldas de los personajes femeninos en las novelas negras. Aunque sus faldas no fueran nunca de tweed y no estuvieran forradas de seda, mi madre era una mujer elegante. Una muchacha muy bella.

Yo no sabía por qué, pero cada vez que veía que mi madre regresaba de una de sus escapadas que la devolvían así, aunque fuesen salidas de solo un ratito, me daban ganas de no ser su hijo. Todo lo que quería era escapar de ahí, ser grande, recibirla admirado y decirle seguro: has recorrido un largo camino, muchacha.

Santi y yo estábamos sentados en el banco de la misma manera, nuestros

timbos oscuros disminuían el impulso del último balanceo, la imagen de mi madre en el camino parecía hacer caer las hojas de los árboles con mayor lentitud y mayor gracia, espirales que bajaban por el aire como si fuesen a echarse al fondo de una piscina.

Que los pies de Santi también quedaran pasmados era una confirmación que yo necesitaba: por ese camino se acercaba una muchacha bella, estaba claro. Miré su cara arrobada y mi compañero de banco me devolvió la mirada con una expresión que terminó de entristecerme, supongo que sería un mal congénito, algo que sufría toda su familia: en sus caras la sonrisa era una mueca de pena, una boyita sola perdida en un estuario de tristeza.

Santi volvió sus ojos al camino, y esa muchacha, a pasos de nosotros, era otra vez mi madre. Las cosas retomaron su naturaleza habitual y el otoño normalizó la versatilidad del aire, la velocidad y el trayecto en picada de las hojas de los robles, los álamos, las acacias.

–¿Cómo se portó? –mintió mi madre mirando a la mamá de Santi que clavaba las agujas en la lana sin enterarse de nada. Volví a mirarlo: Santi balanceaba los pies, tenía las manos en puño sobre el banco y levantaba los hombros bien pegados al cuello, otra vez estaba quieto, como la parte honda de una pileta en la que si se cae un chico se ahoga.

La nena volvió del vivero con pocas trazas de polvo anaranjado en el vestido pero con la colita del pelo un poco revuelta, y se quedó parada al lado de su mamá mirando a mi madre que dominaba la escena con movimientos que, en ese contexto, parecían de ballet. La nena era un poco menos nena ahora y la comunidad idiota que antes la acompañaba se había apagado y la había dejado sola; daban ganas de gritarles a esos cuerpos en éxodo que se alejaban de espaldas: ¡Eh, vuelvan! ¡Se olvidaron a la niña!

A mí me parecía que estábamos todos tristes porque eso era más fácil que estar enojados. ¿Pero de dónde sacaba yo esas cosas y en qué momento la bravura marina de esa escena se convirtió en la última luz de la tarde nubosa sobre un río que miente mansedumbre para entrarle a la noche?

La mamá de Santi había dejado su tejido y se había parado junto a mi madre en una ceremonia que exponía sus cuerpos como una postal inequívoca de maternidad. A un costado, la nena, sentada en el banco, revolvía la chismosa de su madre y sacaba un frasco de perfume que agitó para luego abrir, untar su índice, y pintarse de olor el espacio de atrás de sus orejas. Atraída por el movimiento y en plena posesión del personaje, mi

madre le dijo: Peero, qué rico perfume, queriidaaaaa. La nena recuperó un poco de infancia y le contestó otra vez como una nena: Es suí jónesti, señora, y su mamá retrucó a mi madre: Dulce honestidad, de Avon, una rúbrica que parecía un extraordinario e inequívoco ajuste de cuentas. Por primera vez en esa tarde presenté mis respetos a esa señora. Por primera vez en esa tarde, la mamá de Santi mostró sus municiones para hacer frente a la batalla que no sé por qué había iniciado la mía.

Mi madre dijo: Bueno, nos vamos yendo, y yo me levanté del banco pensando: nos vamos yendo, nosotros nos vamos yendo.

Me puse de pie muy lento en honor a Santi que miraba sus zapatos balanceándose y los miraba como si creyera que sus zapatos fuesen naves que arrastraban a sus pies a un vaivén que ellos no decidían. Estaba serio y casi podía escucharse el runrún de un motorcito que lo concentraba en sí mismo y lo hacía agravar el ceño.

Empecé a caminar mientras miraba la escena de las madres: el desdén de la mía y la pantomima de distracción de la de Santi. A un costado, su hermana empezaba a poseerse otra vez de la comunidad idiota y ahora era mi nuevo y fugaz y sorprendente amigo el que se quedaba solo.

Cuando llegué junto a mi madre el olor era realmente empalagoso, si la honestidad era tan dulce golosina que invitaba a las arcadas podía entender las cosas que no entendía: los tonos en la voz de mi madre y sus aires de casta diva.

Cuando llegué puse mi mano derecha en el bolsillo izquierdo de su abrigo y el frío de esa seda me devolvió algo que no sabía que casi había perdido: la sensación de la suavidad y el frío tibio.

Mi madre agradeció a la mamá de Santi y empezó a caminar llevándome dentro de su bolsillo. Esperesé un poquito –dijo la mamá de Santi– y tomó su chismosa, sacó el frasco, lo agitó, lo abrió, echó un chorrito en el cuenco de su mano izquierda, le pidió a la nena que lo cerrara, se frotó las manos y se acercó a mí con una sonrisa. Mirándome a los ojos me acarició la cara y el pelo con las manos mojadas de dulce honestidad, la miró a mi madre y dijo: Ahora sí, peinado y perfumado. Una caricia feroz.

–Decile chau a tu amiguito Santi, Santi –cerró la escena– y mi madre sacó mi mano de su bolsillo y se fue yendo conmigo detrás, confundido y aromado, en una escena en la que nadie era menor.

Me di vuelta y saludé con la mano a Santi, que no me vio, los hombros pegados al cuello, callado como un barco en la noche brumosa. A su lado un

rosal se hubiese visto más inquieto.

Mi madre se adelantaba entre jazmines del Paraguay, laureles, oscuras cortezas de tipas tucumanas y se metía en el azul de uno de los caminos que nos conducirían a la salida.

Una vez en la vereda el aire parecía distinto y la luz comenzaba a menguar, los gatos del Jardín Botánico daban comienzo a su procesión desde las guaridas. Después de una tarde de siesta, esa animalidad despierta pero narcótica parecía manchones de la noche que se avecinaba. Por entre el alambrado que limitaba el bosque los gatos tejían una trama de hábitos nocturnos que se ponía en marcha: ellos podían ver en la oscuridad, yo quería llegar a casa antes de que oscureciera.

Por alguna razón mi madre me tomó de la mano con una firmeza distinta y caminamos en silencio a la parada del colectivo. Mi madre no hablaba.

Toda la calle estaba en silencio: los coches se movían y los automovilistas gritaban, pero todo estaba en silencio.

—¿Qué es eso que le tiran a la pared?

—¿Qué? —respondió mi madre.

—Eso —le dije, señalando a unos obreros en un andamio en lo alto de una obra.

—Eso es cemento que tiran arriba de los ladrillos, para dejar las paredes lisas. Pero eso se lo tenés que preguntar al tío Rodolfo, mejor. Él sabe más.

—Sí, pero hace mucho que no viene.

—Vos sabés que está muy ocupado pero seguro que en cualquier momento se hace una escapada, tenemos que llamarlo.

—Mamá, ¿los obreros son pobres? ¿Santi y la mamá y la hermana son pobres?

La luz de la tarde se esfumaba de a poco, mi madre se apuraba y yo caminaba sin dejar de mirar el andamio con esos hombres que seguían en lo alto.

Era una estela sobre la vereda, las piernas no alcanzaban el tranco largo de mi madre y cada tanto trababan el paso siguiente y me caía. Lo bueno era que nunca llegaba a lastimarme; mi madre tiraba con fuerza y yo quedaba un segundo pataleando en el aire y calculando la manera más efectiva de volver las plantas al suelo para reiniciar la marcha con mayor eficacia. Si a mi madre no le hubiese molestado tanto mi lentitud —un enojo entre dientes le salía casi

mudo de los labios—, supongo que yo hubiera disfrutado ese revoleo en el aire y hubiese imaginado que después de mi pirueta tocaba el turno a los elefantes y a la trapecionista joven. Un cuerpo diminuto y bello, en maillot de luces, siempre al borde del abismo, suelta en sus trucos por el aire, sostenida por la angustia de los redoblantes, mordiendo el seguro que la hace girar como una tromba en la nada y la deja sobre el filo del peligro y la inminencia. Hasta que de una cúpula sin luz se iluminan los muslos fuertes, el culo enhiesto, las manos fortachonas en el columpio y el pecho soñado para que la doncella del aire se recueste y deje toda su responsabilidad de cornisa al amparo de ese varón volante que también traza su desafío al aire y también obedece, prolijo, al circo, a lo que se espera de él.

Una pantalla gris rugosa se bambolea en mis pupilas y de pronto se abre el cuadro y aparecen ellos detrás, sobre la arena, tomados de la mano, sonriendo al público. Otra pantalla de piel rugosa y gris que enrosca el inicio de su colita a la trompa del siguiente elefante en ronda y otra vez ellos, levantando el brazo libre para mostrar el fin de sus destrezas, el señorío con que también en tierra se desenvuelven ante la vista de los otros y otra colita gris enredada al inicio de otra trompa y ese ojo negro y vidriado, lentísimo en su caminata con pestañas despobladas, como un cuenco oscuro, más abismal que el más alto aparejo de la carpa, sin mujercita, sin varón y sin rescate.

Solo ese ojo abismal al que me asomo, un destino previsible de preguntas que no voy a poder formularle a nadie. En ese bamboleo quedo yo, reflejada mi propia imagen niña al filo de un trapecio que nadie ve y que se mueve por merced de un viento que no cesa y está pronto a una cumbre inadvertida que se acerca.

—¿Me puedo llamar Santi? —se me escaparon las palabras de la boca, subiendo al colectivo por el estribo, mientras el chofer daba los boletos a mi madre, le guiñaba un ojo y ella se le acercaba un poco al oído y le decía: Parece que también quiere su nombre de guerra.

Y un momento confuso por la gente que todavía no tenía su boleto y quería subirse al colectivo que ya venía demasiado lleno, y la cara pálida del chofer después del comentario y mi madre otra vez como enojada me agarraba la mano y a los apurones me metía entre la gente parada y mi cara se estrellaba contra los abrigos, contra las carteras, y permiso, permiso, y un señor que se levanta y nos deja el asiento, un caballero como corresponde y mi nombre en ascuas porque no había recibido respuesta y el asiento cedido y

la falda de mi madre y la ventanilla toda para mí.

–Cuando llegemos a casa te bañas así te sacás ese olor horrible, qué perfume espantoso, por favor, mucho jabón en la cara y usás un poco de champú de mamá para el pelo y te ponés savia, que tiene un perfume fuerte y te la dejás un rato o mejor no te enjuagás la cabeza mientras yo hablo por teléfono en lo de Elvira.

Cuando llegamos a casa mi madre llenó la bañera hasta la mitad y me dejó un toallón sobre la tapa del inodoro, después vino a mi cuarto y me dijo: “Listo, bañate, que me voy a lo de Elvira”. Yo me había sacado toda la ropa menos las medias y el calzoncillo y daba vueltas por mi cuarto buscando alguna treta que me permitiera evadir el chapuzón; solo una vez lo había conseguido y fue a costa de tanto esfuerzo que al final hubiera preferido bañarme. El tono de voz de mi madre me sacó toda fantasía al respecto y cuando salió del cuarto me fui directamente al baño, me saqué medias y calzoncillo y me metí en la bañera. Me quedé parado y sin moverme porque el agua pelaba y me había puesto los pies, los tobillos y las canillas rojas. Mi madre salió del departamento y volvió a entrar, llegó hasta el baño y vino hasta mí para darme un beso. ¡Qué olor!

–Bañate, secate bien y envolvete en la bata. Yo vuelvo en un ratito.

Cuando me quedé solo abrí la canilla de agua fría, era lo único que me interesaba del baño: el ruido de borbotón en cascada del agua contra el agua, un ruido profundo que me encantaba escuchar también desde debajo de la superficie. Esperé un ratito a que se templara, me senté y empecé a deslizarme hasta hundirme con los ojos cerrados y la nariz tapada. Una vez cubierto abrí los ojos y me quedé todo lo que pude aguantar ahí abajo, en esas ondas que podían sonar como los submarinos.

No podía permanecer mucho en lo que se me ocurría porque una vez que aparecía algo la imaginación se disparaba y se abría como matrioshkas que recortaban cada vez más la escena, la hacían más específica. El submarino no tardaba mucho en ser un naufrago en el fondo del océano oscuro y la bañera podía abrirse como una compuerta hacia el océano y atraer a los tiburones más sanguinarios.

Casi de un salto volví a pararme y me enjaboné el cuerpo, me puse champú en la cabeza y me empecé a enjuagar con el agua que cabía en mis manos como cuencos. Mi estrategia para no volver a sumergirme era un fracaso así que respiré profundo y me volví a sentar, me volví a deslizar, volví a hundir la cabeza para desaparecer toda la espuma que tenía en el pelo.

Elvira era nuestra vecina, una señora amable y anticuada que era de las pocas que tenían teléfono en el departamento, y nos lo prestaba. Mi madre decía que había sido cancionista de tango y no era raro escucharla algunas veces entonar, con una voz que para mí era sacada de las películas antiguas, valsos y milongas que a mí me parecían de otro tiempo y de otro país, lo mismo que su nombre, lo mismo que su pelo, lo mismo que el olor y los adornos de su departamento. Mi madre decía que la casa de Elvira era el palacio del crochet y del plumetí, una especie de tul con botones de terciopelo que se repetía en las pantallas de los veladores del living y del cuarto. Siempre estaba todo bien arreglado y era difícil imaginarse que uno pudiera sentarse cómodo en esas sillas que hacían ruido y brillaban por la funda de hule transparente, y los patines de lana para no marcar las pisadas en el parquet encerado y la manija de la pava y la heladera vestidas con batitas que ella misma había tejido.

Elvira me adoraba y cada vez que me veía me pedía que le hiciera una caída de ojos, afirmaba que tenía las pestañas más lindas del barrio y se arrobaba viéndolas caer solo para ella y para satisfacer su pedido.

Me besaba las mejillas y me decía sos mi locura, el amor de mi vida. Yo la dejaba hacer aunque sus besos fueran una porquería, la dejaba hacer porque era buena con nosotros, porque estaba sola y vivía con Ñata, una perrita vieja, con la foto de su papá, una estampita de San Antonio y una Virgen de Luján que, aunque nunca pude constatarlo, Elvira aseguraba que cambiaba de color según el clima. Yo la dejaba hacer porque cuando me quedaba en su casa, cuando mi madre se ausentaba, Elvira me servía una copita de licor de peperina. Era nuestro secreto, ella tomaba varias, yo mojaba varias veces los labios en la mía y los dos picábamos rabanitos con aceite y sal que ella servía de un frasquito.

Algunas tardes tocaba el timbre de casa y venía con un platito con torta de manzanas con pasas de uva y nueces cubierta por una servilleta impecable, se la dejaba a mi madre y le decía: Lo que te voy a pedir es la servilleta y el platito. Entonces mi madre la invitaba a pasar, era lo que ella esperaba, y le decía ¿Por qué no le das un beso al hombre de la casa?

Elvira me hacía gracia, era la única del edificio con quien nos tratábamos; mi madre evitaba otros contactos y se ponía bastante seca si alguien se acercaba. Una tarde en la que me llevaba al médico nos cruzamos con un chico del piso de abajo que estaba jugando en la vereda con sus amigos de la cuadra. Mi madre y yo salíamos bastante elegantes, yo con mi trajecito

celeste y mi saquito marrón con botones dorados, ella con una de sus características faldas de tweed forradas de seda.

Para esas salidas me peinaba con Brylcreem y me ponía esas medias que no se me caían nunca. Cuando el vecino nos vio pasar detuvo el juego y acompañándome con la mirada me preguntó: ¿Adónde vas?

–Vamos al cine –se adelantó mi madre.

–¿Me lleva, señora?

–Ay, querido, estamos muy apurados, la próxima.

Y todo sin detenernos. Todo mientras nos íbamos yendo.

Una vez que doblamos la esquina mi madre dijo: Es muy feo preguntar a la gente adónde se dirige, es de mala educación. No me gusta.

Cuando salí de la bañera me senté en el borde, empecé a secarme con el toallón y me olí para rastrear como un sabueso esa dulce honestidad que mi madre y yo detestábamos por igual. Ahora eran tantos los perfumes en el vapor del baño que no llegaba a darme cuenta, creo que esos me gustaban todos.

Yo quería quedarme chorreando, cubrirme con la bata y tirarme en el sillón a ver la tele, pero mi madre se quejaba de que le dejaba la cama toda húmeda. Cuando terminé de secarme me enfrenté al espejo para peinarme con raya al costado, abrí el botiquín para sacar el peine negro y quedarme un rato mirando la brocha de afeitarse que estaba guardada ahí desde siempre. Cuando le preguntaba a mi madre de quién era esa brocha en general me decía que era de mi abuelo, pero alguna vez titubeó un poco y otra me dijo que era de mi tío. Casi nunca me animaba a tocarla pero esa noche sí, la saqué con mucho cuidado y acerqué las cerdas a mi nariz para olerla. Bueno, no para olerla, más bien para respirarla, para inhalar cualquier partícula de hombre grande que pudiera haber quedado ahí, en la historia de esas afeitadas de antes de mí, en la mano desconocida que la tomó y se llenó de espuma la cara.

Era todo lo que quedaba de eso en mi casa y alguna razón habría para que siguiera allí, tal vez mi madre también la respirara, o quizás ella se animara a acariciarse con esa suavidad que pinchaba como una barba.

Peinado y con la bata puesta, me fui al sillón y prendí la tele. Lili recogía

su maleta, daba pequeños pasos en un camino pintado en el telón de fondo y subía los peldaños de la escalerita que llegaba al más peligroso de los trapecios y le prometía terminar con su destino de huérfana. La pantalla era gris pero de pronto parecía que tenía colores cuando Reynardo, la bailarina Zsa Zsa y el pelirrojo Zanahoria le chistaron para que mediara en su conflicto de títeres. Supongo que Mel Ferrer, escondido en la oscuridad de su teatrillo, se sentiría como uno de esos hombres demasiado viejos, demasiado feos, demasiado enfermos, porque rengueaba de la Segunda Guerra y durante casi toda la película su cara tenía ese gesto que me entristecía.

Yo quería contarle que mi madre tenía un libro que estaba dedicado a él, me esforzaba en pensar de qué manera podía informarlo de eso para que pudiera dejar de esperar eso que estaba esperando. Yo trabajaba para convencerme, y cada tanto me repetía esa ecuación como si fuese una lección de lógica, de que lo que era triste al principio necesariamente tenía que ponerse alegre en el final.

Sobre los ojos fascinados de Lili pasaban las bellas piernas de títere de la bailarina Zsa Zsa y de pronto empezaban los acordes de esa canción que dice que la canción de amor es una canción de pena y que no me preguntes cómo lo sé y que cada mañana me despierto y miro la lluvia y que hi Lili hi Lili hi lo.

Hacia el final, la cámara se metía adentro del teatrillo y casi adentro de quien hacía vivir a los títeres: me levanté rápido y corrí otra vez al espejo del baño para mirarme la cara. Quería ver si me parecía a Mel Ferrer, si tenía ese gesto. Lo que vi fue una mueca de preocupación en una cara seria. Me miré un rato, era imposible saber qué cara tenía si me investigaba un gesto para atraparlo, tenía que ser súper veloz, tan veloz como Meteoro. Practiqué algunas veces más pero no había manera de sacarme la cara de atrapador de gestos.

Volví al sillón y Lili ya tenía otra mirada, ahora era Mel Ferrer el que parecía querer capturar sus muecas.

No sé en qué momento me quedé dormido pero me despertó mi madre diciéndome que tenía que salir apurada, que iba a venir Elvira para quedarse conmigo, que me iba a hacer moñitos con manteca y que podíamos ver la tele. Tantas concesiones, los moñitos con manteca eran mi comida favorita, mucho más que las milanesas con puré que eran mi comida preferida, y lo de la tele a la noche no terminaban de alegrarme.

Mi madre se fue al baño, se ató el pelo en una colita y se lavó la cara con agua fría, yo la miraba parado en el vano de la puerta y en eso llegó Elvira a los gritos preguntando por el amor de su vida. Acá estoy –le dije, mientras de fondo se escuchaba la música del final de *Lili* y mi madre salía del baño sin decirme nada, se ponía el abrigo y con la cara preocupada me decía que no la esperara.

¿Cómo no te voy a esperar?, quise decirle, pero Elvira me había atrapado en su maroma de besos y mi madre aprovechaba para salir casi corriendo y agregar: Despierto, no me esperes despierto.

De entre su bata Elvira me dejó ver el pico de la botella de licor de peperina y mientras me guiñaba un ojo abría uno de sus bolsillos, un nido en el que descansaban dos pichones que pronto alzarían vuelo: las copitas con asa en las que solía escanciar su personalísima absenta. El tono de la velada había cambiado radicalmente y me parecía fabuloso mamarme bien mamado junto a una mina. Aunque esa mina vistiera un salto de cama rosado, acolchonado y con el cuello y las mangas festoneados de plumetí, de una tela que si la frotabas un poco soltaba chispas, en pantuflas, con zoquetes de toalla, la cara grasosa de crema, las cejas desaparecidas, el bigote apareciendo y la cabeza en una maraña de ruleros envuelta en un pañuelo que remedaba la seda.

–¿Adónde se fue mi mamá? –le pregunté.

–¡Ay, callate, que ya empieza *Pobre diabla!* –y torció el botón de la tele y apareció un punto que concentraba toda la luz en el centro y de pronto estalló un big bang que hizo aparecer al universo en la pantalla: Solita se tomaba la falda cortísima con las dos manos y corría flaquísima y bella entre los durmientes de una vía, con una angustia que, no tenía idea por qué, pegaba mis ojos a esa imagen y me hacía respirar como los buzos cuando salen a la superficie después de aguantar la hondura. La cámara se acercaba a esa mujercita sexy, corriendo como un corzo para el cual la obligación de huir, la alarma del peligro, surge tanto con un disparo furtivo como con una presencia fuerte o una ramita que se quiebra por un paso.

La cámara se pegaba a ella y de pronto se abría veloz en picada ascendente y mostraba una amplia extensión de vías en un predio sembrado de tacos de quebracho y líneas plateadas, por las que se movilizaban los trenes que llevaban mucha gente, en la lógica de un encuentro inadvertido de mundos, bajo el signo del trabajo, una cópula tremenda de la ciudad con lo

suburbano.

–¡Qué churro, qué churro! –exclamaba Elvira, completamente desembarazada de mí y entregada a la pasión guaraní: un verdadero pájaro campana trinando sus arpas hechiceras en lo alto apenas apareció Arnaldo y su mirada dulce y sus labios turgentes como de haber chupado todas las naranjas del monte.

–¿Por qué se llama *Pobre diablo*? ¿Vos nunca te casaste? ¿Por qué la novela se llama *Pobre diablo*?

Elvira era una estatua inmovilizada por la gorgona catódica del living, y mis recursos de “amor de su vida” estaban vaciados de cualquier poder. La novela, claro, era mucho más interesante que yo. Como cuando mi madre leía *Cien años de soledad*, echada en el sillón, en medio de una gravedad que me magnetizaba pero me dejaba afuera.

Elvira volvió a la vida con las primeras propagandas, se sirvió una copita de peperina, se la tomó de un solo saque y volvió a llenarla. Recién ahí me miró, llenó la mía hasta la mitad y me guiñó un ojo.

–No sé por qué le pusieron *Pobre diablo* y –dijo sin mirarme– yo tengo a mi Ñata, mis discos, la novela, mis tías en Tolosa... –se quedó en silencio y se abotonó la parte más alta de la robe que se le había abierto con las torsiones para servir las copitas.

Vos prometeme –arremetió más directamente, pero justo volvió la novela y otra vez Elvira fue una estatua que solo se movía para llenar la copa cada vez que se vaciaba.

De lo que pasaba en la pantalla no me acuerdo más que ese bosque de vías y ese gamo quebradizo huyendo en minifalda. Lo que sí recuerdo es la voz de Elvira en el final, los ojos inyectados, supongo que porque se abría ante ella una semana entera sin Arnaldo, en esa soledad con gusto a menta que iba a tener que beberse de varios saques.

–Vos prometeme –retomó, y pareció necesitar corregirse con una copita más de peperina, que a esa altura ya estaría tiñendo su sangre de verde– que nunca... Cuando vos eras muy chiquito tu mamá me acompañó a Paraná, en Entre Ríos, ¿viste? Llegamos una tarde para recuperar lo mío. Tu mamá se quedaba en el hotel mientras yo me iba a la costanera a ver si lo encontraba mirándola a los ojos como me miraba a mí. Yo le había dicho a tu mamá que sabía dónde encontrarlos... mentira, lo que supe era que ella vivía ahí y que él hasta alquilaba un bote para llevarla a pasear y besarla en la boca debajo de los sauces. Tu mamá me esperaba en la confitería del hotel dibujando flores

de mburucuyá en un block de hojas enormes. Tu mamá dibujaba muy bien, ¿sabías?

Yo estaba decidida a volver a Buenos Aires con lo que era mío. Pero no tenía nada, ni una dirección, ni una seña, nada. En la costanera casi todas eran parejas y casi todos comían tortas fritas, en cada puesto había una cola de gente que esperaba y yo los recorría segura de que los iba a encontrar. Me habían dicho que ella se llamaba Judith y cada vez que veía una morenita que compraba más de una me acercaba amable y le preguntaba: ¿Vos sos Judith?

Elvira se quedó muda y hacía rato que no me miraba. Se levantó y apagó la tele, toda la luz desperdigada se concentró en un punto en el justo medio y desapareció así como había aparecido. Elvira volvió a sentarse junto a mí y con su brazo izquierdo me recostó en su regazo, sobre la falda de su robe sacachispas. Yo me quedaba muy quieto un poco por temor a incendiarme y otro poco porque estaba incómodo, tenía el cuerpo torcido y cuando se ponía así Elvira me daba miedo.

—Alguien me dijo que las parejas del lugar se iban a Bajada Grande porque ahí al atardecer el sol montaba los lomos de los surubíes y las parejas aprovechaban para besarse escondidas en ese reflejo que salía del río. Empecé a correr y a las dos cuadras me di cuenta de que no sabía en qué dirección corría ni dónde había dejado mi reloj pulsera. No tenía idea de cuánto tiempo había estado ahí y teníamos que tomar el micro para volver. Era solo una tarde el tiempo que tenía para encontrarlos y que él viera de lo que era capaz para tenerlo.

Elvira respiró hondo y guardó unos segundos de silencio, yo aproveché para acomodarme, sentado a su lado pero erguido, sin mirarla.

Entonces ella se acercó a mí y me habló al oído. Nunca te vayas con una sefaradí —me dijo—, tienen la sed del desierto en el vientre, son mujeres muy calientes, son como odaliscas con una mirada con la que los hombres no pueden luchar. Apenas escuchan las moneditas de sus faldas se dan vuelta y las buscan. Y si se recuestan perdiste, no se puede competir con eso, son mujeres a las que no les importa tener hijos, tienen la sed del desierto en el vientre. Las judías son eso, y como no son de ningún país viven en carpas en el centro del desierto, van a cualquier parte a fascinar a los hombres y a llevárselos para construir una nación y dominar el mundo. Fijate lo que pasa acá. Todo lo que juntan se lo llevan, son malditas. Prometeme...

Elvira se deshizo de mí y se fue al baño. Yo me levanté a prender la tele pero después del punto lo único que había era lluvia. Apurado me llené la

copita de peperina y traté de tomármela de un saque, me picaba la lengua y me resultó amarga y a la vez muy dulce, una cosa para paladares extraños; hasta entonces yo solo me mojaba los labios y era el acto de beber ese poquito de color lo que me encantaba. A veces me parecía que los grandes consumían cosas horribles solo porque eso los ayudaba a lidiar con el mundo. Podía entender el café y el mate amargo –yo adoraba mi mate de leche con mucho azúcar–, pero ¡cómo podía ser verdad que a alguien le gustara el whisky, el Cynar, o el Pinerol!, o los cigarrillos encendidos. Yo creía que fumar era un placer sensual, me fumaba esos mentolados que le robaba a mi tío y los fumaba sin fuego, eran deliciosos, una actividad muy compleja que demandaba una atención que se pretendía distraída pero era de una presencia absoluta. Fumar me encantaba y además me permitía estar solo, encerrarme en el baño y practicar frente al espejo.

Lo próximo que vi cuando se me entreabrieron los ojos fue el cuello mi madre que me cargaba en brazos para llevarme al cuarto, a mi cama. Apenas vio que podía despabilarme y empezar a preguntarle cosas me dijo: Es muy tarde, hay que dormir que mañana hay que ir a la escuela y es el acto. Yo me relajé en esos brazos capaces de sostenerme. Me había vuelto un experto en disfrutar las cosas fugaces, los momentos de verdadero contacto. La textura del saco de mi mamá era distinta de la del suéter que también me rozaba, el saco tenía olor a azul y uno de los botones grandes, dorados y cóncavos se me estampaba en la mejilla. Me encantaba esa chapita que se iba calentando conforme le apoyaba la cara.

La presión de las palmas era distinta de la de la punta de los dedos con que me sujetaba y también cambiaba con cada paso, a medida que me iba escurriendo un poco. Me encantaba dejarme estar en ese trayecto corto, todo abrazado y colándome en el sueño. Era tarde en la noche y yo me balanceaba en mi madre, en un movimiento que reconocía de no sabía bien qué tiempo, como si mi mejor manera de descansar fuera esa especie de hamaca paraguaya en la que podía perder el control de mí y dejarme caer sin asustarme. Los olores también eran variados, el más cálido era el de ella, un aroma que ya conocía, dulce y graso, pero su ropa tenía un olor más frío, más acerado, como de aeropuerto.

Me sacó la ropa y me puso el pijama, me metió dentro de las sábanas y de las cobijas, quedate un ratito, me animé a pedirle. Entonces en silencio se echó a mi lado, vestida y por fuera de la cama. Debía estar cansada porque se durmió al instante, en medio de mi felicidad más absoluta, en medio de mi fiesta quieta: mi mamá me mima.

Comencé a desplegar una estrategia de innumerables intentos para no dormirme, yo quería estar vivo para no perderme nada de ese momento. Era poco lo que podía moverme sin despertar a esa bella durmiente, pero el primer plano de mi madre durmiendo, aunque por lo cercano fuese tan disruptivo como un Picasso, era algo por lo que me sentía agraciado. Ver dormir a mi madre era una felicidad plena pero yo tenía que estar quieto, atento, despierto.

Todo lo que hacía para no dormirme tenía un efecto paradójico, cada vez más rápidamente tenía que cambiar la estrategia y el sueño era tal que en un momento no se me ocurría más que contar ovejas. Entonces me decidí a pensar en fieras, en enormes tigres acechando, traje lobos aullando desde lejos, oliendo el miedo y confiados en el fin de la cacería. Vi a las ovejas obedientes a ese miedo, paralizadas ante la vastedad de la llanura, ante la certeza de no poder sortear esos alambres con que las convencían de su flaqueza. Vi a una de las valientes quedar retenida por las púas del alambre en los rulos de su lana, atascada en posición de huida, quieta, con las demás balándole alrededor para señalarla. Vi a los machos cabríos correr apesadumbrados y lanzarse a un escape bobo. Y vi a las ovejas deambularles a los borregos, intentar esconderlos tras las patas flacas. Llegaron las hienas, unos mamíferos resignados al odio y al desprecio con que fueron alimentados, moviéndose con evidente pereza en la mayor distancia y dando pasos indecisos, merodeando la orden de su olfato pero presas también del surco de su obligación. Vi a las bocas de las ovejas balar sin aire, unos balidos mudos como de ir de frente hacia las fauces, quietas con los ojos abiertos y los oídos llenos de sonidos secos, de carne contra carne, de aliento contra aliento. Vi cómo miraban sin enfocar, con las pupilas dilatadas, al cuadro de la noche entera, vi como balaban mudas hasta ser un manchón de tripas en una escena compartida.

Me despertaron las sirenas de los buques en el agua de la noche. Era algo que me fascinaba, me llenaba de terror pero también de una curiosidad alegre. No era común que las escuchara porque no era habitual que esa hora me encontrara despierto. La primera vez que las escuché solían ser dos, una corta y otra segunda y de mayor aliento, me di cuenta de que ya las había escuchado sin advertirlas, pero era claro que mis oídos ya conocían esa forma. Dudaba de si eso era verdad o un sueño y entonces recorría mi cuarto con la vista y daba cuenta de todos los objetos con que me topaba. El Pato Donald troquelado colgando en la pared, el cabildo de *Billiken* adentro de la panza de un oso gigante que mi madre había pegado entre risas, el placard inmenso frente a la cama, con las puertas perfectamente cerradas para que todo el miedo se quedara adentro, las cortinas de la ventana que daba al lavadero, el escritorio con ese velador enorme. Recién cuando inventariaba

todo eso y me notificaba de la realidad tan rasa de lo que veía, me dedicaba a maravillarme con lo que el silencio de la alta noche me había traído.

A partir de ese descubrimiento, si me acordaba, trataba de salir a la pesca de esa presencia nocturna pero nunca lograba evadir al sueño, por más voluntad que pusiera. El sueño y la voluntad no parecían tener el mismo soporte material. Cuanto más me esforzaba por obedecer a la voluntad, cuanto más rígido me ponía, más quedaba a merced de la inconsciencia, más pronto me dormía. El sueño y la voluntad eran materialmente disímiles, extraños entre sí, enemigos naturales.

Sin embargo, a la mañana siguiente de haber escuchado las sirenas nunca me acordaba, la memoria me volvía por alguna cosa que traía el día, algún detalle caprichoso y sin sentido que me dejaba con una sensación extraña, y tras un largo rato se me aparecía una proa intempestiva con su carga de noche. Si durante el día me acordaba de la oscuridad me llenaba de miedo, pero si a la noche me despertaba por algo me encantaba quedarme despierto mientras todos dormían.

Las sirenas sonaban profundas y lejanas pero claras y poderosas. ¿De dónde saldrían esos barcos que partían en medio de la noche? ¿Y qué puerto había cerca de mi casa en medio del cemento para que en lo más oscuro de la noche pudiera escuchar las trompetas graves que usan los navíos enormes?

De este otro sueño de ojos despiertos me despertó el frío. Un frío que me ganó como una marea y que me congelaba: me había hecho pis en la cama y me entristecía horriblemente haberme entregado a esa calidez que ahora era un charco helado y vergonzante. Por suerte mi madre había logrado escapar antes del chubasco sin que tampoco me diera cuenta. Ya no estaba en mi cuarto. Y la vergüenza del pis era ostensiblemente mayor que la de su estafa, burlar mi control y dejarme así: ¡solo en la vastedad nocturna de mi cama cuando estaba seca!

Me levanté a oscuras, saqué las sábanas mojadas y tuve que arrojarme al peor de los volcanes ardientes: abrir el placard para sacar sábanas limpias. No sé qué fue lo que me espantó más, abrir la puerta del terror o estar ahí en completa soledad y hacer el trámite en tiempo retardado para evitar los ruidos que podrían despertar a mi madre.

Hice un nido revuelto con las sábanas sucias y lo escondí debajo de la cama, desdoblé las nuevas y las estiré como pude, tenía que hacerlo lo más

rápido posible para salir de la oscuridad y entregarme otra vez al sueño, rogándoles a los dioses no volver a licuarme en esa golosina deliciosa de soltar las cálidas amarras de la vejiga en medio de la alta mar de la noche.

No recuerdo la fecha, pero ese día los preparativos después de salir de la cama fueron especiales. Mi madre hacía todo como apurada y parecía contenta. Me había hecho el disfraz para un acto de la escuela: íbamos a cantar *Que se vengan los chicos*, esa canción que dice “algunos que de Venus, dicen, venían trajeron de regalo las Tres Marías”. A mí me tocaba estar en el grupo de los extraterrestres que llegaban en un cohete de cartón y papel glasé metalizado. Qué cosa más extraordinaria el papel glasé metalizado, recortarlo con la tijerita –¡y escuchar cómo se tajeaban las partículas de aluminio!– para llenarlo de plasticola y pegarlo en algún dibujo de la hora de Artes Plásticas me hacía sentir un orfebre, un tipo con un oficio único.

El disfraz que mi madre había conseguido armarme –la maestra Zulema nos había pegado en el cuaderno de comunicaciones un papelito con las instrucciones sobre cómo teníamos que estar vestidos– constaba de una vincha negra que ella usaba para retener su pelo fuera de la cara, dos agujas de tejer forradas de papel dorado y dos pompones multiformes de algodón, moldeado con plasticola, que coronaban “las antenas”. Lo demás era mi trajecito celeste. No sé si es que mi madre no tuvo tiempo para encontrar la remera blanca y el pantalón corto y azul como pedían las instrucciones o si lo que ella quería era que yo estuviera elegante, presentable.

El problema con la vincha de las antenas era que las agujas, que fueron mi sustituto de un alambre liviano, eran demasiado pesadas y no se sostenían paradas, se caían una para cada costado y me hacían aparecer como un bichito en trajecito celeste, medias oscuras y zapatos acordonados. Una especie de insecto de película que a mi madre le resultaba adorable.

Entonces yo no entendía por qué mi madre me quería especial, recortado entre los demás, visiblemente distinto. Yo solamente quería ser un extraterrestre, alguien que para referirse a su familia pudiera mirar al cielo con total naturalidad.

Su versión extraterrena, en cambio, era más pegada a la Tierra, como esas vaquitas de San Antonio que la alegraban con su sola aparición, pasara lo que pasase y en el lugar que fuera.

Con qué gusto me hubiera pegado pintas blancas y pintas negras en la

espalda y hubiera sacudido las alas cerca de ella para sorprenderla en medio de sus gestos graves y lavarle la cara con una sonrisa que reforzara la posibilidad de sus ideales.

Para remediar el efecto de las antenas caídas mi madre me indicó que las sostuviera con las manos y así las mantuviera erguidas durante lo que durara la presentación.

Me encantaba esa canción que íbamos a entonar. Estaba llena de amistad intergaláctica y nombraba sin eufemismos a criaturas venusinas, marcianas, gente que hasta podía convertirse en una verdadera promesa: entre tanta diversidad quién sabe, podría haber chicos silenciosos y obedientes que soñaban con el Astroboy lleno de miedo del capítulo en que le ponen un corazón humano.

Me encantaba participar de ese acto pero la canción elegida estaba evidentemente escrita por un adulto: toda la imaginería de una humanidad de aliens se incineraba por el impacto de un meteorito de espantosa corrección cuando decía: “que no falte ninguno a mi cumpleaños y que no se preocupen por los regalos”. ¡¿Qué niño sería tan perverso como para simular una hipócrita desaprensión mundana y cantar alegremente que nadie debía preocuparse por lo único importante?!

Ya en bambalinas la espera era una ansiedad deliciosa. Los que aguardábamos nuestra *entré*e estábamos quietos y los que se asomaban al abismo de la actuación en una carrera súper controlada, prestos a dar inicio a la función.

El salón de actos era enorme, con un escenario gigante en el que cada tanto se hacían obras de teatro con elencos de actores y actrices viejos que los padres reconocían como estrellas de un pasado radiofónico. Era gigante.

La canción de los extraterrestres era un momento bastante importante del acto y lo que teníamos que hacer era sencillo de espectar, pero protagonizarlo era de una complejidad atroz. Nuestro número vivo era una propuesta digna de una sesión plenaria de la Unicef: hay lugar para todos y cornucopia a discreción en nuestro planeta, parecía ser el mensaje final que íbamos a dar los educandos.

Portando el cohete de cartón y papel metalizado los cinco extraterrestres teníamos que entrar desde uno de los costados de la escena, como esas bailarinas que danzan en puntas, las cabezas todas para un lado, las cabezas

todas para el otro, con las manos trenzadas, en ese salticado ridículo y perfecto del *Lago de los cisnes*, llegar al centro y a proscenio, cantar a viva voz mientras los terrícolas, los árboles vivientes y todas las criaturas de una fauna de papel crepé nos rondaban con gesto fascinado y nos colgaban al cuello esos collares de flores como si en vez de aliens hubiésemos sido parejas swingers que arribaban a Hawai.

En un momento aciago de la espera me anoticié de una tragedia venidera y me quedé pasmado, más mudo de lo que era, o mudo también para mí: si tenía que sostener la punta del cohete –tal era mi lugar en la formación interestelar–, no iba a poder mantener erguidas mis antenas. La nave, apaisada y sujeta a la altura de nuestros vientres era del todo liviana, pero por más que una mano me bastara para no dejarla caer yo necesitaba las dos para que mi marciano no fuese un bicho de antenas caídas.

La sensación de inminencia me arrasaba, no había nada que pudiera hacer para evitar algo que aún no había ocurrido y, en todo caso, saber que iba a pasar me resultaba peor que que sucediera. No solo no iba a poder ser un extraterrestre; seguramente iba a terminar siendo un bicho torpe que iba a estrellar la nave.

La señorita Zulema parecía una nena. Tenía los cachetes más rosados que de costumbre y estaba al lado de nosotros, yendo y viniendo con la mirada, parada en el mismo lugar y reprimiendo inútilmente su exagerado nerviosismo. Con sus famosos mocasines de taco se adelantaba hacia la entrada del costado del escenario sin poder contener esos pasitos inadvertidos que nos hacían avanzar a todos un poco a los tirones. En un momento me vio y me dijo: Tenete un poco esas antenas, ¿quierés? Por suerte enseguida se dio vuelta y no alcanzó a ver que por enderezarlas solté la punta de la nave. Por suerte volvió a darse vuelta y me miró con un gesto que intuí que me salvaría. Sin decir nada y sin zamarrearne, como en un enroque de pura lógica, me sacó del primer lugar y me puso tercero, justo al medio del cohete. Me miró y me dijo con dulzura: Tenete las antenas. A mí me empezó a temblar un poco el labio y me dieron ganas de hacer pis.

De pronto algo cambió en el ambiente, como si todo el aire se hubiera ido por una inspiración que nos dejaba secos y al segundo hubiera vuelto a soplar muy fuerte en nuestras caras. Primero se escuchó un murmullo entre el público y después unos motores que paraban y algunos gritos. La música de

la escena seguía sonando pero en el escenario se quedaron todos quietos y por unos instantes todos los ojos miraban muy abiertos a ninguna parte. Desde el fondo del salón un rumor empezó a crepitar, como una llama tímida que crece porque todo lo que toca es inflamable. En pocos segundos el ambiente era un incendio de voces que pugnaban por salir de las bocas cerradas, como un murmullo que no llegaba a articularse pero parecía capaz de hacer arder los cimientos de la misma escuela.

Cuando el ruido general llegó al escenario todo se empezó a mover y el murmullo, sin que se supiera bien por qué, se hizo palabras audibles, se hizo frase: amenaza de bomba.

La directora de la escuela se subió al escenario y empezó a hablar por el micrófono pero el ruido de los pasos y las sillas que se corrían era tal que no llegaba a darse cuenta de que estaba desconectado y que nadie la escuchaba porque todos, en un pánico silencioso, como cuidando que las voces enardecidas no encendieran la mecha del trotyl prometido, intentaban ganar la salida. Mis ojos buscaban la cabeza de mi madre o las solapas azules con botones dorados de su saco en algún punto de la platea. Tal vez no había podido llegar a horario al acto o la marea de los cuerpos la arrastraba a la salida como a todos los que querían adelantarse al proscenio para hacerse de sus hijos y llevarlos al refugio de sus brazos.

Estaba aturdido por el silencio, por la fuerza de mis ojos en la búsqueda del saco azul, de los botones dorados, en un mar de corderoy, de montgomerys, de cinturones anchísimos, de patillas y pelucas, de patas de elefante turquesas, de camperas color crema, de nudos de corbata del tamaño de una torcaza, de minifaldas y botas pegadas al tobillo con cierre a los costados subiendo por las pantorrillas hasta debajo de las rodillas.

La señorita Zulema envejeció hasta palidecer sus cachetes y no sé cómo nos mantuvo en fila, proyectados a la salida del costado, firmes, pacientes pero súper efectivos para ganar la marcha hacia la vereda sin que nos dispersáramos. La recuerdo como a una imagen que actuaba perfectamente y aún me ensordece el silencio con el que nos dirigía, un silencio que se recortaba del silencio general, como un río profundo y cálido que se mete en el océano frío y resiste lo que puede hasta deshacerse en la indiferencia del agua mayor.

Ese gesto de supervivencia me distrajo de la angustia de no ver tierra en el horizonte, de no alcanzar la América azul de botones dorados, de temer que a mi madre se la hubiera llevado el estruendo silencioso de esa bomba

escondida en uno de los millones de pliegues con los que está edificada una escuela.

En la vereda estábamos todos, y los patrulleros y las autobombas. Éramos la población de una provincia que esperaba en el espacio público el destino inmediato de su territorio amenazado por un litigio de poderes mayores. Nunca más volví a sentir eso, ahí no había escalafones, chicos, maestros, madres, padres, secretarias: todos podíamos volar por el aire.

De entre la multitud de abrigos salió una chispa dorada que se aproximaba. Y otra. El paño azul venía hacia mí como hacia una última oportunidad para la sortija del calesitero. Una muchacha muy bella corría y clavaba sus pupilas brunas en mis ojos, unas pupilas llenas de angustia y devoradas por un conflicto que solo pude comprender muchos años más tarde. Yo ya podía explotar, ser un cúmulo de partes en el aire alrededor, una morena venía hacia mí aunque tardara en llegar, aunque nunca hubiese llegado, aunque nunca haya aparecido.

Para cuando hasta el último de los que estábamos en la escuela estuvo en la vereda, un grupo reducido de policías y bomberos se acercó a la puerta del establecimiento y uno de ellos, con un megáfono, nos anotició: amenaza falsa. Fue todo lo que dijo, una especie de contraseña que bajó la tensión de golpe y provocó que todos los cuerpos empezaran a disgregarse, como si hubiésemos estado contenidos en una pileta de lona que se pincha y empieza a perder agua hasta quedar vacía. Cada quien se fue a su casa. Siempre me pregunté dónde habría quedado el cohete de papel glasé metalizado.

En el camino hacia casa mi madre se detuvo en el kiosco y me compró un Holanda, un Jack y tres Topolinos. Para ella se eligió unos corazoncitos Dorin's de mandarina que abrió ahí mismo mientras retomamos la marcha y empezó a comer uno tras otro como si fueran píldoras de Seconal. Tantas golosinas –y sobre todo la promesa de los juguetitos informes de los Topolinos, como fetos prematuros, que no sé bien por qué yo adoraba– eran la confirmación de que había pasado algo serio.

Mi madre siempre trataba de mantenerme lejos de las golosinas, decía que lo dulce trae parásitos y que los parásitos son lo peor de lo peor y que por eso ella tomaba el mate amargo, no como sus primas que lo toman dulce y son unas taradas.

La cuestión de los parásitos era compleja porque más allá de la amenaza

de volverme tarado yo sabía bien de qué hablaba mi madre. Entonces yo ya odiaba a los ñandúes y cada tanto pensaba que era una bendición vivir en una ciudad que me distanciaba de la posibilidad de un encuentro con esos pájaros monstruosos que, además, según mi madre, eran unos maricones que ante el menor peligro escondían la cabeza. Una vez, en un campo del sur de la provincia de Buenos Aires en el que pasamos unos días de vacaciones, mi tío Rodolfo me llevó a recorrerlo con dos peones. Íbamos en una Estanciera vieja, en un paseo que de no haber sido por lo aburrido del paisaje hubiera podido ser un safari de película. Pero lo cierto es que la Estanciera hacía mucho ruido y que el sol agobiaba y que los golpes por la suspensión inexistente del vehículo hacían que no hubiese forma de estar tranquilo. En un momento uno de los peones pegó un grito: había divisado a los lejos una manada de choikes, así los llamó él, y mi tío casi detuvo la Estanciera y enfiló despacio para donde estaban los pajarracos. En un cierto punto paramos, mi tío apagó el motor, me hizo la seña de que debíamos estar en silencio, y sin hacer ruido bajamos y nos apostamos a babor de esa nave escorada. Los ñandúes dejaron de pastar, irguieron sus cuellos, miraron inmóviles en nuestra dirección como expectantes y, supongo que porque nos vieron muy lejos, volvieron a comer con la misma angurria indolente con la que pastan las vacas.

Yo pensé que el plan era acercarnos a pie, despacio y en silencio para no ahuyentarlos, pero el peón que los descubrió sacó un revólver con mango de madera y caño finito, apuntó sosteniendo la mano del arma en el antebrazo izquierdo y disparó sin más. Fue tan rápido que no tuve tiempo de asustarme, porque en el mismo momento uno de los maricones cayó redondo al suelo y los demás, en una estampida desprolija y tonta, corrieron histéricos para todas las direcciones, como si la huida en un lugar tan plano y sin guaridas posibles no fuese un trámite inútil.

Mi tío y los peones pegaron otro sapucay de victoria y empezaron a caminar en dirección al muerto; yo me quedé unos pasos rezagado pero empecé a andar por el chiflido de Rodolfo. Cuando llegamos al animal, el matador se agachó, lo tomó de la cabeza, lo miró y dijo sonriente: En la cabeza le di, por el ojo ha de haberle entrado la bala. Mi tío se inclinó –ese solo gesto hizo que el peón se levantara instantáneamente y dejara el lugar que había ocupado–, empezó a revisarlo con cara seria y comenzó a moverlo para mostrarme cada parte y decirme cómo eran esas aves, cómo vivían y cómo acompañaban el paisaje del gaucho argentino y de los paisanos indios.

–Un hombre tiene que estudiar mucho, prepararse, tiene que conocer bien su suelo y las condiciones en las que viven sus compatriotas –me decía muy serio mientras los peones, detrás de mí, esperaban no sé bien qué cosa.

Cuando dejó de hablar le hizo una seña al otro peón, que sacó un cuchillo que tenía envainado en la cintura y enfiló decidido hacia el animal. Mi tío se levantó y se puso a mis espaldas, me tomó de los hombros y me empujó unos pasos más cerca del pajarraco gris, más chico de lo que yo creía y con unas plumas que parecían sucias y no tenían nada que ver con las de los avestruces que yo había visto en fotos de mi libro *Preguntas y respuestas para niños curiosos*. Todo en el campo parecía de una pobreza agrisada, mucho más chico de lo que se escuchaba en los relatos de mi tío, mucho más perdido en un paisaje exageradamente extenso, mucho menos colorido.

Un hombre tiene que conocer su suelo, retumbaba en mi cabeza el consejo grave de mi tío, pero ese no era mi suelo, mi suelo era el parquet desvencijado de mi cuarto, y en ese suelo un peón de campo le abría la panza a un animal idiota, a cuchillazo limpio.

Yo no tenía tiempo de reaccionar y me costaba creer que el pájaro se dejara hacer así, sin gritar, sin oponer ninguna resistencia, tan a merced del plomo de alguien que lo descubrió.

Miré alrededor para ver si alguno de sus familiares miraba la escena o planeaba un malón plumífero y vengativo, en el que, claro, yo sería la prenda raptada, o se quedaba para velar al compañero caído. Nada, el pajarraco maricón se había quedado solo, o yo no alcanzaba a distinguir los ojos de la manada oculta en una pampa tan lineal que impide cualquier escondida.

Un grito del cuchillero y las risas del otro peón y de mi tío me hicieron volver a la escena con urgencia, el muerto mostraba sus entrañas sin ningún recato y de ahí salía una bola enloquecida de lombrices blancas, casi tan grande como la misma panza del bicho, que se retorcían desordenadas como los choikes huyendo, y que de haber tenido cuerdas vocales nos hubiera ensordecido con alaridos de espanto. Asco y horror pueden ser una sola cosa y yo lo supe ahí, sobre el campo argentino, bajo un cielo pálido, en un charco de sangre bonaerense.

Ahí conocí a los parásitos que mi madre odiaba y esa fue una imagen que hubiera preferido borrar de mi mente, una imagen que hubiera preferido no conocer.

La bola enloquecida fue perdiendo vitalidad y el cuchillo otra vez ganó la

escena, el peón desguazó la panza del baleado y con el revés del filo le raspaba los pedazos de carne para sacarle la nidada que esa medusa inmunda seguramente había sembrado.

Su compañero, entretanto, desplegó en el suelo un paño que había ido a buscar a la Estanciera. Ahí pusieron los pedazos, se levantaron y el carnicero le dijo a mi tío: Las alas no vale la pena llevar, es dura como un tiento, mejor le dejamos a los carancho.

–¿Los ñandúes comen muchas golosinas? –pregunté mientras andábamos. Los tres hombres se rieron y mi tío volvió a dictarme sus saberes sobre la alimentación del paisano y sobre la responsabilidad de matar:

–Se mata para comer, ahora le vamos a pedir a doña Sara que nos haga milanesas con la picana. –Así fue como conocí a los parásitos y como escuché por primera vez la palabra picana.

Lo primero que vi cuando llegamos a casa fue nuestro arbolito de Navidad, petiso como un pony viejo. Mi madre lo había armado mientras yo estaba en la escuela ensayando lo último para salir al escenario, y no me había dicho nada para sorprenderme. Nuestro arbolito parecía crecer en medio de la pampa solitaria, no tenía pesebre y mi madre se ponía nerviosa cuando le reclamaba que nuestra Navidad no tenía un Niñito Jesús, ni una vaca y un burro, ni ninguna estrella de Belén ni ninguna púber virgen y pobre, ni ningún anciano carpintero. La tensión que le sobrevenía a mi madre con mi reclamo de una celebración prolija era –como la eucaristía que me cerraba la boca, la hostia que sella los labios del fiel arrodillado– lo que me mantenía en silencio.

Nuestro arbolito era bastante ralo y en vez de borlas y guirnaldas tenía adornos caseros, dibujos míos recortados y muñequitos tejidos que mi madre había comprado en una casa de artículos regionales. Faltaba muy poco para la Nochebuena y esa era toda la referencia que íbamos a tener, yo ya no insistía en la necesidad de afirmar la verdad histórica, para evitarme el discurso de un mundo lleno de niños hambrientos y de que el festejo era estar juntos y que, en realidad, las razones de esa Natividad dos veces milenaria eran la mentira más escandalosa de Occidente.

¿Qué puede haber de malo en juntarse a comer pollo, abrir regalos y pensar, por un momento, que es posible la llegada del reino?, pensaba yo, en un silencio que me preservaba de la ira discursiva de la jefa del hogar.

Mi madre me pidió que me sacara el trajecito celeste, que le devolviera la vincha y las agujas de tejer y que me quedara en pijama, que esa tarde la íbamos a pasar en casa.

Se ovilló en el sofá, se envolvió en el poncho rojo que era su manta y se quedó mirando las hendijas por las que el departamento se rayaba con el sol de la tarde.

–Después te hago la leche –dijo sin mirarme. Yo me fui a mi cuarto a abrir el Jack y los Topolinos arriba de la cama. De adentro del chocolatín apareció una Cachavacha y de los sobres de los chupetines un auto verde de ruedas que se deshacían en rebabas blandas, un muñequito de expresión y

oficio inciertos por la indefinición de sus bordes y un mono marrón oliva. Los reuní a todos sobre la colcha celeste con la intención de inventar un juego pero desistí casi al segundo: la relación que podía establecer entre un primate, un auto verde y una bruja desaparecedora era tan improbable que los derribé con la mano y abrí el placard para buscar mi Goliat. Si hubiera tenido las mechitas que ya me había gastado habría dedicado la tarde a dispararles cañonazos a esos juguetitos sorpresa irreconciliables. En cambio, me quedé disparándole imaginariamente a todo, mi cañoncito de bronce dejó el mundo en llamas.

Los días que vinieron después fueron raros. Mi madre estaba más grave y se sentaba sobre sus pies en el sillón del living, antes de que la oscuridad nocturna lo hiciera cama, sin leer, reconcentrada y en silencio. Se levantaba con mucha prolijidad para hacerme la comida, o para asistirme en alguna cuenta un poco más difícil de mi cuaderno de tareas, o para barrer. En el living había una alfombra de lana, como barbas largas que hacían un césped abrigado y gris, pero que no llegaba hasta los bordes de la pared. Mi madre le pasaba un cepillo con el que tiraba hacia los costados y después barría el parquet que quedaba libre. Si yo estaba por ahí, tomando la leche o viendo Astroboy en la tele o pegando figuritas, no podía dejar de mirar cómo barría, era más fuerte que yo. No sé por qué esa actividad me llamaba la atención. Desde mi perspectiva era natural que viese las imperfecciones de la tarea de mi madre, los mínimos montículos de tierra que dejaba sin recoger, los espacios que salteaba sin darse cuenta. Desde su campo visual, tan cercano al piso que barría, perdía la noción perfecta que yo podía controlar desde mi panorámica.

–¡Dejá de señalarme, dejá de decirme dónde me equivoco, metete en tus cosas, hacé tu tarea y dejame hacer lo mío! –me sorprendió una vez, la última.

Una de esas tardes vino mi tío Rodolfo, hacía mucho que no lo veía y estaba distinto, tenía las patillas más largas y se había dejado los bigotes. Tocó dos timbres cortos en el portero eléctrico y al ratito golpeó la puerta del departamento y abrió con sus llaves. Mi tío solía venir con una pila de bloquecitos Suchard, uno de cada color, y otra pila igual de Milkibar. Yo amaba el chocolate y me encantaba que sus visitas me proveyeran de esa droga, que hacía que mi madre se enojara y empezara a advertirme de los efectos nocivos de liquidar todos los bloquecitos y los Milkibar de un golpe. El tema de los parásitos era serio: mi madre se ponía firme e intransigente

cuando hablaba de eso.

Esa tarde mi tío no me trajo nada; cuando lo escuché entrar corrí desde mi cuarto hasta el living para saludarlo y lo encontré con la cara seria, me saludó bastante apurado, la miró a mi madre y le dijo como con una furia seca que hacía rato que estaba enfrente de casa pero que la persiana estaba baja. Mi madre pareció despertarse de golpe, se levantó del sillón de un salto y me dijo que me quedara en mi habitación, que ella le iba a hacer unos mates al tío y que necesitaban tener una charla de grandes.

Me quedé en mi habitación tratando de desentrañar de qué podía hablarse en una charla de grandes, qué cosas no podía escuchar un chico; yo ya había visto un choike despanzurrado por el filo de un cuchillo, una comunidad de serpientes ciegas que se morían de a poco fuera de su hogar en las entrañas del ñandú, había soñado con las hienas y con las masas prohibidas de la Casa Suiza, habían amenazado con volar mi escuela antes de que pudieran llegar los aliens amigables; ya sabía que los niños del mundo se morían con la panza gorda de hambre, que no debía preguntar por mi papá, que el Niño Jesús era un miserable mentiroso por el que se robaba y se mataba. ¿Cuál sería la temática impropia para un niño de mi edad?

Pocos minutos después escuché que mi tío Rodolfo se iba y mi madre entraba al baño y con la puerta abierta se lavaba la cara con agua fría y se ponía una gomita en el pelo para hacerse una cola de caballo. Súper apurada se ponía el saco de los botones dorados y me decía que tenía que salir, que iba a ver si estaba Elvira para que me viniera a cuidar durante el rato en que ella estuviera fuera. Elvira no contestó a la puerta, ni al timbre ni a los golpes ansiosos de mi madre, que volvió, lanzó un sollozo delante de mí y me dijo:

–No te puedo llevar. –En un santiamén se enjugó las lágrimas, solo dos, una de cada ojo, prendió la tele con el volumen bajísimo, me sentó en su sillón, me arropó con el poncho, me dijo que la esperara ahí, viendo los dibujitos, que no saliera de ahí por nada y que si sonaba el timbre no contestara y no le abriera la puerta a nadie. Ni siquiera a Elvira. Vació la lata en la que guardábamos los ahorros, me dio un beso en la frente, salió y echó dos vueltas de llave a las dos cerraduras que tenía la puerta. Mi madre nunca cerraba tanto.

Era casi de noche cuando me quedé solo, ¿qué dibujito iba a ver? Los programas de esa hora eran para grandes y a mí los noticieros me asustaban. Me desenvolví del poncho como en un peligroso acto de desobediencia, me levanté del sillón, fui a la cocina, me agarré una flautita de la bolsa de tela

detrás de la puerta, abrí la heladera y saqué la mantequera, agarré un cuchillo y la azucarera. Volví al living, partí al medio el pan, lo llené de manteca y de azúcar, cambié de canal y me quedé como hipnotizado, sentado en el borde de la mesa del living, a escasos centímetros de la pantalla.

Mi madre no tardó en volver. Mucho antes de lo que pensaba abrió, cerró y apoyó su espalda sobre la puerta, tenía los ojos hinchados. Así permaneció unos instantes y yo pude verla, con el sonido de la tele detrás, como dormida con los ojos abiertos, menos irritada, más cansada. En un momento se espabiló un poco, cruzó el living para dar con la biblioteca y llegó hasta la lata de los ahorros, la abrió, metió la mano en el bolsillo, sacó el puñado de billetes hechos un bollo y lo devolvió a la lata. Del otro bolsillo sacó mi libreta de estampillas de la Caja Nacional de Ahorro y Seguro y también la devolvió a la lata. No había visto que se la había llevado y sentí una mezcla de indignación y pena pero no dije nada. Todavía trataba de capturar la brisa del paso de mi madre por delante de mí, pero ese aire no tenía el olor metalizado que solía tener cuando volvía de sus salidas. Intenté aspirar muy profundo sin que ella lo notara, el mío era un acto de extrema intimidad, una manera de abrazarla sin mostrarme dependiente. Esa vez el aire a su alrededor olía a aire, nada especial.

Bajó la persiana completamente y las rayitas de luz que a esa hora venían del farol de la calle se oscurecieron por completo.

En la tele mostraban unos animales pelirrojos en la nieve de algún lugar cerca de Alaska, quietos, los ojos entrecerrados por el viento, reunidos junto a un árbol desnudo, negro. El suelo era blanco y el cielo era blanco. La cámara mostraba el primer plano de la cabeza de uno de esos bisontes enormes, estaba despierto, quieto, jaspeado de hielo, de los ollares le colgaban estalactitas de moco congelado y a mí su expresión me resultaba extraña, como una desesperación que ya pasó la fase de los alaridos y aguarda el minuto en que se apaga la secuencia del tictac interno. Como un soldado entrenado en la obediencia, por la obligación de resistir sin congelarse, por la promesa improbable del poco de primavera que le iba a traer el fin de la helada, que iba a reparar tanto padecimiento, que iba a hacer justicia.

Mi madre se fue a la cocina y volvió con dos vasos de Nesquick caliente. Se sentó en la mesita al lado de mí, a mirar la tele, me alcanzó uno de los vasos y se puso a tomar del suyo. ¡Qué asco! ¿Cómo puede tomar Nesquick caliente y hacerse la que la nata es un obstáculo fácilmente salvable? Dejé mi vaso en la bandeja y empecé a mordisquear los bordes de una Colegiales, me

encantaba comer las galletitas con tarascones mínimos, socavándoles los bordes como un cuis o una ardilla. En un momento mi madre me miró con cara de empezar a proferir sus *¿para qué piden Nesquick, galletitas y la mar en coche?*, pero cuando se enfrentó a mis ojos los suyos se licuaron de tristeza y en vez de reprocharme me abrazó de costado y se quedó en silencio mirando a quienes nos miraban por encima de los bisontes. Detrás de la tele estaba la biblioteca y en uno de los estantes, apoyados sobre los lomos de los libros, una fila de muñequitos de trapo, rellenos de mijo, con inscripciones en la panza del tipo *nunca te alejes o nace una estrella* y con ojos de plástico nos enfrentaban. Sentados uno al lado del otro con los hombros caídos y una expresión en la cara que porfiaba en contradecir la condena de estar obligados a ese lugar. Durante mucho tiempo traté de dilucidar cuál era la frase total que se armaba con esos muñecos de mijo, a qué lema nos enfrentábamos sin advertirlo, mi madre y yo, mientras mirábamos la tele o seguíamos con la mirada la salida de ese sol en rayas o el ocaso de rosa también rayado que se escurría al anochecer por las hendijas de la persiana. Sin embargo, todo lo que recordaba eran esas únicas dos frases: *nunca te alejes y nace una estrella*.

Cuando mi madre volvió la vista a la tele me animé a preguntarle ¿Qué pasó?

Ella esperó unos segundos y me contestó con otra pregunta, ¿Qué te parece si vamos a la cocina y preparamos unas salchichas con puré?

Largué una carcajada de alegría y mi madre se levantó, llenó la bandeja con los vasos, el repasador que había traído y me dijo: Dale, vos traé las galletitas y vamos a cocinar.

En la cocina el clima cambió completamente, mientras mi madre se ocupaba de poner todo en orden para hervir las salchichas me propuso que empezara a hacer el puré: abrí la cajita, leí las instrucciones en voz alta y fui buscando todo lo que necesitaba: leche, manteca, agua, una taza y una ollita. Cuando la comida estuvo lista pusimos los individuales, los cubiertos, la panera y nos sentamos uno enfrente del otro. Estábamos contentos y con hambre, yo más bien con ganas de comer, era muy raro que tuviera hambre y era muy raro que me acordara de comer o que me dieran ganas de parar lo que estaba haciendo para sentarme frente a un plato de comida.

Mi madre me hablaba llena de entusiasmo de cualquier cosa y a mí todo me resultaba entretenido, me encantaba tener esas charlas en las que yo casi no emitía palabra más que para preguntarle alguna cosa en la que quería que

fuese más específica, sobre todo cuestiones de su infancia, cosas que generalmente no contaba.

Ella sacó la botella de Crespi y se sirvió medio vaso, me miró, iba a hablar y se cortó. Unos segundos después se levantó de la mesa como disparada, se puso el sacón azul, me dijo ya vengo, y salió del departamento con el pelo suelto. Me quedé solo en la cocina mirando el humito que salía de las salchichas de mi plato y jugando con el tenedor en el puré. En un momento oí unos pasos que se acercaban por el pasillo y me quedé muy quieto para escuchar si era mi madre que volvía. A la altura de la puerta de nuestro departamento los pasos se detuvieron y no escuché más. Quien fuera que fuese estaba del otro lado y por un momento tuve miedo, me levanté y agradecí estar en medias para poder caminar muy despacito sin hacer ningún ruido. Fui al living y enfrenté la puerta respirando muy poquito y cuidando que cada uno de mis movimientos fuese mudo. Me quedé parado ahí sin saber qué hacer. En un momento me pareció que los pies del otro lado se movían y quise salir corriendo; enseguida escuché la llave en la puerta de Elvira y su voz de pito que decía: ¿Dónde está mi Ñatita? Venga, que llegó mamita, ¿a qué no sabe qué le trajo mamá hoy? Justo cerró la puerta y me quedé sin saber cuál era la sorpresa para esa perra vieja y casi ciega que esperaba hecha un nudo arriba del sillón.

Volví corriendo a sentarme a la mesa y de las salchichas ya no salía ningún humito pero ahí sí escuché los pasos de mi madre que volvía. Antes de que terminara de abrir la puerta oí que me decía: ¿A que no sabés lo que te traje? – había corrido al kiosquito a comprar una botella de Mirinda para mí–. Tenemos que brindar y si yo tomo vino vos no podés hacer chin chin con agua. Brindamos, comimos las salchichas frías y el puré endurecido pero no dejamos de hablar en ningún momento; después de la manzana de postre mi madre calentó café, se sirvió un pocillo, volvió a la mesa y se encendió un cigarrillo. Había algo especial en esa noche que hacía que estuviéramos cómodos y con ganas, como si en vez de estar en la cocina de casa hubiésemos estado en Bambi, o en la Casa Suiza o en Steinhauser y las salchichas hubiesen sido sofisticadas delicatessen y el puré una untuosa frangipane de almendras oleosas.

Yo la miraba fumar y ella parecía entablar diálogos vaya a saber con quién o con quiénes, arqueaba las cejas, se tocaba el pelo, largaba las primeras bocanadas de humo como respuestas ampulosas y las intercalaba con finales de humaredas que le salían por la nariz, como asintiendo o

retrayéndose en esa charla interna. Yo volví a respirar poquito, no quería perderme un solo detalle de ese momento de la muchacha bella enfrente de mí, charlando en silencio y a sus anchas, húmeda, notablemente sexy, lanzada y, por una noche –como hacía mucho tiempo no–, despreocupada.

–¿De qué te reís? –me azuzó en un momento en que me descubrió sonriendo de solo verla. Yo no me sorprendí ni nada, ella se tiró el pelo para un costado y volvió a su charla interna sabiendo que yo la admiraba.

Me prometí fumar, esperar los años que hicieran falta, pero en ese momento comprendí que accedía a la idea de convertirme en un adulto solo si podía fumar.

Me encantaba verla así y no me importaba que hablara con otros hombres, era claro que hablaba con otros, le brillaban los ojos, la sonrisa se le ponía tímida y pícara, fácil, y el pelo se le abría oscuro como una de esas flores nocturnas y carnívoras que solo conocen las ánimas del desierto.

Me debo de haber quedado dormido en la mesa sobre los brazos cruzados, los platos corridos a un lado, porque no recuerdo más de esa noche que nunca olvidé y que me sigue acompañando como una gema que brilla solo para mí.

¿A quién podría contarle la extraordinaria sensualidad de una cena de salchichas frías y humo de 43/70?

Vi la luz del velador encendido y me di cuenta de que estaba despierta, no tenía idea de qué hora podía ser pero sí que era tardísimo: las sirenas siempre llegaban en la alta madrugada. Me levanté, caminé muy despacito sobre el parquet hacia el living y cuando llegué la vi leyendo.

–¿Mamá, vos escuchás el transatlántico? –Ella dejó a su *Varón domado* a un costado de la cama y me miró. Desde el cenicero en la mesa de luz su cigarrillo lanzaba una señal de humo que se elevaba prolija.

–¿Qué estás haciendo levantado a esta hora? –me respondió.

Esa era la dinámica de siempre, a una pregunta me respondía con otra pregunta.

–¿Vos escuchás las sirenas, mamá? –insistí.

–¿De qué sirenas hablás? –insistió ella.

Bajé la cabeza y empecé a girar para volver a mi cuarto, para meterme en la cama. –No, mi amor, no, amorcito. Eso no es un barco.

–Sí es un barco, ¿escuchás?

–No, amor, es el tren –me retuvo–. ¿Te acordás que a veces cruzamos la barrera de la estación que está como a doce cuadras, la barrera de Ferro, te

acordás? No es un barco, mi vida, es el tren que va para Moreno y a esta hora de la noche hay muy poco ruido porque todos duermen, por eso escuchás el silbato de la locomotora, durante el día es imposible porque hay mucho barullo.

–Ah, la barrera por la que corre Solita –dije para mí tan pronto como pude, para reponerme, mientras me volvía a la cama.

–¿Qué? –escuché a mi madre mientras me llegaba el clic del interruptor de su velador.

–*Pobre diabla* –dije en silencio y a oscuras.

Hubiera preferido no saber, hubiera preferido que la respuesta hubiese sido una pregunta, como siempre. Hubiera preferido que mi madre intuyera que justo esa era la pregunta que no tenía que responderme. Que yo necesitaba saber que había un barco en el medio de la noche, que las sirenas me avisaban que había algo más allá, tras todos los mares que nos separaban del mundo. Que aunque hubiera que dejar el puerto en medio de la noche, la misma oscuridad era el seguro, el salvoconducto a otro puerto diurno, en el que la luz del sol brillaba como algunas sonrisas que hacía mucho no veía. Como esas sonrisas que fulguran hasta consumirse, que son sin medida y sin temor, una estela en la pleamar de la cara confiada. Hubiera preferido pensar que era posible ahorrar, pasarme años pegando estampillas en mi libreta de la Caja Nacional de Ahorro y Seguro, pero que al final me iba a acercar a la ventanilla a pedir los pasajes, uno para ella y uno para mí. Que al final yo iba a ser como un bisonte dándole mis moneditas a la nieve para que mis ahorros florecieran como la primavera, que íbamos a subir a la cubierta de un transatlántico tomados de la mano, por una escalerita sostenida en el vilo de las sogas en el aire nocturno sobre el agua negra. Rumbo a un amanecer en México, en España, en Finlandia. Que las sirenas nos iban a llevar en su mismo lomo, que se hunde y se oscurece pero en el siguiente corcoveo trae desde debajo de la superficie esas lentejuelas plateadas en las que nos deslizamos hasta un puerto soleado. Juntos. Salvos.

Cuando me levanté esa mañana mi madre estaba limpiando la biblioteca. La cara lavada y el pelo atado en una cola de caballo. La saludé y no me contestó. Fui al baño a cepillarme los dientes y después a la cocina a prepararme el Nesquick. Me encantaba poner en el vaso dos cucharadas soperas bien colmadas pero para esa cantidad exagerada tenía que estar seguro de que mi madre no me veía; después echar la leche por el costado,

con el vaso inclinado para que no removiera el lecho chocolatoso. La leche quedaba con un dejo de sabor pero en el fondo estaba el barro sustancioso, el lugar al que había que llegar, el premio que había que ganarse. Me encantaba ver tras el cristal del vaso esa especie de geografía marina que mantenía sus picos, sus hondonadas y que por debajo del límite con el líquido mostraba la palidez de una tierra seca. Solo la línea de contacto tenía el color marrón oscuro del encuentro de los elementos.

Tenía que beber con cuidado porque mantener esa topografía requería cierta estabilidad y a medida que pasaban los minutos el lecho podía infiltrarse, el líquido podía permear la capa superior y ahí sí, era cuestión de tiempo para que todo se mezclara y todo se perdiera.

Mi madre seguía eligiendo libros de la biblioteca y, antes de echarlos sobre el piso, los vaciaba de flores secas, de tarjetas, de cartas livianas en papel de seda amarillento surcado de tinta azul de estilográfica.

¿Qué dirían esas cartas?, me preguntaba yo. ¿Y si eran de gente que ya estaba muerta, qué contarían del tiempo en el que estuvieron vivas esas letras que sobrevivieron a quienes las escribieron?

Parada en una escalerita de pintor hojeaba como recordando, tenía el gesto grave que le conocía y esa cara que avisaba que no estaba para nadie.

Volví a mi Nesquick y vi que en uno de los frentes redondos una de las fosas, la más importante, había comenzado a filtrar. Me acordé de un dato que la señorita Zulema nos había contado: la fosa marina más honda del planeta se encuentra en el lecho de las islas Marianas, en el Pacífico noroccidental: 11.000 metros de profundidad.

–¿Cómo? –pregunté en medio de la clase de Geografía. Yo había escuchado bien y conocía perfectamente cada una de las palabras con las que la señorita Zulema había enhebrado la oración. La maestra repitió el dato para mí: La fosa marina más...

–¿Cómo? –volví a preguntar sin poder contenerme.

–¿No escuchó o no entiende cuando se le habla? –respondió mi señorita.

Yo volví a preguntar lo mismo, escueto y sencillo, pero sin voz, solamente para mí. Me dejaba perplejo saber que la gente convivía con cosas monstruosas que no podría enfrentar, cosas que podrían tragarlas, llevárselas a lo oscuro sin la menor posibilidad de salvarse. Si ese fondo comenzaba a chupar ¿qué cuerpo iba a poder bracear para llegar a la superficie? ¿Y si ese lecho se infiltraba? ¿Si por una grieta mínima comenzaba a gotear el mismísimo océano? ¿Si esa abrumadora masa líquida licuaba los continentes,

qué podía pasar con nosotros, íbamos a terminar todos chupados?

—¿Cómo? —dije en voz baja y terminé la leche de un gran trago mientras contenía la respiración y empezaba a llegar a mi lengua el barro dulce del fondo del vaso.

Yo mismo me había metido en el mar, no en las Marianas, claro, aunque eso también era el océano, unas vacaciones familiares en Miramar; me encantaba la playa y mi madre insistía en que me metiera en el agua con ella. Yo salía corriendo a entregarme a eso pero cuando llegaba a la orilla con la vista fija allá donde el agua y el cielo se juntan me quedaba petrificado. Así estaba unos instantes hasta que recuperaba el deseo y miraba alrededor, a la gente que disfrutaba de las olas que se deshacían a sus pies, en sus caras alegres —no hay peligro, me alentaba, todos se meten—.

Pero mis pies quedaban atrapados en la vista del horizonte y en la certeza de que ahí no servirían de mucho —yo no voy a entregarme a ese agujero, decía mi voz—. Veía a los veraneantes ir hacia ese Goliat con una sonrisa en los labios y mi voz repetía su diatriba calma y desesperada: No.

Pero mi madre volvía en su contraofensiva; yo, parado sobre la arena y mirándola fijo, resistía: No voy a volver a ese agujero.

Ella se daba vuelta o se desvanecía, dejaba de mirarme y desaparecía en el mar, pero al rato su cabeza de Venus volvía a emerger casi en el mismo lugar, una secuencia que me convertía en un decidor de salmos, en un rabí ahogado en su murmuración sicótica: que aparezca, que aparezca, que aparezca.

Cuando terminé el Nesquick fui al living para verla, me senté en el sillón mientras ella seguía en la escalerita sacando esquelas de adentro de los libros, los abría, leía un poco y los vaciaba de cosas que yo no sospechaba que existían y que me parecían mucho más interesantes que los textos de la biblioteca. Era inquietante ver que los libros tenían cúmulos de información secreta con la que yo convivía sin siquiera enterarme, parecían espías ultrasecretos que esperaban congelados una contraseña que los vitalizara y que podía ser letal para la supervivencia del mundo tal como lo conocía.

¡Qué me importaban a mí las historias de mentira que estaban escritas en las páginas! Yo quería la gran historia disecada en los pétalos de esa rosa plana, en los tickets firmados de un teatro en Estocolmo, en esa cuenta de

gastos con tantos cerros que no lograba identificar si era argentina o del algún continente extraño, en esas dedicatorias para gente con nombre que yo desconocía. Para mí, al lado de esa literatura de signos y manos desconocidas que podía volverse parte del torrente de mi sangre, lo otro, los relatos en letra de molde, eran como lápidas que se amontonaban prolijas en un cementerio ordenado en la pared.

¿Por qué mi madre amaba tanto los libros? ¿Por qué clamaba su amor con ese espíritu de escuela? ¿Qué pensaba que podían darme los libros o qué podrían librarla de darme?

En una de sus lecturas, en los momentos en que suspendía lo que estaba haciendo y se quedaba parada como en un promontorio en el que se daba a una carta esperada durante meses, me vio enfrente de sí mirándola y cambió el gesto. Con la mano derecha desbarató el lazo que anudaba su pelo en una cola, suavizó el ceño y sus labios se humectaron, casi imperceptibles. Yo aproveché para meterme más adentro del sillón y recostarme en el respaldo con las piernas cruzadas; hasta entonces había estado sentado en el borde, listo para disparar si en algún momento me descubría observándola y se enojaba.

—¿Querés saber qué dice? —me convidó.

—Sí —fue toda mi respuesta.

Ella leyó un poema escrito a mano en la primera página del libro que cargaba, un poema que recuerdo que terminaba *En el viento fundida ¿me reconocerás?*

Cuando terminó de leer volvió su cara hacia mí con una sonrisa laxa, demasiado laxa para la ansiedad que me daba la intriga, que me animó a preguntar.

—Yo quiero saber quién te escribió eso, quién te lo regaló, ¿fue un novio?

—¿No querés saber quién escribió ese poema tan triste?

—No, no quiero.

—¿Así me contestás?

—Quiero saber quién te regaló ese libro, quién te copió esa poesía, qué te dijo, por qué te regaló ese libro y te copió eso. ¿Era un novio?

—¿Y a vos quién te dijo que la copiaron para mí?

Justo en ese momento sonó el timbre y automáticamente salí corriendo para ver quién era, mi madre me soltó un grito para que preguntara antes de abrir, pero el final de su frase llegó cuando Elvira y su batón floreado ya

estaban frente a nosotros.

–¿Puedo pasar? –mezcló su educación de adoratriz de Floresta y un gesto preocupado, los modales principales que a veces a mi madre la ponían nerviosa.

–Elvira es la maaar de educada –decía mi madre alargando la a cuando la vecina se iba, como si en vez de halagarle el buen modo la estuviera ahogando en el Báltico por chiruza.

Y Elvira, con cualquier respiración más profunda de Ñata, cualquier gemidito de entresueño o ladridito inesperado, cambiaba el tono de su cuerpo y ponía una cara de pánico, como si estuviera al este de Java en el momento en que el manto ardiente de Krakatoa es una alfombra infinitamente más veloz y menos hesitante que sus pies descalzos. Cuando llegaba una señal así de su departamento ella dejaba la charla por la mitad, dejaba lo que fuese que estuviera haciendo para correr a ver a su Ñatita que sobrevivía a duras penas en el sillón, arropada con su mantita de lana rosa, llena de los agujeritos del crochet, custodiada por la muñeca vestida de novia sobre la carpetita de ñandutí encima el televisor, la virgencita en el aparador, que tal vez aprovechaba la poca soledad para hacer el cambio de color prometido y dejar caer a sus pies uno y otro y otro vestido y quedarse en bombacha y corpiño, en el secreto de su conciencia impúdica pero discretísima.

Una vez mi madre se animó a criticarla, le dijo que era una exagerada, que a la perra no le pasaba nada y que en definitiva no era nada más que una perra.

Elvira me dio miedo, se puso roja y quieta, las venas del cuello parecía que le iban a explotar y empezó a llorar al instante, unas lágrimas gordas le rodaban por la cara y se tenía que sostener la boca porque le temblaba y se le escapaban unos gemidos como de bestia con bozal. Elvira siempre tenía un pañuelito a mano, pequeño, festoneado, lo llevaba escondido en la manga de su saquito y siempre estaba lista para la eventualidad de ser una mujer llorando. Pero ese acceso de llanto fue más bien un ataque de furia, un paredón de impotencia que no requirió más que eso para hacerle entender a mi madre no solo su desatino, no solo su impiedad. También hizo que Elvira se hiciera parte de nuestra familia y que Ñata y sus ojos de Niágara casi blancos fuese una más de nosotros. También hizo que mi madre y yo adoptáramos en pleno acuerdo tácito a esa familia vecina que solía parecernos tan tierna como ridícula y solidaria.

Nosotros le usábamos el teléfono, aunque yo nunca llamara ni recibiera

llamados, aunque fuera mi madre la que tenía en su casa su centro de comunicaciones. Aunque a nosotros nos pareciera imposible vivir rodeados de la vulgaridad del crochet, el plumetí y las fundas de plástico transparente. Después de todo, supimos, qué pensaríamos de los adornos que nosotros teníamos si entrásemos a nuestra casa en ese edificio de tres pisos por escalera, como si en vez de vivir ahí llegásemos a visitar a unos parientes más o menos lejanos.

Mi madre decía que la diferencia la hacían los libros, que me fijara en eso cuando entrara a una casa. Si había libros era otra cosa.

Una vez Darío me invitó a estudiar a su casa; en realidad teníamos que preparar un trabajo para la feria de ciencias del colegio y él adoraba mi calderita, un juguete de verdad al que había que ponerle un mechero con alcohol, encenderlo y calentar el agua del pequeño tonel de bronce para que la fuerza del vapor hiciera funcionar el pistón que hacía mover la rueda. Darío era un maestro de la oportunidad, un porteño que ya entonces acusaba mucho estaño. Amparado por su padre, que nos inventó un discurso en el que explicábamos el proceso de la máquina a vapor, algo que no tenía nada que ver con los requerimientos que nos exigían para la feria de ciencias, decidió que nuestro trabajo iba a ser mi calderita.

Y no se equivocaba ese aprendiz de compadrito. Nuestra presentación fue todo un éxito. Era increíble ver las caras de los maestros y de nuestros compañeros, con gestos tan fascinados que parecían no darse cuenta de la precariedad y la estafa del trabajo: era solo mostrar la calderita, con eso nos ganamos un sobresaliente, y Darío dejó entrever que debía obsequiarle mi juguete porque él había sabido perfectamente cómo hacerlo rendir, cómo convertirlo en algo que toda la comunidad de la escuela consensuó como extraordinario.

Por suerte pude utilizar mi mejor recurso, mi arma más efectiva, uno de esos talentos que da natura y que Salamanca no presta: para evitar cederle la prenda y sortear cualquier enfrentamiento me hice el boludo, el que no terminaba de entender, el faltito. Y dibujé una media sonrisa embalsamada en una cara con ojos de vaca muerta.

Cuando gané por total incompreensión y temeroso desconcierto ese affaire de la calderita me saqué otro sobresaliente, pero ese me lo puse yo. Y fue con vítores mudos, con coronas de olivo y con salvas frente a la esfinge de Giza. Supongo que aun sin saberlo ya podía enfrentarme al fanfarrón dueño de todo el estaño y confundirlo con mi carga de cinismo heleno.

Lo primero que hice al entrar a la casa de Darío fue otear el horizonte, buscar con los ojos para identificar el blanco: la pared de la biblioteca. No la había. Pero sobre un modular oscuro, en uno de los estantes, había una colección completa de una docena de lomos de blanco brillante con letras negras que decían *Enciclopedia de la Segunda Guerra Mundial*. Cada uno tenía un subtítulo debajo, más pequeño: Los campos de concentración, El ghetto de Varsovia, Los trenes a Treblinka.

Distraídamente me acerqué para mirarlos y pude ver que el primero tenía la tapa descubierta y dejaba ver una foto en sepia. Tardé un rato en comprender qué era lo que estaba viendo. Tardé bastante más en darme cuenta de que me era imposible reconocer esa forma retratada en la tapa de ese libro que parecía un manual. Lo único que recuerdo era que en eso que veía había zapatos, muchos. Zapatos. Tal vez era una montaña de zapatos solamente, pero no me acuerdo bien. O tal vez eran zapatos impensables, zapatos que nunca antes había visto. Zapatos inenarrables.

Hasta que mi madre y yo no le dijimos que podía pasar, Elvira no metió las puntas de sus chinelas en el piso de nuestro departamento. Cuando cerré la puerta, la vecina soltó algunos comentarios acerca de la limpieza general de una casa. Supongo que asumió que mi madre estaba en eso porque la vio en la escalerita junto a la pila de libros en el suelo. En un momento dijo: Bueno, no..., quería decirles una cosa. No, que como ustedes también están solitos, ¿vieron? No... que yo pensaba que como viene Navidad podíamos pasar la Nochebuena juntos, con Ñatita y mi hermana, que viene desde Santo Tomé. Pero el Santo Tomé de Corrientes, no el de Santa Fe que no lo conoce nadie. No... bueno... yo le pedí que trajera mamón, que acá no hay. Y seguro que trae raspadura y cascarilla, y hace mucho me prometió un casalito de teros para el patio. Y yo pensaba que cada uno hiciera algo rico, yo puedo hacer albondigón, que se puede ingerir tanto frío como caliente, o vitel toné, que son unas milanesitas con mayonesa y pickles, y ensalada de frutas con moscato, que queda divina para acompañar la sopa inglesa.

Mi madre y yo nos miramos y nos sorprendimos sonriendo, yo no entendía la mitad de las cosas que Elvira había enumerado, y la imagen de una señora como ella que viniera desde Corrientes me generaba tanto entusiasmo como aprensión.

–¿Cómo se llama tu hermana? –le curioseé.

–Desiré –salió de su boca como un gran ramo de gladiolos enlazado con muchas vueltas de una cinta de plástico que simulaba el raso y terminaba en un enorme moño.

A mí se me plantó en la imaginación una señora alta, regordeta, vestida íntegramente de rosa y que se acercaba por un camino de tierra, cargando chismosas con aves atolondradas y monos carayá que salían a robarle las frutas del sombrero y volvían a la bolsa a cagar a pellizcones a los teros, y era todo plumetí, todo crochet.

La sonrisa fue suficiente para que mi madre dijera que sí, que nos parecía bárbaro, que a ella no le gusta mucho la Navidad pero que la Nochebuena era para pasarla con la gente que uno quiere y que cómo iba a hacer para tener a los teros y que no se le escaparan.

–Ah, no, pero hay que cortarles las alitas para que no se vayan –soltó

Elvira, para arrasar con la intriga que me generaba eso de la raspadura, el casalito y la cascarilla.

–Que no traiga pajaritos, mejor –le sugerí, imaginando aves con cicatrices moradas a los costados, quietas sobre una pata en la baldosa fría, el pico contra la pared del patio con macetones enormes y plantas grises, y leonadas, y carnosas.

A mí el plan me parecía estupendo, hacía mucho que sabía que Papá Noel y la Navidad eran la mentira más escandalosa de Occidente, pero que vinieran Elvira y su hermana con Ñatita era la excusa que necesitaba para que mi madre accediera a festejar y para recibir algún regalo.

–Y yo puedo hacer puré –grité con todas mi ganas.

–Ah, sí, te digo que hace un puré riquísimo –le dijo mi madre a Elvira.

–Y ella puede hacer salchichas –volví a gritar para conseguirle a mi madre su colaboración para un menú navideño de acuerdo a sus posibilidades.

–Ay, bueno, qué suerte que arreglamos. Los espero en casa entonces –propuso la vecina.

Y mi madre, rápida como una centella, retrucó: ¿No querés que lo hagamos acá y si hace mucho calor abrimos el balcón? Dale, así no ensuciás.

A Elvira se le llenaron los ojos de lágrimas y corrió a besarme las mejillas y a pedirme una caída de ojos. Me mojó los cachetes con saliva fría, me alzó y empezó a bailar un vals conmigo a upa y a cantar con su voz antigua de muñeca de porcelana *primavera hermosa, alegre primavera...*

Faltaban algunos días para la Nochebuena y eso nos dio tiempo para los preparativos, mi madre cambió los muebles de lugar y limpió debajo de todo. Al otro día volvió los muebles a su geografía original, pero llenó mi cuarto de los adornos más viejos y un par de jarrones de cerámica cascada. Cuando vio el living más aireado, vacío de las cosas viejas que había llevado a mi habitación, me dijo: ¿No está mucho más lindo?

A mí también me dieron ganas de ordenar, fui a mi guarida y guardé todos los adornos viejos y los jarrones de cerámica cascada adentro del placard. Después me dediqué a correr los muebles para limpiar debajo. Fui a la cocina a buscar el escobillón y la pala y cuando me vio mi madre me detuvo: ¿Qué hacés con eso?, dejalo que vas a hacer lío. ¿Por qué no jugás con chicos de tu edad?

Antes de que yo le contestara que los chicos de mi edad a mano eran los

del edificio, pero que casi no los conocía y me daba vergüenza, ella dijo: ¿Querés que lo llamemos a Darío? Ahora en un rato le pido el teléfono a Elvira y le decimos que se venga –propuso mientras encendía un cigarrillo, y más atrás otro humeaba en el cenicero del living.

Me acordé de mi amigo Santi, de su alegría malévola, de sus puños cerrados y sus hombros en alto, del candor y las ganas con las que me invitó a conocerlo. Un vaho de dulce honestidad me golpeó duro en el pecho. Malherido, volví a mi cuarto.

Acomodé los muebles y los puse otra vez en su lugar. Detrás de mí llegó mi madre con el escobillón, la palita y el cigarrillo en la boca. Andate un rato a mirar dibujitos así puedo limpiar –dijo mientras cerraba el ojo derecho para que no le entrara el humo y el cilindro de ceniza se soltaba como un módulo espacial de la nave y se estrellaba sobre la superficie marciana del parquet desvencijado de mis dominios.

Mientras estaba mirando la tele volvió a sonar el timbre y volví a correr para abrir, mientras mi madre volvía a gritarme que primero preguntara y Elvira volvía a asomar las puntas de sus chinelas del lado de afuera. Tenés teléfono, es urgente.

Escuché el chasquido del palo del escobillón contra el piso y vi a mi madre salir del cuarto con el cigarrillo en la mano.

–¡Ya voy! –se metió en el baño, tiró el pucho en el inodoro y de un tirón salió del departamento y cerró la puerta.

Después de un momento salí detrás de ella, crucé las pocas baldosas del pasillo que separaban los departamentos y muy despacito me metí en el de Elvira, en el palier de parquet oscuro, fresco y con olor a celofán de caramelo. Cuando entré un poco más no me di cuenta y la luz blanca que salía de la cocina y daba al palier me iluminó un costado de la cara. Los ojos de Elvira y los ojos casi blancos de Ñata me descubrieron serios, en silencio; yo trataba de escuchar con quién hablaba mi madre, qué decía, cuál tono de voz elegía para esa charla que apareció urgente. Estaba de frente a las miradas de la vecina y su perra sentadas en el sillón, de frente a la espalda de mi madre que se encaramaba con el tubo en la mano izquierda, pegado al hombro, mientras con la derecha tapaba su boca para que las palabras que decía no desparramaran ninguna información más allá del aparato. Cuando intentaba aguzar todos mis sentidos para darle la forma correcta a ese puzzle de sonidos que manaba de su boca, poca cosa entrecortada, un ruido horrible nos congeló a los cuatro y por un segundo el silencio explotó en esquirlas.

Por un golpe de viento se había cerrado la puerta de nuestro departamento y, parado sobre ese parquet oscuro, caí en la cuenta: nuestras llaves estaban del lado de adentro. Elvira sostenía a Ñata y los ojos que me miraban bajaron hacia el piso; mi madre se dio vuelta con la cara hecha una furia amarga y tapando el tubo del teléfono para que no se escucharan sus gritos me miró profundo, como aterrada, y solamente moviendo los labios, sin sonido y sin dejar de clavarme sus pupilas brunas gritó ¡¿Qué hicisteeee?!.

Entonces retomó su charla urgente y explicó que no podía seguir hablando, que tenía que cortar. Yo me quedé como estaqueado por el aire en ese filón de luz blanca que me cruzaba la cara. Mi madre cortó y se apoyó un segundo sobre la mesita del teléfono, de espaldas como estaba; Elvira dejó a Ñata en su rincón sobre el respaldo del sillón y levantó la cara.

–Me parece que se les cerró la puerta –probó tímida pero intentando algo–; yo me tengo que fijar si no tengo una copia de la llave, y si no probamos con la mía. Una vez me quedé afuera y abrí con la llave de la planta baja; cuando las llaves son viejitas abren todas las puertas.

Mi madre se dio vuelta, tenía la cara gris y con las manos se achataba el pelo y se hacía la forma de una colita en la nuca. Llegó hasta mí en completo silencio, paró al costado, me acercó a su cuerpo, pasó el brazo izquierdo sobre mi hombro y con la mano me empujó firme hacia ella. Era un abrazo raro, un abrazo de los costados, fuerte, triste, en silencio. No sé si alguna otra vez mi madre me abrazó de ese modo, como si ese abrazo hubiese sido una comunicación urgente, llena de una información en piezas demasiado troqueladas como para que a mi edad pudiera entender que eran parte de un todo que tenía que aprender a organizar.

¿Qué hice? –pensé–, ¿cómo vamos a volver a nuestra casa?

Elvira se acercó hasta estar enfrente de nosotros: ¿No querés dejármelo un rato a mí?, propuso. Me di cuenta de que mi madre había comenzado a llorar en silencio porque pesqué justo el trayecto de una lágrima hecha prisma por la luz de la cocina, como si hubiese caído en cámara lenta ante mis ojos, un cairel que brillaba de arco iris sobre el fondo de un ambiente oscuro.

El vientre flaco de mi madre dio una pequeña coz y la mano de Elvira me atrajo hacia sí.

–No sé qué hacer –balbuceó mi madre en un sollozo discreto.

–Andá, dejármelo un rato, que le quiero mostrar lo que estoy preparando para mañana.

Mi madre se retiró suave y Elvira me hizo entrar a la cocina, abrió la

heladera y me mostró medio jamón.

–Me fui hasta Torgelón, me traje medio porque uno era mucho, lo compartimos con una señora que también quería. Para volverme me tuve que tomar un coche de alquiler, no sabés lo que pesa. Lo voy a cortar con la máquina y lo voy a poner en una fuente, en rollitos, unos con aceituna negra y otros con una cereza al marrasquino. A mí no me gusta el agridulce ¿viste?, pero se usa. Y al que no le gusta se lo puede sacar porque está todo agarrado con un escarbadientes. Eso de entrada, con una rusa.

Yo me detuve a mirar un paquetito de papel, al lado del jamón.

–¿Querés eso, no? –Elvira sacó el paquete, lo puso arriba de la mesa, buscó dos cucharitas del cajón de los cubiertos y lo abrió. Adentro del papel gris había una pequeña gran panza de dulce de leche.

La primera cucharada me llenó de una sorpresiva alegría. Estuve a punto de preguntarle a Elvira por qué lloraba mi madre pero eso era como empujar al desfiladero la felicidad a cucharadas que estábamos compartiendo.

–Venga, Ñatita, venga –Elvira ponía voz de boba para llamar a la perra. Oí las uñitas contra el parquet y los primeros pasos de Ñata, que apareció con su gesto de Magoo en la luz de la cocina y movía la cola cansada. Elvira cargó su cucharita de dulce y le dijo: Tome. Ahí la Ñata pareció sonreír y llegó hasta el dulce, que lamió con energía nueva hasta desaparecerlo. Yo la veía de atrás, las ancas medio peladas, la cola colgando como una rata muerta, y la lengua como un gladiador que aparecía de entre una montaña de cadáveres.

Dejé mi cucharita a un costado y le dije a Elvira que quería ver la tele. Fui al living, que seguía oscuro como si fuera de noche, me senté en el sillón y me quedé dormido.

–¿Holaan, quién habla? –me despertaron los rings del teléfono y la voz exageradamente inquisidora que alargaba el hola y le agregaba siempre una ene final. Ñata esperaba bajo el techo de una silla, un alerito en su derrotero en el living, con la ceguera puesta hacia mí, en un silencio como de cosechador de algodón a la espera de la paga cuando le chifla el patrón en su recorrida. Sin darme cuenta me había recostado en su trono del sillón y no sé si por buena, o por educada o por carente de colmillos, esperaba resignada a que terminara la invasión.

Otra vez el llamado era para mi madre, que llegó y le hizo señas graves a Elvira para que dijera que no estaba; tenía los ojos rojos y seguía con la cara

gris. Elvira levantó otra vez el tubo y negó a mi madre dos veces, en medio de la tercera réplica se desvaneció la comunicación: habían cortado. Las dos se miraron.

–¿Cómo hiciste para entrar a casa? –pregunté. Elvira encendió uno de los veladores de plumetí y el ambiente se volvió rosado. El teléfono volvió a sonar y ahora fue mi madre la que corrió a contestar y a decir: No voy a ir, no voy a ir.

Hubo un momento de enorme vitalidad en el que mi madre recuperó el color de la cara y el lomo de Ñata se tensó, desde la punta de la colita hasta la mollera, e hizo de sus orejas dos conos de puntas erguidas, como si hubiera olido cerca el pato perdigonado y en vez de ser un animal de raza deshecha por caricias humanas hubiese sido un setter inglés.

Supongo que el plumetí es una buena opción para promover una paleta de colores más vivos, porque definitivamente la luz de ese velador se llevó por un instante las sombras. Mi madre colgó y Elvira la miraba.

–¿Quién era? –El teléfono volvió a sonar con el final de la pregunta y Elvira agregó–: Dejá, no atiendas, ya se van a cansar.

Mi madre se volvió hacia mí y me propuso ir a casa a seguir con los arreglos para la Nochebuena, que era al otro día. Nunca la había visto tan entusiasmada con la Navidad y me ilusionó pensar que finalmente el Niñito Jesús podría encontrar en nuestro hogar un buen lugar para traer su vaca, su burro, su madre púber, su padre abusador, su estrella de Belén, sus estrafalarios Reyes Magos y su cunita de paja para dar inicio al vodevil más escandaloso de la historia de Occidente.

–Y además tenemos que almorzar, que con tanta cosa al final no comimos nada –dijo mi madre con un tono que la mostraba segura de que nada iba a perturbar su determinación. ¿Querés que te haga unas salchichas? –propuso otra vez el menú que yo creía que podía comer todos los mediodías y todas las noches de toda mi vida.

–Perá –dijo Elvira–, ¿por qué no me lo dejás esta tarde? En el Riestra van a estar los Titanes en el Ring y a mí me dejan pasar gratis. Nos tomamos el 44 y nos pasamos la tarde allá, que yo soy amiga de las chicas de la cooperadora, y nos comemos un choripán. Entonces me miró a mí y me dijo ¿Qué te parece, vamos?

A mí el plan de los Titanes me parecía rarísimo, pero viajar en colectivo con Elvira y pasar una tarde lejos de nuestro departamento era una idea que me llenaba de entusiasmo. Solo sonreí y por eso mi madre aceptó, creo que

aliviada.

–Vamos, así te peino el remolino y te cambiás la remera.

Un rato después Elvira me tenía de la mano en la parada del colectivo. Creo que estaba más ansiosa que yo porque no me miraba y me sostenía fuerte con una mano transpirada, mientras miraba al horizonte tratando de divisar el lomo azul y rojo del 44. Se paraba alternativamente en la punta de uno de los pies y miraba fuerte, como tratando de materializar el colectivo con su urgencia. No parecía estar tranquila en la calle, como si fuese un espacio en el que podía pasar cualquier cosa, y que llegara la mole de 20 asientos significaba que casi estábamos rumbo a territorio amigo.

Yo nunca había ido al club Riestra, nunca había estado en Pompeya, no había visto nunca a La Momia más que en la tele, y nunca había salido solo con la representante del plumetí en la Tierra.

Elvira me hacía acordar a la mamá de Santi y a la hermana de Santi, y también me hacía acordar al cachetazo, al envión de la mamá, al vestido lleno de polvo anaranjado, al desconcierto de la señora después del estruendo de su mano en la mejilla de la nena. Yo pensaba que tal vez podría encontrar a mi amigo otra vez, sentado en el banco de listones de madera, en medio de una bruma de luz azulina como no creo haber visto en otro sitio, esperándome sin saber en el Botánico, listo para que le contara de mi excursión a los Titanes, como un lenguaraz que le apacigua los bronquios porque le trae el aire renovado de la amistad.

Durante el viaje Elvira siguió sin mirarme; viajamos sentados en un asiento de dos, yo canté pri del lado de la ventanilla y ella, sentada del lado del pasillo, seguía mirando estirada por dónde iba el colectivo, con las manos agarrando la cartera como a un púlpito. En un momento, para tranquilizarla, le pedí que me cantara algo y entonces dejó su puesto de vigía, me miró con la cara linda y me cantó en voz muy baja, directo a los ojos, uno de los tangos que más le gustaban, uno que siempre cantaba y que yo ya me sabía de memoria: *déjame, no quiero que me beses, por tu culpa estoy sufriendo la tortura de mis penas; déjame, no quiero que me toques, me lastiman esas manos, me lastiman y me queman.*

Me odié tanto por someterme a ser tan bueno: la voz baja de Elvira fue una invitación a gorjeos cada vez más escabrosos que llamaban la atención de los viajeros y ella, poseída por su ser cancionista, no dejaba de mirarme a los ojos ni de levantar el volumen inadvertidamente a medida que notaba que las

cabezas a nuestro alrededor giraban para verla. Yo me mantuve como embalsamado todo lo que pude, en un momento giré rápido la cabeza para ver si la ventanilla me ofrecía alguna imagen salvadora pero Elvira, un calamar gigante hipnotizando a su presa, tiró suavemente de mis manos y me devolvió a su tango en exclusiva. Me odié tanto por ser tan sometido y entregarme así a la vergüenza que lo único que agradecí fue que esa escena no transcurriera en el Botánico, a la vista de mi amigo Santi.

Entrar en la atmósfera del Riestra fue un acontecimiento. Ya del lado de afuera, antes de traspasar la puerta, se notaba el ambiente nervioso de los momentos previos de algo importante, y Elvira seguía mirando hacia el horizonte como necesitando encontrar las formas conocidas que le dieran algún sosiego. Se había maquillado bastante y si no era dulce honestidad lo que exudaba, y gracias a dios que no era, su perfume olía como el de Siete Brujas.

Apenas entramos empezamos a escuchar saludos, pero Elvira parecía apurada y no quería detenerse. Lo que sí me acuerdo es que a pesar de un aire como de feria de atracciones de tullidos había algo sólido en ese ambiente, algo que podía palpase y que a pesar de eso facilitaba mucho la entrada. Una provincia en el aire, una nación invisible, muy viva, muy ruidosa y sanguínea. Cuando llegamos a la secretaría, y apenas la vieron, “las chicas”, como les decía Elvira, se pararon a saludarla y vinieron hasta nosotros como unos conejitos de dibujo animado.

–Miren a quién les traje, miren esas pestañas –decía, y me sacudía la mano que nunca me había soltado–, puro ojo es este, chicas, el amor de mi vida.

Elvira se pavoneaba ante un ramo de mujeres muy parecidas a ella, que me rodeaban entre carcajadas pudorosas y procaces de películas viejas. No recuerdo cuántas veces tuve que complacer a las damas, todas las veces que me pidieron otra vez y otra más, y se mostraban tan felices y suspirantes con cada bajada lenta y calculada de mis párpados. Estaba a mis anchas y gobernaba como un monarca envuelto en lince sobre el torso desnudo, en medio de un invierno de árboles fastuosos enjoyados de mínimas siberias tintineantes. Me posaba en mis dominios, tan gobernador como nunca y para un mujererío extasiado y satisfecho como no creo, como sé que nunca otra vez pude disfrutar.

En medio de tanto alboroto me di cuenta de que la mano de Elvira se

desentendía de la mía como inconsciente y pude ver la tela de su vestido en la parte de las caderas, pude ver sus medias con sus piernas y sus tacos escurriéndose por entre las féminas para llegar a la puerta mientras pedía que me cuidaran y aseguraba que volvía enseguida. Las chicas volvieron a lanzar una retahíla de carcajaditas y algún comentario al aire que no entendí, pero yo volví a sentirme El Mudo, en el balcón de una habitación de hotel, con el fondo de los rascacielos yanquis, rodeado de la belleza casquivana y con las raíces sin teñir de Peggy, Betty, July y Mary.

–¿Tenés sed, corazón, querés tomar algo? –se apiadó una de las chicas e instaló en mí la conmoción de una certeza nueva: la de un corazón con la sed de un legionario en el desierto.

Un poco demasiado turbado pero incapaz de desprenderme del personaje sofisticado que hasta entonces había rendido tan bien en esa escena, probé, temerario: Un Delifrú de tomate.

Enseguida aprendí algo que no sé si fui capaz de aplicar con destreza o tino alguna vez: toda la respuesta que obtuve fue la desconcentración de las que hasta entonces me habían adorado. New York le dio la espalda al Morocho del Abasto y a la secretaría empezó a volver la normalidad de los cuerpos orbitando soles hartos más burocráticos que yo. Algo había pasado, me di cuenta justo cuando escuchaba: ¿Lo qué? Acá tomamos mate dulce o amargo, o Komari con soda, ¿querés un vaso, corazón?

Elvira volvió al rato con el pelo achaparrado y una ansiedad notoria. ¿Dónde está el amor de mi vida?, gritó mientras entraba a la secretaría y las chicas sonreían.

–Vení que te llevo al vestuario así conocés a los muchachos. –Me tomó de la mano, cruzamos el pasillo, la cancha de bochas, el patio techado con el ring adonde se iba a hacer el encuentro de los Titanes, y en un costadito llegamos a un ambiente angosto, dividido por armarios metálicos, una ventanita alta en la pared del fondo y unas lamparitas encima de una banqueta larga frente a un espejo.

El tránsito en ese lugar era complejo y, a pesar de que no tenía puerta y estaba abierto, podía sentir perfectamente que nos estábamos metiendo en un lugar privado, al que solo entraba porque Elvira era amiga de los organizadores. Yo no quería entrar, no quería estar ahí, nunca jamás me habían interesado los Titanes ni sus luchas y me daban miedo esos hombres panzones en slips como bombachas, maquillándose unos a otros con pinturas que se iban escurriendo muy de a poco por las comisuras, por los surcos de

las arrugas, acariciándome la cabeza como si fuesen Saturnos limpiado la guadaña en mi pelo después de haberle rebanado los testículos al padre. Las caras se me acercaban demasiado, en gestos de una simpatía exagerada, y todos parecían Pepes Marrones alargando la e de su *chee* característico. Elvira estaba emocionada y me mostraba a cada uno de los que estaban preparándose; yo no sabía qué decir, ni qué gesto poner, ni cómo ejecutar el paso de comedia de ser un niño en una escena soñada.

No había modo de que alguno de esos climas de indiscutible felicidad pudiera compararse con los ambientes feroces en los que la luz era azul y brumosa, en los que los niños se bajan los pantalones para mostrar las escaras de su eccema, en los que las niñas demasiado convencidas son quemadas de humillación pública por brujas.

Y mi madre estaba lejos de aparecer hacia el final de ese gimnasio, ondeando el aire alrededor como una corriente submarina que llega desde el confín de algún mar extraordinario. Todos los personajes estaban decididos a que yo fuera feliz y levantaban la voz para animarse unos a otros ante mi desconcierto y mi fracaso estrepitoso en construirles una sonrisa a mis labios. Ni toda la ternura que me provocaba Elvira en nuestra primera salida juntos, ni su intención evidente de darme algo exclusivo, ni esas señoritas floridas a las que ofendí pidiéndoles el trago amargo de mi sofisticación. Nada.

Me sentía un monstruo panzón, con bombacha de elástico indeciso en vez de calzoncillo a la vista del mundo, una cara de payaso pintada con lápices de cera sobre el gesto adusto.

—Está emocionado —me disculpaba Elvira a sus amigos a medio disfrazar—, por eso mira con esos ojos como el dos de oro y tiene cara de susto.

Por dentro me obligaba a ensayar parlamentos de eufórico agradecimiento, de entusiasmo incontrolable, trataba de empujarme a una infancia sin dobleces, sin sospechas, pero la verdad es que no quería estar ahí, me preocupaba mi madre.

En un momento se me ocurrió mirar todo al detalle por si alguna vez me encontraba con Santi; entonces se me puso la mirada llena de curiosidad y relataba en silencio para poder contarle al amigo mis aventuras en el Riestra con los poderosos Titanes. Tal vez a mi camarada le encantaran esos personajes, tal vez mis relatos le dieran ideas para un futuro probable, lejos de la ropa de lana de su madre, lejos del blanco móvil de su hermana. Tal vez mi crónica del Riestra lo pusiera en un lugar propio, el fabuloso respirador

Santi, un superhombre dotado de puntería extraordinaria, capaz de inspirar volúmenes inimaginables de oxígeno y acertar el piedrazo en cualquier blanco.

Después todo fue una cinta de colores que pasaba tan rápido que parecía blanca, eso desanimó mi espíritu de comentarista para el amigo de respiración grave. Mientras, Elvira, arrobada, miraba desde abajo del ring a sus conocidos panzones y parecía no saber cómo comportarse conmigo, cómo entusiasmarme. El cuerpo se le movía imperceptiblemente de un costado a otro como si ante cada impulso por querer hacerme una propuesta para participar la atravesara otro que la hacía dudar y resistir todo intento. La lucha más titánica se daba en mí: yo quería ser otro, quería no estar ahí, quería no ver los culos flácidos en esos bombachones arratonados, quería no escuchar más gritos, ni más estruendos, ni más horror, ni más reproches por todo lo que sabía y callaba.

Me preocupaba mi madre, la Navidad que se avecinaba, la venidora de los esteros y su bestiario de alas recortadas.

Cuando terminaron las peleas –supongo que el árbitro se convenció porque las caras de esos Titanes chorreaban mezclas de sudor y maquillaje–, comenzaron los discursos en los que uno de esos panzones dedicaba todo el esfuerzo del evento a la alegría de los niños. Supongo que no compartíamos el mismo método de observación porque en mis estudios de campo –lo que había podido ver durante el espectáculo alrededor de ese cuadrilátero– la mayoría de los infantes berreaban a sus madres u organizaban sus propias luchas en medio de las sillas de la platea.

En un momento todo comenzó a disolverse y las sonrisas se deshacían mientras alguno empezaba a barrer y algunos otros a apilar los largos bancos de madera. A Elvira se le escapó de los labios un susurro –pensé que me iban a pedir que cantara *Madre del alma mía*. Una de las chicas de secretaría que estaba a su lado la escuchó, pasó su brazo por la cintura de Elvira y señalándome con los ojos le dijo: ¿Por qué no se vienen un ratito a la oficina y tomamos unos mates antes de que se vayan con el churro este?

Elvira me tomó de la mano y yo me sentí como la valija de Lili cuando se enfrentaba a la intemperie del camino de la soledad; algo en el aire había cambiado.

Fuimos a la secretaría y las chicas nos rodearon; mientras una cebaba el mate con un termo de lata y le echaba cucharaditas de azúcar otras se

disputaban un lugar a mi lado. Elvira de pronto dijo: Mejor nos vamos rápido, tenemos que esperar el 44 y no quiero que se nos haga de noche.

–¿No vas a cantar un valsecito? –dijo una de las chicas. Elvira sonrió, volvió a tomarme de la mano y empezó a saludar a cada una de las secretarias. A mí me pareció bien su decisión y me resarcí de mis antiguas pretensiones de Delifrú dándole un beso pleno a cada una de esas mejillas sonrosadas de la oficina del Riestra.

Había algo raro cuando salimos a la calle. Elvira me apretó más la mano y apuró el paso. Teníamos que caminar unas cuadras hasta la parada del colectivo y en la avenida parecía que había ganado el silencio. Elvira miró para atrás mientras apuraba la marcha, entonces quise mirar para ver si venía algo y ella aumentó la velocidad de sus pasos; para no empezar a flamear me concentré en el frente. Cuando estábamos casi en la esquina paramos de golpe: un convoy de coches y grandes camionetas verdes doblaba veloz para tomar la avenida. Elvira se agachó, me abrazó y me subió a upa. Nos quedamos petrificados ante la cercanía de esa caravana. Era el mismo aire el que parecía rasparnos la cara. En la parte de atrás de los furgones iban muchos soldados con fusiles a media asta, no apuntaban pero tampoco estaban en descanso. Pasaban veloces y esas caras nos miraban serias. Eran caras inmóviles de ojos congelados, como miras sobre el lomo de las armas. Nosotros quedábamos a tiro de esos caños de olor ácido que se multiplicaban en la cantidad de soldados y de camiones. Yo me acordé otra vez de Santi, de su ceño quieto y de sus hombros pegados al cuello, de sus movimientos medidos como para llegar a salvo al borde de la piscina.

El cuerpo de Elvira se sacudía con muy pequeños temblores. De pronto empezó a jadear y a tratar de ocultar esos jadeos. Me apretaba fuerte y yo podía oír cómo entraba el aire por la abertura de su boca en bocanadas cortas y ansiosas y podía oler lo que estaba detrás de su perfume. Era el olor azul, metálico. Un olor que conocía de cerca y que mi madre traía de sus escapadas.

Elvira nos prestaba el teléfono. Yo nunca le había percibido ese olor.

Dio un suspiro del que no pudo contener el ah final, le temblaron las piernas y parecía mojada, los ojos se le llenaron de agua y el pelo se le abrió, imperceptible. El convoy terminó de pasar y atrás siguieron algunos coches de la policía con las sirenas mudas. Parecía una secuencia interminable.

–Van para la zona sur –dijo Elvira, hablándole quién sabe a quién.

–¿Qué hay en el sur? –pregunté, y enseguida–: Quiero ver a mi mamá.

El mundo parecía haberse quedado sin autos. Tras el rugir de los motores verdes las manzanas eran un muestrario de calles y veredas desoladas, de puertas cerradas.

Elvira empezó a correr conmigo en brazos y llorando en silencio; cuando estábamos llegando a la parada vimos que llegaba un 44. Elvira empezó a los gritos y casi se cruzó con la trompa de la mole azul y roja.

–¿Eh, qué pasó, doña, le vio la cara a Dios que está tan alterada? –dijo el colectivero cuando todavía estábamos en el estribo, y algunos de los pasajeros soltaron una carcajada.

Cuando llegamos, vimos que la puerta de nuestro departamento estaba mal cerrada. Desde abajo se veía una línea de luz oscura y desde el suyo llegaban los rings incesantes del teléfono.

–Por suerte la Ñatita es sorda –dijo, mientras subíamos la escalera que daba al hall distribuidor de nuestros departamentos.

Mi madre era una muchacha muy bella, pero cuando empujamos la puerta la encontramos hecha un ovillo en el sillón, la cara escondida entre las rodillas, la persiana completamente baja, sin siquiera los espacios de aire entre los listones. La luz oscura venía del televisor encendido, mudo. Mi madre parecía no escucharnos y Elvira se apresuró a tirar de la cinta para levantar la persiana.

–No la levantes –dijo mi madre con voz firme pero desmayada, sacando la cabeza de entre la cueva de sus rodillas; estaba pálida.

–Andá a tu cuarto –ordenó, y me miró un segundo con ganas de sonreír, como si le hubiera sido posible, podría jurarlo.

–Voy a ver cómo está la Ñatita y vengo, ¿tenés algo para comer?, el chico debe estar con hambre.

Me fui a mi cuarto y dejé la puerta entornada.

Escuché a mi madre sola en el living, como llorando de a arranques mudos que terminaban en más silencio. Prendí el velador, la luz azul de la tele me daba miedo. Escuché a Elvira que volvía.

–Le llevo esto, lo que te pido es el platito y la servilleta, son de un juego, sabés, no quiero perderlos –la vecina le hablaba a mi madre y yo esperaba sentado en la cama a que entrara a mi cuarto. Elvira entró; en el platito, bajo la servilleta, había una porción de su torta de manzanas con nueces y azúcar impalpable. Elvira se acercaba a mí con ojos raros. ¿A qué podía tenerle miedo?

Dejó el platito sobre la mesita de luz, al lado del velador, pareció no poder dármele en la mano ni animarme a comer la torta en ese momento.

–No me animé –susurró mi madre para sí.

Elvira dio media vuelta y salió del cuarto. Mientras, la oscuridad que salía de la tele le dibujaba cosas extrañas en las piernas.

–¿Querés que te traiga a la Ñatita para que esté acá con vos?

No sé si no esperó mi respuesta o si creyó escucharme o si pensó que no había nada que responder: salió de mi cuarto y no cerró. En el espejo de la puerta abierta se reflejaba el televisor y una punta del sillón donde estaba mi madre y donde seguro estaría Elvira.

La pantalla azul pálido mostraba movimientos indescifrables, tal vez porque yo veía la imagen al revés o porque no podía concentrarme en nada. Todo me parecía difuso y ni la torta de manzanas ni las nueces ni el azúcar impalpable cobraban relevancia para mí. Todo era una sola cosa mal iluminada.

No sé si mi madre volvió a musitar, o si yo la escuché repetir “no pude, no me animé”.

En la pantalla había unas letras, pero yo veía todo al revés en la imagen del espejo, no podía leer. Ahora lo que mostraban estaba quieto, era un paredón con esas letras debajo. Me acordé de mi tío Rodolfo. Me acordé de cuando se ponía serio, se tocaba los bigotes y me hablaba. Me acordé de cuando me decía que tenía que estudiar, que tenía que ser curioso y que no tenía que perder nunca la alegría. Me acordé de cuando me regaló un rectángulo de vidrio rojo y un cuaderno, de cuando me enseñó a parar el vidrio justo en el medio de una hoja, con un dibujo de un lado y el otro libre para poder copiar el reflejo que daba sobre el vidrio y se proyectaba sobre el papel blanco.

Me levanté a buscar el cuaderno y el vidrio, busqué un lápiz y anoté con dificultad las letras que la tele reflejaba en el espejo, yo sabía que había idiomas que se escribían al revés, me lo había enseñado mi tío, pobres chicos, tener que aprender a escribir las palabras de atrás para adelante y tener que entender todo dado vuelta.

Eran 16 letras. De pronto se encendió la luz de la cocina y llegaron los ruidos del agua y de la pava, la puertita de la alacena y la lata de saquitos de té. La cucharita al costado del plato y la alacena de arriba donde guardábamos la azucarera. La puerta de la heladera. Si estábamos en casa a mi madre le encantaba el té bien negro, con el agua bien caliente pero no hirviendo, con una cucharada gorda de azúcar, con un chorrito de leche cruda y fría.

Eran 16 letras de un lado de la hoja del cuaderno y puse el vidrio rojo.

Elvira llegaba desde la cocina en el murmullo de las cosas que tomaba para preparar el té, pero no aparecían ni su voz ni la fricción de sus pasos en la tela de sus chinelas. Ahora era el golpe del agua en el fondo de la taza y el remolino que inundaba el saquito y hacía engordar a las hebras. Ahora era la

cucharada de azúcar en punta, cayéndole a la taza como un médano que se disuelve. Ahora era la cucharita tocando el fondo y raspando los costados de la loza.

Me puse a copiar en la parte blanca. Eran 16 letras.

Elvira pasó por el reflejo del espejo llevando una bandeja con la taza de té humeante, la apoyó en la mesita. Prendió la lámpara de pie al lado del sillón, esa que mi madre usaba para pasar las tardes en los libros. Apagó la tele y apareció la sombra de nuestro arbolito que estaba perdido en el reflejo. De pronto me dieron unas ganas enormes de que fuera mañana, de pronto tuve una confianza enorme en que aunque fuese la mentira más escandalosa de Occidente la Navidad nos iba a llenar de alegría y que íbamos a reírnos del plumetí y de los adornos horribles que habíamos hecho para nuestro arbolito.

Terminé de copiar hasta la última letra. Eran 16. Paré el vidrio en el medio de la hoja, con la mirada todavía del lado del papel donde estaban las letras, del otro lado se teñía todo de rojo.

–Mamá, no te preocupes, mañana es Navidad.

–Sí, hijito, mañana es Navidad. Ahora metete en la cama que hay que dormir, más tarde voy a darte un beso.

–Tengo hambre, ma.

–Comete la torta que te trajo Elvira, que a vos te encanta, después te llevo un vaso de agua.

–Ma, ¿puedo leer un rato?

Comí algunos bocados de la torta y me quedé dormido. Esa noche soñé que estábamos en nuestro balcón y que miraba una procesión de hombres que se dirigían para el lado contrario adonde estábamos nosotros. Veía las cabezas de los que marchaban en silencio y, aunque no aparecía, sabía que detrás de mí estaba mi madre. A mí me parecía raro que estuviéramos en el balcón pero me agarraba a la baranda y trataba de estar atento por si se empezaban a caer las molduras o el techo. En un momento me pareció ver una cabellera pelirroja en medio de la multitud, eran todos morochos los que marchaban pero pude divisar una cabeza pelirroja justo en el momento en que se daba vuelta para mirarme. Me empecé a desesperar y me di vuelta para buscar la confirmación en los ojos de mi madre y no vi nada, no había nadie más que yo en el balcón. Volví a darme vuelta y empecé a gritarles a esos ojos entrecerrados que intentaron reconocermé, a esa cabellera a punto de

extinguirse: mi boca se abría para decir papá pero el ruido de la marcha enmudecía mi grito. Gritaba cada vez con más fuerza, agarrado a la baranda del balcón que empezaba a nevar partículas cada vez más grandes de las paredes, del techo, de las molduras. Fijo en ese pelo rojo que se desmembraba en la multitud, gritaba mudo, abrazado a la baranda, y aunque no la veía, mi madre me tomaba desde atrás y tiraba de mí para que me desprendiera y nos metiéramos adentro de la casa. Yo gritaba cada vez con más fuerza y ella tiraba de mí cada vez con más fuerza. Mientras, el balcón era una ruina que caía como en escalones, y empecé a escuchar mi súplica desahogada: ¡Mamáááá soltameeeee...!

Lo primero que hice esa mañana fue correr al espejo del baño a mirarme el pelo, y cuando estuve ahí me acordé de que ese día era la Nochebuena. Me cepillé los dientes y me eché agua fría en la cara, algo excepcional, porque quería enfrentarme a tan digno día con mis rituales más respetuosos. Caminé en puntas de pie para no despertar a mi madre y cuando llegué a la cocina la encontré de espaldas, con una pila de tostadas recién hechas al lado y sacando las últimas, que crujían como miniaturas en el tostador.

–Mirá lo que te hice –dijo sonriente mientras levantaba la panera para mostrármelas.

Las tostadas bien finitas eran un festejo en nuestra casa, y que mi madre me despertara con una pila de eso era un signo inequívoco de felicidad. Eso suponía un largo desayuno juntos, una charla animada sobre lugares que yo no conocía y por los que ella había viajado alguna vez quién sabe con quién o quién sabe en cuál de sus postales.

Siberia sin angustia. Chapultepec sin volcanes. España sin hijos de puta. El gran cañón del Colorado con princesas navajas y jóvenes con flecha y águila y semen rojo. El mundo era un planeta suspendido en los ojos fascinados de esa muchacha bella que movía el pelo con las manos como en golpes de timón que desoían las distancias y nos dejaban en cualquiera de las latitudes planetarias. Un desayuno de tostadas con manteca y dulce de leche era un seminario de devoción a la curiosidad, un entrenamiento en Libia para fortalecer los músculos detrás de los músculos, los abdominales detrás de cualquier intención; la puntería en un único blanco móvil: la alegría de estar vivos, una alegría liviana y sin la amenaza de lo inminente.

La voz de Elvira nos devolvió de nuestro periplo, pero no era una milonga, ni un vals. Desde el pasillo llegaban los espamentos del reencuentro que subía por la escalera. Era como un rumor de gallinas que se quebraba, eran vocales de alegría y consonantes de nostalgia, una música clueca y un poco escandalosa.

Salí corriendo para abrir la puerta porque quería conocer a la hermana de nuestra vecina, y sobre todo ver a los teros sin alas, pero mi madre me retuvo antes de que pudiera salir de la cocina. Con el dedo índice en la boca me indicó silencio y sonriendo pícara me llevó hasta la puerta para quedarnos

cerca y poder escuchar qué hablaban las hermanas. Mi madre se sentó en el suelo y apoyó la espalda contra la puerta, en una coreografía muda, lenta, hermosa. Yo me quedé mirándola y ella estiró uno de los brazos invitándome a sentarme en el hueco que dejaban sus piernas, apoyar mi espalda en su pecho y mi nuca en el espacio entre su cuello y su hombro.

Traté de comportarme, de respetar al pie de la letra mi parte en la coreografía, de ser plástico y natural y desenrollarme de mí para enrollarme en ella como un partenaire experto que trabaja prolijo para que se luzca su prima donna. Cada hueso de cada falange de mi mano, la pelvis en la cadera, los tobillos, la solidez móvil de mis pies y finalmente mis isquiones: no sé si estuve a la altura de Nureyev o de Astaire, pero sé que fui eficaz, que llegué entero y gracioso a ese regazo prometido. Sentado en el hueco de mi madre, abrazado por las piernas de esa muchacha bella, acariciado por sus manos de piel de habas, a merced del aroma dulce y lábil de su pelo negro, tan cerca de la piel pavorosamente húmeda y sugerente de su cuello y, sobre todo, en la ocasión inaudita de hacer algo indebido, algo que mi madre en funciones hubiera objetado: escuchar detrás de la puerta no se hace.

De eso no creo recordar nada, pero del momento tengo una memoria única acerca de la calidez, la liviandad y la cercanía de un cuerpo palpitante. Creo que tuve claro que debía relajarme lo suficiente para que sucediera y a la vez registrar la escena a la perfección para poder atesorarla, para, llegado el caso, contármela a mí mismo en los momentos en que la incredulidad arrecia.

No me animé a abrir la boca pero no podía contener la ansiedad por preguntarle si ella sentía lo mismo, si mi cuerpo también irradiaba, si le transmitía calor, si yo estaba tan vivo como ella. Pero no me animé a abrir la boca por temor a que mi pregunta hiciera apurar el tiempo de ese abrazo y lo disolviera mi ansiedad por saber qué tan vivo estaba. ¿Cuánto duró ese abrazo inigualable y cómo retomamos los pasos del baile ordinario en el devenir del día?

Guardo del transcurso de esa jornada la certeza de que no quería terminar de sacudirme, ni me quería cambiar el pijama que tenía puesto en el rato que duró el abrazo, el rato en que mi piel era un cosquilleo, como la vista aérea de un tendido de luces de ciudad en medio de la noche del campo, y mi nariz quería aspirar lenta y definitiva el aire alrededor de esa muchacha bella que otra vez abría las piernas para recibirme.

Ese fue un momento de pura verdad, el momento en que ya estaba suelto de esa mujer, antes de la comida de la Nochebuena: Papá Noel no me importaba nada y cualquier fantasía de que la barba de ese viejo fuese roja como la de los irlandeses, los gallegos y los vikingos, todos los hombres que se alistaban detrás de mí en la historia aunque ellos no lo supieran, se desdibujaba por el trazo de su piel en mi piel. ¿Quién, qué hombre, quién no querría esa huella inmaterial en su cuerpo, la huella de una morena de tez casi azulina y noble, alejada de toda trivialidad mundana?

Después de la siesta obligada mi madre me mandó a bañar y no tuve más remedio que volver a mentir un chapuzón en la bañera; me encerré en el vapor del baño, me mojé el pelo, cuidando de que el agua empapara bien toda la cabeza, y me quedé un rato para que la humedad me abriera los poros de la cara y la farsa resultara creíble. Aunque transpirara bastante todo se quedaba conmigo y en un eventual carbono 14 los rastros de la humanidad en mi piel podrían dar respuestas incandescentes a los investigadores del futuro.

Que venga la Navidad, que venga lo que tenga que venir, sentí por unas horas en el pecho sin llegar a comprender qué era lo que pasaba, qué era esa certeza, esa calma, esa dicha secreta que tampoco podía celebrar.

Todos los teros recuperaron sus alas y agradecieron la esclavitud a sus amos, como un gesto sacrificial ante la evidente incapacidad de sus dueños, como una ofrenda más antes de volver a cuidar a su nidada en los esteros y de exagerar sus dotes rapaces para que ningún avispado se acerque al nido.

Que venga la Navidad. Que nazca el Hijo del Hombre.

A eso de las siete de la tarde nuestro timbre empezó a sonar con frecuencia de minutos; Elvira estaba más ansiosa que nadie por los preparativos de la mesa y por las presentaciones de rigor, fue entrando a casa de a poco. Cuando abrí tras el primer timbrazo la vecina se quedó en el umbral, hizo una pregunta casual y se fue. A los minutos volvió a tocar y avanzó unos dos pasos en nuestro piso, y así sucesivamente. Cada vez que le abría la puerta trataba de distinguir en la oscuridad de su departamento para ver si aparecía su hermana, pero todo lo que lograba identificar era el sillón lleno de bártulos y sin Ñatita, obligada a ceder sus aposentos a las cosas de la recién llegada. Lo que me llamaba la atención era que no eran valijas y no eran bolsos, lo que veía eran bultos enlazados con hilos rústicos, ataditos envueltos en papel de diario y bolsas hechas con sachets de leche tejidos al

crochet. En ese signo reconocí la tradición familiar de Elvira, esa era la evidencia de que su hermana había llegado con su carga de promesas.

En una de las venidas de la vecina no aguanté y antes de que prorrumpiera le dije: ¿Y los teros?

–¿Eh? –se sorprendió Elvira.

–Quiero ver los teros.

–Ah, los teros. No, no los traje, pero traje unos pollos de campo para esta noche que son una locura. Decile a tu mamá que con eso estamos listos, que entre el vitel que hice ayer, la rusa, un poco de melón con jamón ya estamos.

–Ahí se detuvo un poco y agregó–: ¿Qué venía a decirles?

Los signos de la mentira más escandalosa de Occidente comenzaban a mostrarse claramente ante mí; el cambio de pájaros me parecía siniestro. De la promesa de los teros a una asadera con dos pollos horneados había una larguísima lista de horrores de una grey sanguinaria capaz de recortar alas, decapitar, destripar, desplumar, sazonar, hornear y crucificar.

–Nunca más voy volver a comer pollo, nunca voy a ser católico –me prometí en silencio frente a una estampita de mí mismo, en un altar improvisado que construí mentalmente ante la revelación de la verdad que mi madre siempre había sostenido–. Ya somos dos contra la Iglesia, mami –terminé mi salmo profético.

En ese momento empezó a sonar la campanilla del teléfono de Elvira, que dijo: Ay, no quiero que despierten a mi hermana que está descansando, la pobre.

Enseguida apareció mi madre que estaba en la cocina y le dijo apurada: No atiendas, mejor, ¿no?

–No, lo que quería era que dentro de un rato, cuando se levante, la conozcan.

Apenas terminó de articular esas palabras apareció desde atrás, desde el ambiente ensombrecido de su casa, una señora que por tamaño parecía su madre, o parecía ella misma pero en versión doble pechuga y de rasgos más redondos, más juveniles y más coloreados. Salió del departamento, tenía los ojos hinchados como de haber estado durmiendo profundamente, y se arreglaba el pelo con las manos. Cuando llegó a nuestra casa Elvira le cedió el paso.

–Te quería presentar a mis queridos vecinos –le dijo con una mezcla de respeto y ansiedad que su hermana recibió con una sonrisa.

–Soy Desiré, la hermana de Elvira, mucho gusto –dijo agachándose y

mirándome a los ojos mientras me tendía la mano, ante mi desconcierto. Una vez que sacudimos las diestras se agachó un poco más y me estampó un beso sonoro en cada una de las mejillas.

–Me hablaron mucho de usted, caballero –dijo con una tonada que nunca había escuchado, me guiñó un ojo y enfiló para saludar a mi madre. Con ella fue menos ceremoniosa y más cercana; tenía un vestido floreado con un cuello blanco y mangas cortas que terminaban en un ribete de la misma tela blanca del cuello. Desiré me sorprendió, era cachetona, rubicunda, redonda, de pantorrillas enormes y pies anchos, de labios naturalmente marcados, parecía que prometía un beso todo el tiempo. Desiré me sorprendió: no sabía por qué, comparada con las mujeres que yo conocía, esa mujerona casi rústica me parecía extraordinariamente hermosa. En cada paso que daba, tímidos y silenciosos por los mocasines chatos que calzaba, parecía desplegar algo que yo no conocía, no sé si era una música o si era el sonar de un río entre las piedras, o el mecerse del junco en la orilla por la brisa. No sabía si era un perfume un poco agrio, verde y recién cortado, o si era una voz extraña que venía como un cofre entreabierto sobre un camalote lleno de alimañas. Desiré me parecía hermosa, una matrona con la geografía estampada, la geografía de un mapamundi que yo desconocía. Desiré era grandota, de piel como a punto de abrirse de tan madura, Desiré era fragante como los pomelos en la frutera alcanzados por un rayo del sol de la tarde sobre la mesa de la cocina, y estaba parada ahí, quieta entre nosotros, pero para mí bailaba un pueblo escondido tras la tela de su vestido, un pueblo entero bailaba ahí, y nadie se daba cuenta.

Me tuve que esconder, la tela del pantalón de mi pijama era poco telón para ocultar la fanfarria que Desiré había desatado en mi entrepierna. No recuerdo que hubiera habido una vez anterior. Ante esa escultura gigante de tierra adentro, en ese living con postales, ante la presencia de una muchacha bella que por primera vez me incomodaba mucho y al lado de una vecina cantora, toda la sangre de mi cuerpo se la disputaban las mejillas y el pito duro, parado, ansioso por salir a mostrarse ante esa preciosura de hembra navideña.

Mi pito estaba exultante, delator, parado. Y yo ya estaba encerrado en mi cuarto muerto de vergüenza y deseándole la muerte a Papá Noel y a todos y cada uno en el Vaticano.

En el abrazo de mi madre yo quería disolverme, dejarme estar para siempre, convertirme en un manatí que no tuviera que salir a flote, que no

necesitara respirar y pudiera aguantar en las profundidades. A Desiré en cambio quería conquistarla, quería herirla, llegarle con un yelmo y botas de lata, largas hasta después de la rodilla, quería arrasarla, sacarle todo, comer de ella, fundarla para mí. Qué raro.

En cualquier caso, mejor que no se apareciera ningún Papá Noel, ningún hombre pelirrojo; se me abría la boca llena de colmillos aunque no quisiera y el pito parecía una flecha sanguinaria.

Así fue mi primera Navidad: una saturnal que se sació antes de empezar, una comida con tres mujeres que me miraban, se reían, me acariciaban la cabeza y no paraban de hablar y de reírse mientras yo me perdía entre la mirada fija y la cara toda roja de cuando las voces me hacían notar que estaba mirando demasiado a la correntina.

La hora de los regalos no fue menos humillante: el regalo de mi madre fueron tres calzoncillos envueltos en cajitas de cartón, una malla y una remera; el de Elvira fue un calzoncillo y un par de medias. El de Desiré un frasco de mamón en almíbar, una fruta que nunca había probado y que después de probar nunca hubiera probado.

Al rato de abrir los paquetes, mi madre me dejó brindar con ananá fizz y terminamos la noche jugando a dígalos con mímica. Ahí me reí yo también. Y me reí mucho. Y me reía más por verla a mi madre soltando carcajadas como bandadas enormes que nunca le había visto; aunque perdiera un poco de sensualidad por sacudirse así de tanta risa, mi madre parecía una mujer feliz. Y durante un buen rato pude reírme tanto.

Del verano que vino quedan manchones sueltos, como si hubiera sido una cinta que alguien tiró desde un extremo para apurar las cosas.

Creo que todavía era enero cuando nos fuimos de vacaciones. Mi madre había decidido que teníamos que acampar y que San Antonio de Areco lo ofrecía todo: río, historia, literatura, zoológico. Conseguimos una carpa, bolsas de dormir y no sé quién le prestó un Renault 4; yo ni siquiera sabía que manejaba, así que estaba sorprendido y excitado por el plan. Nunca había dormido en carpa y la idea me fascinaba. Me parecía de una lógica absoluta, algo que a veces hacía en mi cuarto, sobre todo para la siesta, con el colchón en el piso y una sábana colgada de donde pudiera. Me parecía genial aunque me resultara inquietante dormir tan cerca de mi madre. Ahí fuimos.

Creo que me pasé todo el viaje viéndola manejar y fumar, mirar por el espejito retrovisor, parar en las estaciones de servicio para cargar nafta, tomar café en vasitos de plástico, sostenerse el pelo subiéndose los anteojos, sonreír pícaro cuando se daba cuenta de que la estaba mirando.

Recuerdo que no bien llegamos armamos la carpa frente al río y cerca del puente y de un pequeño dique. La carpa era pesada, difícil de armar y tenía olor a humedad. Nos quedó bastante bien, un poco chueca pero afirmada. Con indicaciones de mi madre fui el encargado de cavar una pequeña canaleta alrededor por si llovía, para que el agua escurriera sin problemas y no nos cercara.

Un día fuimos al zoológico, me acuerdo de un leopardo echado como un viejo dopado en un patio de cemento irrumpido de cardos sin flores en el Borda, en una jaula mínima, con un tronco mínimo y una red de alambre tejido. De eso nunca me pude olvidar, de lo que sentí de mí mismo, aunque no supe traducir qué era esa condena. Me dio pena saber que él estaba ahí también para mis ojos. Lo que veía era un rey derritiéndose, un témpano sin garras atrapado en una corriente cálida que lo llevaba lejos, una maravilla enjaulada, sola. ¿Cómo se obliga a una potencia a ser el cuerpo de la nada?

Algo debe haber percibido mi madre porque me tomó de la mano y sin decirme nada me llevó directo a la salida. Hacía poco que habíamos llegado y nos fuimos caminando en silencio por la vereda, bajo una enramada de glicinas, perseguidos por unas nubes gordas y grises que lo cubrían todo.

Llegamos al camping al mismo tiempo que la lluvia. Primero fue un olor fuerte que subió desde el piso y después fueron las gotas más gordas que recuerdo. Que no llueva, decía mi madre para sí, pensando que no la escuchaba. Nos metimos en el quincho, que era un griterío de gente jugando a las cartas, al ludo, a la generala, y nos quedamos solos frente a una de las ventanas, mirando las burbujas que hacía la lluvia sobre la superficie del río.

–Va a llover largo –dijo alguien que se acercó a nosotros.

–Que no llueva –repitió mi madre como para sí–. Que no llueva.

Yo miraba el río que subía lento, la corriente empujaba con fuerza y empezaba a traer cosas, ramas, bolsitas que habría estado robando de la costa un poco más arriba. Yo miraba la corriente y pensaba en mi tío Rodolfo. El río se venía y yo sabía que no podía preguntar nada, ni decir que extrañaba las tardes en que me venía a buscar para enseñarme cosas del país o para ir a jugar a la pelota.

–Y sí, va a llover largo; que llueva de una buena vez y que limpie todo –sonó la misma voz alrededor de nosotros.

Creo que la canaleta desapareció por la cantidad de agua y creo que llovió también adentro de nuestra carpa esa noche. Creo que nuestras vacaciones terminaron antes de lo previsto porque apenas se corrían un poco las nubes y aparecía un rato de sol, una contraofensiva indestructible volvía a llenar el aire de gotas. Creo que fui yo el que propuso la retirada, me parecía que ante tamaña amenaza no podíamos resistir y que era mejor reservar nuestras fuerzas y acumular esperanzas para otro veraneo. Creo que mi mayor temor era que la lluvia empapara a mi madre, que la hiciera lágrima: las muchachas muy bellas suelen apesadumbrarse mucho ante un horizonte oscuro.

Recuerdo que igual de pronto llegó el umbral de la escuela a mis zapatos y la sensación de que ese edificio podía aplastarme. En los días anteriores, organizando los útiles para tener todo listo encontré el cuaderno en el que había escrito las letras de la tele que se reflejaban en el espejo de la puerta de mi cuarto. Las letras que había anotado la noche que llegamos con Elvira después de ver a los Titanes, cuando encontramos a mi madre ovillada en la oscuridad del sillón. Esas letras que había descifrado y que tenía planeado poner al derecho con la ayuda del vidrio rojo para poder leerlas. Era el cuaderno del año anterior y no lo necesitaba, pero no sé bien por qué decidí borrar esas letras escritas con lápiz negro. Lo abrí y lo dejé sobre el piso, me levanté para buscar la goma pero también busqué el vidrio rojo que estaba en un cajón del escritorio. Me tiré en el piso y antes de empezar a raspar la hoja

con la goma de borrar puse el vidrio en el medio del cuaderno, justo donde terminaba la última letra que había escrito y justo donde empezaba la página en blanco. No tenía a mano el lápiz negro pero no me hizo falta trazar las letras al derecho en la hoja limpia, podía leerlas sin escribir, directamente sobre el reflejo rojo del vidrio: “Unidad Viejo Bueno”, decía.

Borré todo, guardé cuaderno, vidrio, goma y me dediqué a dejar listo todo lo que necesitaba dentro de la valija de la escuela.

A pesar de esa cinta blanca de la que alguien tiraba para apurar las cosas recuerdo bien la alegría de ver a Darío en el primer día de clases y el entusiasmo de contarnos el verano que todavía podía acariciarse. Recuerdo que la canaleta fue como la zanja de Alsina en mis cuentos al amigo, que las lombrices seccionadas y coleando que aparecían en cada palada se convirtieron en malones que llegaban en alaridos, que el río silencioso no tenía contención y lo chupó todo, que había llegado hasta el quincho y que, por suerte, los chicos que jugaban al ludo habían podido salir corriendo justo antes de que llegara la marea silenciosa. Y que mi madre al volante era una chica de película.

Supongo que con el correr de los días el otoño nos acostumbró a la normalidad y que por eso no recuerdo nada más hasta una tarde de principios de junio.

Supongo que no suenan redoblantes, como esos de cuando la diminuta trapecista se lanza al aire para que el joven varón de muslos portentosos llegue en su salto y se la robe al vacío, antes del saludo final, colita de elefante a trompa de elefante, brazos extendidos al aplauso del público y colita y trompa de elefante y ramo de flores a la mujercita y honores al varón de muslos firmes como los de un tordo. Y colita y trompa y pantalla gris rugosa. Y ojo abismal que lo ve todo.

Supongo que no hay tiempo para esas cosas, que a nadie le responden la pregunta acerca de si son pobres los obreros, si Santi es pobre, si es pobre su madre, si su hermana es pobre. Si el tío Rodolfo se mudó tan lejos que hace tanto que no viene.

Supongo que hacía mucho que no escuchaba a las sirenas en la alta mar de la noche.

Una tarde Elvira me fue a buscar a la escuela, y me alegró mucho la sorpresa. No era para nada habitual y supongo que debo haber creído que una cancionista a deshora tiene los ojos siempre tristes porque no me pareció raro que no me hablara y que caminara al lado mío en silencio, tomándome de la

mano, grave, todas las cuabras casi hasta llegar a casa.

Cuando estábamos alcanzando la esquina vi a un policía parado en la vereda y no sé por qué las piernas se me dispararon. Elvira intentó tomarme fuerte de la mano para que no me escapara pero yo conseguí soltarme y salí veloz, como un leopardo hastiado del sometimiento de estar echado para los ojos de sus captores.

Yo sabía algo. Sabía. Corrí desaforado, apretando fuerte la valija con mis cuadernos de la escuela, para no perderla, y sabía algo. Yo sabía.

Cuando llegué al umbral de nuestra casa, uno de esos edificios del 50, modesto pero elegante, fresco en el verano, helado cuando llegaba el otoño, vi que la puerta de abajo estaba abierta. Entré. Elvira tardaba en llegar y yo quería que no llegara, necesitaba estar solo y que nadie se echara sobre mí con la excusa de que era un niño.

En el palier me enfrenté a la escalera y empecé a subir. La puerta de nuestro departamento también estaba abierta y de ahí salía una luz blanca, brillante y nubosa. Una luz como no creo haber visto. No había ruido a nada pero en los escalones había cosas, pedazos de cosas. Seguí subiendo. En uno de los últimos peldaños me agaché para recoger algo que no pude identificar: cuando lo tuve en la mano lo reconocí, era parte de un libro rasgado.

Llegué al rellano de esa luz demasiado brillante y me enfrenté al hueco de la puerta abierta. Los ojos me dolieron de tanto resplandor que entraba por la persiana levantada hasta el cielo, como jamás la levantábamos, como si ya no hubiese persiana, como si ahora fuese nada más que un agujero.

Todo estaba en otro sitio, todo estaba revuelto.

No había más postales de viajes extraordinarios, ni soles aztecas con barbas de colores, ni había más un hombre y una mujer en la foto que había mandado mi tío. Ni había un novio con boina de estrella roja, con barba y un cigarro.

No había más sillón ni había cama. Ni velador a un costado para sumergirse en la tarde de los libros. No había más centurias de soledad, ni había más ramas doradas.

No había parquet desvencijado ni mascotas embalsamadas en los anaqueles del modular. No había.

Mi casa estaba rota.

Me acordé del retazo en mi mano, bajé la vista y lo levanté para enfrentarlo a mis ojos fulminados por tanta luz. Las páginas se desprendían solas, como las hojas muertas de la canción que dice que es una canción que

nos reencuentra, que vos me amabas y yo te amaba y que los dos vivimos juntos. Como esas hojas que caían en espiral cuando el aire de mi vida parecía conmoverse porque desde algún lugar retornaba una muchacha muy bella al camino que la llevaba de vuelta hasta mí. Una muchacha como no creo haber visto. Una morena de piel azulina y noble, de pelo negro y fastuoso, como el paño de un torero.

Levanté los ojos una vez más y una vez más vi una luz blanca y nubosa. Una luz como no creo haber visto. Vi mi casa rota.

Bajé los ojos otra vez y leí el jirón que se deshojaba entre mis dedos.

Era la tapa de *El varón domado*. El libro dedicado a los demasiado viejos, los demasiado enfermos, los demasiado feos.

No voy a volver a leer, nunca, pensé mientras Elvira me abrazaba desde atrás.

En mi escritorio hay poca cosa y al lado una taza de té. Hebras de una lata *earl grey* cuando es posible. Negro. Me gusta traerlo humeante y que se vaya templando a mi lado, que el aire alrededor se cargue de la humedad modesta de esa chimenea imperceptible que sale de la taza. Me gusta en porcelana, o en loza antigua. Me gusta comprarlas sin planearlo, sin ir especialmente, y en negocios de barrio. Cada vez que me sorprende alguno entro a comprar remanentes de juegos de té fastuosos, antiguas posesiones de familias que tal vez han tenido que deshacerse de su vajilla. Legados que le quedaron al Estado porque murió esa señora que había quedado sola en ese caserón de los gatos, al cuidado de su historia, en una gran casa con nidos de arañas en los goznes de las puertas, con enorme jacarandá en el patio que le tiñe la primavera de lila, en una gran casa sin gas y sin electricidad, porque ya no hay cómo pagarlos.

A veces pregunto al vendedor si sabe de dónde llegaron esos juegos incompletos, tengo la ilusión de alcanzar la información necesaria para merodear la casa y componer una historia que tenga al menos una cara que me mire un instante y se guarde en mí.

Pero toda ganga viene de una estafa, y para el vendedor es mejor no saber nada de la historia de aquellos a los que compró esas alhajas por mucho menos de lo que sabe.

Me gusta comprar esos objetos, reservorios no sé de qué, tramos del tiempo cruzado entre los pequeños imperios familiares y la inevitable llegada del olvido.

Me encanta el té. Negro. *Earl grey* de una lata de hebras asiáticas y levemente húmedas cuando es posible. Que llegue como un lago casi sólido de tan caliente y vaya recuperando liviandad a medida que el aire se humedece y se mezcla del recuerdo a bergamota que traen las latas inglesas.

Me gusta el té de a sorbos grandes, cuando en la taza superficie y profundidad logran una temperatura uniforme y aceptable para los labios.

Me gusta el último sorbo; áspero como la lengua de un gato, astringente como casi nada, duro.

Me gusta la gota que queda en la panza de la cuchara, sobre el plato, al costado de la taza. Me gusta el pequeño zócalo de cortesía en el final angosto

de la taza, en la circunferencia menor que por dentro contiene y por fuera encaja en la ranura circular del plato.

Me gusta el té con galletitas de agua y, aunque a veces no pueda terminarlo porque me repugnan las migas húmedas como baba, casi nunca puedo resistirme: las parto, de a una y con algún cuidado para no ensuciarlo todo, dejo caer sobre el té los pedazos y con la cuchara los recojo con premura para que aún conserven su textura crocante de bizcocho pero lleguen a la boca con pequeños mares. De *earl grey*, cuando es posible.

El té me empezó a gustar de grande y creo que es algo a lo que me incliné con cierta disciplina. Al principio fue una decisión más o menos inconsciente: un día entré a uno de esos lugares y compré una tetera y el par de tazas que le quedaban a ese juego.

Llegué a casa dispuesto a informarme, qué blend de qué tés, qué corte, de dónde, qué temperatura, qué salinidad del agua, cuánto tiempo de infusión. Lo hice, si no en secreto, con total discreción. No sabía muy bien qué estaba construyendo y no podía distraerme con respuestas o justificaciones. Nunca me había gustado el té, mi madre tomaba mate, yo mismo tomo mate. Qué sabía lo que estaba haciendo.

Supongo que necesitaba un ritual propio, un legado en el punto cero, algo que empezara en mí y no tuviera nada de historia, algo propio. Un té, en una taza, en un momento particular de mi jornada. Una religión fetichista para mi exclusiva soledad.

Algo mío.

Tal vez lo hice ciego, en el momento de la ceguera en que sin querer toqué una verdad propia, como los buzos que van a tientas en la profundidad de un río oscuro y, aunque eso era verdad, no era algo sin historia: no voy a tener hijos.

No sé cómo lo sé, no sé que lo supe tanto, y tal vez el comienzo del té fue el final de esa certeza: cambio descendencia por rito propio. Cambio la historia en el futuro, pasarle mi ceguera a un cuerpo nuevo para desahogarme. Cambio atarles los cordones a esas zapatillas mínimas y correr desesperado al hospital en la noche de la convulsión, de las paperas. Cambio esa vitalidad. Por un té.

Fabiana se enteró una de las tardes en que me vio en el escritorio. Entró a buscar no sé qué cosa y se sorprendió. Tuvo la delicadeza de lisonjearme un

poco antes de acribillarme a preguntas: te queda bien la taza y el gesto de levantarla para tomar y volverla con cuidado al centro del plato. Te hace sexy. Y te hace algo que ya sos demasiado: silencioso.

Di vuelta la cabeza para mirarla y obligarme a una media sonrisa; no dije nada y no cambié nada de mi estar en ese momento, seguí sentado, enfrentado a las pocas cosas de mi escritorio, en actitud de trabajo, de estudio. No hacía ninguna de esas cosas. No hacía nada. Miraba por la ventana.

Fabiana salió del cuarto lastimada. Era nuestra costumbre, nuestra manera de seguir juntos. Ella me pescaba y hacía referencia a mi silencio. Yo me enfurecía y nunca le decía nada. Hubiera preferido no enfurecer, ser un poco más comunicativo. Siempre intentaba quedarme en el molde, no moverme ni cambiar de posición, no decir mucho para que no se me notara la furia. Un hielo seco que evidentemente humeaba y tardaba en deshacerse.

¿A todas las mujeres les molesta la soledad de los hombres?

Fabiana resuelve las cosas poniendo orden, dice que necesita que todo esté en su lugar para no desperdiciar nada de su energía en cosas que pueden resolverse fácilmente. Siempre se queja de mi indolencia, dice que la asusta ver cómo puedo convivir con la tapa del frasco de mayonesa tirada en el piso del cuarto o un cuchillo manchado de queso fresco días y días sin por lo menos cambiarlo de lugar.

No me imagino sin Fabiana. Cogemos bien y resuelve todo. Nunca la extraño; si no nos viésemos más pensaría en ella como la buena mina que es, me pajearía recordándome chocar su vientre con la cara, abrirle las piernas firme y loco de calentura, directo a olerle la concha, a rasparla con el lomo de la nariz, con toques mínimos y retirándome, volviendo a ese punto con más apremio, con órdenes precisas y cortas, cada vez más presentes. Me encanta cogerla, me enloquece escucharla, alzarla por la cadera y verla arquearse en la cama cuando le entro a fondo.

Pero no la extraño, nunca la extraño.

Creo que la actividad fundamental de Fabiana es despiojarme, sentarme en su regazo a que me revise la cabeza en busca de alimañas que atrapa con destreza, se lleva a la boca y hace estallar entre los dientes. No está tan mal de todos modos, a ella le viene bien ocuparse y a mí esos clics entre sus dientes me espabilan cada tanto, me mantienen más o menos despierto.

En mi escritorio no hay muchas cosas y es eso: mi escritorio. Una especie

de laboratorio que construí para tener momentos nada más que para mí, una estructura que induce a pensar que ahí trabajo. En esa superficie podría reproducir la disección del sapo que hicimos en la secundaria. Una materia sin dudas fundamental para mi formación: salir a cazar un bicho de esos, atraparlo, ponerlo en una caja para llevarlo a la escuela y abrirlo en la clase de Ciencias Naturales. ¿A quién puede habersele ocurrido ese nombre para esa materia, qué tiene de natural la ciencia, qué tiene de natural la obsesión por descuartizar la muñeca para saber que del lado de adentro está hecha a imagen y semejanza del diablo?

Primero nos enseñaron a desvanecerlo con cloroformo, después a abrirle la piel del reverso con un escalpelo y a estaquearlo sobre telgopor con alfileres para que su naturaleza se quebrara cabalmente ante nosotros y confesara. Aburrido, me dediqué a presionarle el corazón con el capuchón de una bic y me sorprendí mucho de que ese órgano volviera a latir por un solo toque. Ese corazón era un órgano bobo.

El escritorio está contra a la ventana de mi cuarto, frente a los vidrios que llegan hasta el piso. Durante el invierno el sol que aparece desde temprano en la mañana, me calienta los pies. Me encanta eso. Me levanto antes de las ocho, me tomo una pava entera de mate amargo, leo un poco, intento alguna arquitectura para el día, escucho música, grabo bolucedes, garabateo cosas. Un gran momento, un desayuno de horas, solo, abrigado con el sobretodo encima de la camiseta de dormir, en bolas, mirando pasar allá abajo a los paseadores que llevan esas jaurías obedientes. Puteando a los periodistas que escucho en la radio, divirtiéndome a lo loco con los periodistas del dial prohibido, mirando las leyendas sobre el murallón de enfrente que separa la calle de lo que antes era una bodega, y detrás un espacio enorme surcado por vías.

Poco antes de las 9 el sol empieza a pegar directo en mis pies. A esa hora empieza a subir por la ventana y me devora lento, como un cocodrilo viejo. Recién ahí me descalzo, con la punta del pie me saco cuidadosamente los zapatos para que caigan justo en el mismo lugar y así poder apoyar los pies desnudos sobre el cuero.

Dos lagartos que abandonan la guarida de las sombras para calentarse la piel fría.

Adoro ese momento y solo yo sé lo que significa que la mañana rompa clara y sin nubes. Una fragata de velas extendidas en alta mar, después de una

batalla nocturna a fuego y sangre. Cada día de sol me susurro la *Marcha de San Lorenzo* y únicamente así comprendo la necesidad de la victoria.

Pocas cosas me dan felicidad, el sol en los pies, sentado al escritorio, frente a la ventana de mi cuarto es una de mis fiestas, la que más disfruto. Y para esa felicidad solo tengo que poner el cuerpo ahí, esperarla.

En mi escritorio hay poca cosa, o más bien cosas que se van apilando. Libros que quiero leer en un momento y al segundo olvido debajo de otro libro que se ganó mi interés, y van formando mojones de lecturas pendientes.

Volví a leer de grande y medio por pereza, por sentir que fracasaba también en mi intención de no lectura. Después de todo es lo único que se puede hacer –me dije–, leer es lo único que se hace.

Me gusta leer cualquier cosa y me gusta no saber de qué están hablando mis amigos cuando hablan de literatura. Me gusta leer porque es un ejercicio brutal de desmemoria: cada frase tacha la anterior, inscripción tras inscripción tras inscripción. Todas las letras son una letra, un borrón en el abecedario de manchones.

Cada vez que cierro un libro lo olvido. Aun uno de esos que me hacen sentir perfectamente la planta de los pies. Aun uno de esos que contienen ese poema de Emily Dickinson que me hizo aullar como si hubiese sido el sol trepándome los pies en la mañana invernal, perdido en la alta mar de la marea que es mi vida, sin dirección, o con todas las direcciones desvanecidas, como un sapo abierto y su velamen en un océano de telgopor escolar.

Solo un toque con el capuchón para que el corazón reviva su latido, un pequeño roce Dickinson para que la sangre vuelva a hacer zarpar a las fragatas tras la batalla cruenta. ¿Cómo era ese poema, Dickinson? No tengo idea. Si me pongo en el aire de la mañana en que lo leí percibo algo, como una idea del recuerdo: *Yo no soy nadie*.

Emily y mi corazón; el toque de un capuchón que basta.

Me gusta leer y me gusta el té. Cada sorbo astringe el anterior y es definitivo, no me interesa construir nada con la obligación de lo previo.

En mi escritorio hay poca cosa y por suerte Fabiana pasa cada tanto y me chista. Me despeja un poco, me recuerda todo lo que olvido, me pone contra eso, me hace funcionar. Periódicamente me alienta para que vaya a visitar a Elvira al geriátrico. Me insiste para que le lleve fresias o claveles rojos en invierno, sabe que le gustan los claveles, que es de esa época, del tiempo en que los claveles eran flores hermosas y evocaban a España.

A Elvira le gusta mucho verme. Cuando me ve llegar, chiquita como está,

sonríe y se le llenan los ojos de lágrimas. Le doy un beso en cada mejilla y le acaricio la cara mientras ella saca su pañuelito festoneado del puño del saquito, se enjuga los ojos y contiene un llanto total que por un segundo se le escapa.

Le doy las flores y le doy las masitas que le encantan y que Fabiana pide en la confitería para que no tenga que hacer nada más que pasar a buscarlas de camino al geriátrico. Después es más o menos lo mismo: rogar que la tarde sea linda y que podamos salir al jardincito, el único lugar del geriátrico en el que no hay olor, para que Elvira pueda estar un poco al sol y podamos tomar el té, sentados uno al lado del otro, en los bancos delante de la glicina florecida, tomados de la mano. Elvira me agarra la mano y la lleva a su regazo con la increíble suavidad de su piel vieja, con la potencia absoluta de sus manos débiles, suaves, amorosas.

No hablamos. Supongo que ninguno de los dos quiere echarse a llorar. No debe ser fácil envejecer, ser una dama, haber sido cancionista, ver cómo se caen los montones de flores de la glicina estallada y que haya que esperar los nuevos brotes sin poder hacer nada más que esperar y sin saber si eso va a ser posible.

Elvira me pide que le cante pero yo soy un perro y al principio me negué. Fabiana me consiguió la letra de un valsecito y un tango y me enseñó a cantarlos; entonces, en un momento del encuentro me acerco a ella un poco más en el banco, hasta juntar los flancos de nuestros cuerpos, y ahí me largo solo, sin que me lo pida. Despacito y con soltura, como si en otra vida hubiese sido Floreal Ruiz, muy estribillero el Ruiz ese, me dijo un día Elvira y me dejó pasmado con ese comentario. Le gusta cuando canto *Antiguo reloj de cobre* y pretendo la maestría de Miguel Montero, me festeja, se ríe sola, sin mirarme, con los ojos llenos de lágrimas.

De ese geriátrico tengo un recuerdo que atesoro, uno de esos que sí quiero conservar pero en el que sé que vivo sin necesidad de obligarme a ninguna fidelidad, sin usarlo, sin poner play cada vez que tengo que saber quién soy.

Ese secreto es otra cosa mía.

Tendría 25 años y Elvira ya hacía por lo menos dos que estaba internada; estaba bien, solo desconectaba por períodos cortos y muy esporádicos pero ya no podía vivir sola. Fui una tarde a visitarla y mientras estábamos ahí, en el jardincito de atrás, nos sorprendió la visita de su hermana. Desiré llegó sin avisar, después me confesó que quería ver el geriátrico sin que la estuvieran esperando, y casi no me reconoció. Cuando Elvira le dijo quién era se sonrió

sin poder ocultarlo. Yo vi a la misma mujer, tal vez más vieja, pero era esa misma redondez impertinente. Esos cachetes coloreados, ese culo alto como la carpa de un circo en las afueras de un pueblo y esa boca dispuesta para el beso que se abría para sonreír por mí, sin vueltas. Con pudor pero sin intención de ocultamiento. En todo caso el pudor me tomó a mí, también colorado y con la pija dura al instante.

Por suerte nos sentamos y tomamos el té. Mis ojos iban desde Desiré al piso, no podía evitar mirarla y cuando me daba cuenta bajaba la vista, parece que demasiado ostensiblemente. Tanto que en un momento Elvira y su hermana no aguantaron más y largaron unas carcajadas demasiado sonoras para mi gusto. Al principio me incomodaba mucho estar al palo en la escena de una tarde en el jardín de los gerontes, al lado de Elvira, una tía vieja frente a la que hay que comportarse. Pero estar así, sentado y con la mesa como parapeto, me hacía disfrutar la alegría de mi verga, aunque me doliera un poco. Que me vieran los demás no me importaba nada, salir en la tapa de los diarios como el degenerado del geriátrico no me importaba nada. Estaba caliente como nunca. Caliente como esa sola vez, completamente enamorado. Tanto como no lo estuve nunca.

Esa tarde, cuando la glicina ya era un manto húmedo y oscuro, entramos al edificio y dejamos a Elvira en su cuarto para que comiera; la enfermera ya le traía la cena cuando entramos a la habitación que compartía con otras dos señoras. Elvira me mostraba ante las viejas del geriátrico como un estandarte que la enorgullecía. Desiré y yo somos su única familia y ella decía a los gritos que a ninguna la visitaba un hombre tan buen mozo. Creo que todos le perdonaban la exageración porque en general tenían hijos que los visitaban y porque ella se la pasaba cantando tanguitos a pedido.

Cuando Desiré y yo pisamos la vereda, después de haberle besado las dos mejillas a Elvira, de acariciarle la cara y de prometerle que iba a volver a visitarla pronto, sin pensarlo, sin poder hacer otra cosa, la agarré de la mano y me quedé a su lado. A ella no pareció molestarle y me tomó también con su mano caliente y redonda.

Empezamos a caminar en silencio y al llegar a la esquina paré, la abracé y le dije al oído: quiero cogerte, quiero estar con vos. Le hablaba en voz muy baja pero desesperado, sin soltarla, sin poder retenerme para intentar algo menos brutal.

Lo que vino después fue una especie de selva, una textura que yo no conocía y que me hacía funcionar como si me hubiese drogado. Desiré era

bastante menor que Elvira pero así y todo era una mujer mayor, una mujer que cuando estuvimos juntos se presentó ante mí como una Helena en fuga, como una Malinche, toda una correntina.

No podía reaccionar pero tampoco podía detenerme, era el orden de la selva lo que me tomaba: se paseaban ante mí las bestias de mirada licenciosa, unos ojos fascinantes que se abrían en colmillos, caminaba y los tobillos me sangraban por el filo de las plantas. Se sucedían las caídas en los pozos ocultos por capas de hojas fermentadas, la voz de las serpientes, las lengüitas bífidas, los rugidos, el sonido de los cursos de agua que se acercaban o se alejaban caprichosamente, una humedad en el aire irrespirable, el cadáver de un carpincho agigantado de gusanos, las mariposas de orugas fosforescentes saliendo de la cueva oscura en la que cuelgan las colonias de vampiros, el oasis inesperado que se vuelve trampa para el ciervo, la constrictor enroscada a la pata de la vaca mamándole la ubre rebosante, la cría acechada por la soledad del nido abandonado, la orquídea que explota para ninguna mirada, el perfume delicioso que se vuelve agrio y rancio a medida que los pasos logran las ramas más soleadas del mburucuyá.

Estar con Desiré fue una selva. Terminamos abrazados toda la noche en la cama del cuarto de un hotel en Pacífico, dormíamos siestas y repetíamos y volvíamos a quedarnos suspendidos, abrazados. En un momento, en la oscuridad intermitente del cuarto, empezó a hablar con voz muy suave, en secuencias de segundos su cuerpo se recortaba de la pared del fondo por los destellos verdes del neón tras la ventana.

Desiré me dijo que le hacía acordar a un chico que había debutado con ella. Nunca entendí si me estaba contando que había sido prostituta o que había tenido un romance con un menor.

—¿Y —le dije mientras me reía un poco—, cómo quedó?

En esa pregunta yo quería que me viera, así, en esa oscuridad intermitente quería aparecer por fin ante sus ojos.

Desiré suspiró, buscó mis pupilas y me contestó suave: Le maté, dijo con una sonrisa orgullosa y su tonada guaraní, una rosa china penetrada por el pico enorme de un colibrí insistente.

Esa mañana, súper temprano, salimos del hotel al frío de las primeras luces del día. Una vez en la vereda ya no había nada entre nosotros, nada. Una tristeza enorme, tal vez. Una tristeza por la que los carayás de mi primera imagen de la hermana de Elvira viniendo, esos que le robaban fruta del sombrero, se escondían en los bolsillos de su vestido pueblerino, agotados

del viaje polvoriento, un poco avergonzados.

La invité a desayunar en la pizzería de debajo del puente y tomamos el café con leche en silencio mientras el día se encendía y todo se volvía pálido. Yo desenrollaba las medialunas para encontrarles lo tierno y Desiré las sumergía en su taza, parecía cansada pero poco a poco fue recuperando su fauna y su porte.

No veía la hora de salir de ahí, todo lo que quería era entrarle al día y olvidarme.

No nos vimos más. Desde esa mañana y tras la noche entera del amor más puro que guardé desde la infancia todo terminó. Haberme aventurado a la selva me dejó más dolorido de lo que podía recordar.

No sabía adónde ir y no podía volver a casa. Estaba temblando, asustado del vacío al que me había asomado. Empecé a caminar tratando de sentir las plantas de los pies, tratando de sentir que estaba ahí, cortando el aire.

En una vidriera me topé con mi reflejo, tan pelirrojo como cuando mi cabeza de niño parecía una fogata capaz de incendiarlo todo, tan pelirrojo como seguramente sería el que nunca apareció. Hijo de una grandísima puta, dejarme solo contra el mundo, cambiar atarme los cordones de las zapatillas diminutas por no sé que mierda. Hijo de un vagón lleno de putas, dejarme sin palabras en el apartado padre.

Caminaba frágil como aquel cuerpo pequeño en maillot de luces que disparaba chispas por las lentejuelas iluminadas en el aire, soltado del trapecio, con el telón de fondo de la carpa que se desarma para seguir su derrotero. Mientras los muslos fuertes, iluminados hasta el vientre, como toda aparición, un protagonismo seminal que se previene del vacío y queda seguro en la oscuridad. El fondo lejano de la lona enmohecida de la carpa, acribillada de la luz que reflejan las lentejuelas en un salto sin correspondencia; pequeños perdigones de luna disparados al vacío.

Los cuerpos van quedando osamenta al costado del camino, el circo marcha, larga vida al circo.

Enfilé para el geriátrico, el corazón era un buco que se abría y todo lo que necesitaba era estar tomado de la mano de Elvira, en silencio, besarle las mejillas y acariciarle la cara mientras ella buscaba su pañuelito festoneado para enjugarse los ojos.

Eran muchas cuadras pero necesitaba caminar. Creo que hubiera preferido no haber cumplido el sueño de amor correntino y por fin entendía que

preservarme de la Navidad puede haber sido una decisión inteligente de mi madre. Todo lo que me quedaba de una noche en la selva era tristeza, por las garras del yaguareté se desangraba mi lomo y desde los tobillos se me metía en el torrente una pena bífida.

Necesitaba la mano suave y viejísima de ese cuerpo que estuvo entonces y que estaba ahora, la vecina centinela; Elvira podía mirarme y traerme de vuelta a mi vida de deseos insatisfechos.

Casi llegando a la casona del geriátrico aminoré la marcha naturalmente y vi las persianas que daban a la calle con una hendidura de apertura que dejaba ver un solo fotograma de la película que pasaba adentro. Elvira estaba sola, con su bata de cama, sentada a la mesa, tomando el desayuno en silencio; al lado de su taza había un paquete de galletitas de agua. Me quedé parado mirando por ese filo de la persiana, no podía hacer nada más que eso. En el platito de la taza había un saquito de té usado y esa imagen, las manos de Elvira, la taza, las galletitas, el mismo saquito, me trajeron la película completa: recordé que a mi madre, cuando estaba en casa, le gustaba tomar su té oscuro, casi hirviendo, con azúcar, cortado con leche fría.

Mi té no era mío, mi té nunca fue mío. Yo era solamente un hijo, nada más, un hijo.

De pronto apareció una de las enfermeras con las acciones resueltas de abrir bien la persiana y me descubrió ahí parado y mirando.

—¿Qué está haciendo? —empezó a gritarme y terminó la frase bastante descolocada porque me reconoció y vio que estaba llorando a mares, ahí, quieto, parado en medio de la vereda, mirando a Elvira y a sus manos viejas, mirando el emporio de esa taza.

—¿No quiere pasar a ver a la abuelita? —dijo la enfermera intentando algo para consolarme y resarcirme del grito que casi me pega—. ¿Tiene pañuelo? —agregó, y yo no podía nada.

—Esperesé —me dijo—, yo le traigo.

Al minuto se asomó otra vez por la ventana y me indicó que fuera a la puerta de entrada, que me abría y me daba pañuelitos de papel. Yo ya había dejado de llorar. No sé si antes alguna vez había llorado y hacía medio minuto no me imaginaba una vida sin llorar. Ahora estaba cortado, pero quería estar con Elvira.

La enfermera mostró una amabilidad muy pudorosa y eso ayudó un poco, realmente no quería tener que explicar nada, solo necesitaba que Elvira me acariciara la cara en silencio, me mirara con los ojos blanquecinos, como los

de la perrita que tenía en el departamento cuando yo era chico. Al entrar en el comedor la vi de espaldas, me acerqué desde atrás e intenté cantar bajito *Flor de lino* para que me reconociera; imposible, no tenía ni un hilo de voz. Me senté a su lado y ahí me di cuenta de que Elvira no podía darme el abrazo que necesitaba, estaba muy chiquita y aunque en sus ojos había la llama de la historia compartida, la marea de las lágrimas le apagaba cualquier impulso más o menos definido. Se puso muy contenta de verme pero siguió desayunando como si fuese normal mi visita en la mañana, un mohín pícaro le brilló en la cara y se le deshizo al instante, como si ya no pudiera sostener un gesto siquiera.

Nos quedamos en silencio.

Cuando terminó el té empujó la taza hacia adelante, más al centro de la mesa; el temblor de sus manos hacía tintinear la cuchara en el platito. Tomó un pedacito de galletita que había quedado sobre el mantel y se lo llevó a la boca despacio, masticándolo con una calma resignada, sin ruido. Por suerte tuvimos un rato de soledad y pude dedicarme a besarle las mejillas, a acariciarle la cara, a tomarle la mano suave y potente en su debilidad, a rodearla con mi brazo y dejar que su cabeza se recostara en mi hombro mientras le besaba la frente, a acariciarle la espalda y a hacer todo, cada pequeña cosa que yo hubiera necesitado sentir. Puse especial dedicación en darle todo lo que yo necesitaba que ella me diera.

Cuando el salón se empezó a llenar de los ruidos que anunciaban que llegaban otros viejos volví a besarle las mejillas, me acerqué a su oído y le dije gracias.

Para esos momentos el lenguaje tendría que ser una invención, que de la nada más absoluta suene por primera vez la palabra inicial, para que su corazón quedara irradiado para siempre de mi gratitud, lo único que sentí, además de tristeza.

Tuve que esconder la cara porque se me escaparon un sollozo y un par de lágrimas. Una de cada ojo, salieron de mi cara reflejando prismas ínfimos en el aire del trayecto hasta tocar el suelo. El gran llanto es una lámpara universal, las lágrimas son caireles de arco iris.

Dejé a Elvira guardando su pañuelito en la manga del saquito después de haberse enjugado los ojos y después de haber mirado hondo a los míos. Algo nos dijimos ahí, algo empezamos a decirnos. Volví a llorar en silencio, volví a decir gracias.

Caminé el pasillo hasta la puerta de calle y me enfrenté al día. El sol

iluminaba las mismas cosas pero de otra manera, parecía que les exprimía sus posibilidades de color, y lo que cuando salí del hotel con Desiré era una aparición tímida, ahora era la exaltación de una manifestación definitiva.

Esa mañana supe que no iba a volver a ver a Desiré. Y esa mañana también supe que Elvira se iba a morir. Saber eso me despejó la tristeza. Saber que Elvira se iba a morir me volvió los pasos a los pies y volvió a ponerme en dirección a mí mismo. Elvira se va a morir y voy a estar ahí para acompañarla, para poder verla, para dársela a la tierra o para dársela al fuego. Qué alegría.

En mi escritorio hay poca cosa y el té heredado. Últimamente también hay una duda: ¿quién dijo no, quién habló por mí? ¿Decir no me hizo creer que era abrazarlo, mirarlo para que no se vaya? Decir no, para tenerlo conmigo.

Si no tengo hijos el único padre es él y lo tengo para siempre. Aunque sea la silueta vacía de la elección apasionada y poco confiable mi madre, el recuerdo de un recuerdo.

Pero este pelo rojo también es mío, la corona escarlata de un príncipe que resiste al trono, mi propio Elsinor privado. ¿Yo soy un recuerdo? ¿La porfía de la memoria me obliga a ser un recuerdo?

En mi escritorio hay poca cosa y ante eso se sienta cada mañana un hombre que apareció de un reino difuso. Un leopardo en jaula de barrotes pelirrojos, una potencia obligada a ser el cuerpo de la nada. ¿Alguien me ve?

Poca cosa; yo creía que era depresión, creía que era enojo. Poca cosa.

Un día me harté de escuchar eslóganes como “nosotros tenemos los mejores muertos”, un día me harté de construir mi propia desaparición. Yo creía que era poca cosa, que estaba deprimido y que eso era algo lógico.

Yo creía que era depresión.

Tal vez era que quería llegar a la superficie para respirar con la boca bien abierta la porción de aire que me toca en el planeta. Me había acostumbrado a pensar que la muchacha bella había sido débil, que había sido fuerte, pero débil para quién, fuerte para quién, ¿quién pensaba esas cosas en mí, cómo se fueron construyendo esos pensamientos?

Poca cosa, pensaba. Un poco de depresión. ¿Quién no querría un enorme vaso de ice-cream soda? ¿Quién no querría que una muchacha bella lo mirara, tan solo una vez y aun con toda su dificultad y su utopía, y le delineara con los ojos el perímetro del cuerpo diminuto para posarlo en la Tierra?

Vivía enfurecido, saturado de ser un hijo perfecto, de participar del murmullo de lo que ni siquiera necesita ser dicho: todo se dirime entre quebrados y leales. Nunca supe de nada más católico que eso, nunca supe de nada más macho y vaticano. No hay ningún hombre nuevo volviendo de entre

los muertos. Ni entonces ni hace dos mil años. Hay una muchacha bella perdida para siempre en el espanto y un quebrado que se ahoga y no puede distinguir cuál es su recuerdo.

Soy muy bueno buceando y entiendo más las leyes bajo el agua, hay cosas que están cerca y parecen lejanas y hay cosas que uno pretende con dos brazadas y se vuelven agua por el mismo impulso de querer lograrlas.

Una vez nos sumergimos desde un barquito en el norte de Brasil, éramos un grupo con patas de rana, un cardumen de neoprene fascinado por el turquesa cruzado de líneas brillantes, de colores y gesto gracioso, una fauna que parecía indiscutidamente alegre. Adoro bucear, en ese universo todo parece unido. Antes del chapuzón el líder del grupo enumeró las cuestiones comunes a tener en cuenta: cómo regular la presión, cómo volver a la superficie sin riesgos, hasta dónde llegar. Pero en ese ambiente todo es fácil, todo abraza, en un segundo lo encontrás todo. Se me ocurrió aventurarme un par de patadas y ahí lo vi: el turquesa se oscurece concéntrico y es amable, no hay que hacer nada más que dejarse estar, es completo. ¿Respirar? Ser un buen hijo, un buen nieto.

Fabiana apareció desde atrás con su presencia imperativa y me distrajo de ese Orfeo líquido, dimos un par de vueltas más antes de subir juntos. Una vez en cubierta hablamos con ampuloso entusiasmo de lo alucinante de ese mundo sumergido y de la fascinación que era suspenderse ante el abismo. Creo que los dos nos apasionamos para pasar de largo justamente esa fascinación que ella festejó en la charla, pero que abajo enfrentó furiosa como a una amante que le disputaba el hombre.

No hay mucho misterio conmigo: lo que sucede es que no lo aguanto.

Aunque mi vida sea poco más que un miserable imperio de justificaciones, sucede que no lo aguanto. No puedo.

No quiero ser el hijo de ese cuerpo en los días entre el secuestro y el final. No lo aguanto, no lo puedo llevar en mí, no puedo haber sobrevivido a esa muchacha bella y saber todo lo que no sé. No puedo ser el hijo de esa mujer menor que yo ante ese abismo. No lo aguanto. No puedo. Y no me interesa vivir para contarlo. No puedo. No puedo.

¿Papá?

(¿Esa es toda mi posibilidad íntima de verdad y justicia, aunque una se repliegue en mí para poder desplegar la otra?).

No pronunciarla como un salmo mudo para aferrarme a esa nada completa. La religión del ausente. Si hay tan poca cosa quiero vivir entre los muertos.

Estaba demasiado seguro de que nunca la iba a oír.

Ahora me escondo para temblar sin que me vean. ¿Y si alguna vez alguien la dice desde unas zapatillas diminutas, si unos ojos me miran desde abajo?

¿Si un aparecido me mira?

En mi escritorio hay poca cosa y una foto. Un marco de listones de madera laqueada, con una solapa firme del lado de atrás que lo sostiene. Es una foto en blanco y negro, una foto en la que el viento me limpia la cara y me la despeja toda. Una foto en la que el viento vuela el espeso pelo negro de esa muchacha de piel pálida y hace de su cara un gesto difícil de entrever. Estamos los dos en pantalones cortos pero yo tengo un suéter, uno de ochos que ella había tejido para mí. Los dos en zapatillas, ella con una blusa blanca que de un lado se le pega al cuerpo y del otro parece que la hiciera volar.

No recuerdo quién nos tomó esa fotito cuadrada con nuestra Kodak Fiesta, ahí quietos, contra un paisaje áspero, como un murallón de nubes bajas que hacían del cielo una profecía tempestuosa. Parados en medio de pastos pálidos, los dos mirando a la cámara, camino a Mar del Plata desde Chapadmalal. Estábamos de vacaciones en el hotel maravilloso que había construido Perón en el 45 para los metalúrgicos. Una gigantesca mole de pabellones como un hospital, como una cárcel, una mole llena de un lujo también áspero y soviético. Todo era enorme y magnífico y austero y todos los que estábamos ahí éramos como compañeros de algo, como si estuviésemos en la misma escuela. Recuerdo una sensación de amparo, siete días de vacaciones posibles con mi madre, siete días entre iguales.

Habíamos salido a una caminata; uno de esos planes de los que yo sabía que iba a tener que apelar a toda la paciencia de que dispusiera, a pesar de que mi madre lo presentaba como un safari lleno de aventuras. Era extraño escuchar cómo trataba de convencerme de un paseo que iba a ser tortuoso y que no iba a liberar para mis ojos ni a cebras, ni a leones, ni a elefantes.

Mi madre quería hacerme caminar, fortalecerme de alguna manera y supongo que evitar que en una tarde nublada empezara a pedirle que me llevara a los fichines.

—¿Ves?, para allá está Mar del Plata —me decía para entusiasmarme en un camino junto a los acantilados yermos. Yo no me quejaba, estiraba lo más que podía mis pasos para alcanzarle el ritmo y que no me retara, y cada tanto miraba los albatros que volaban sobre el acantilado a nuestra altura.

En un cierto punto descubrimos una construcción enorme, ya habíamos andado mucho y nos topamos con una escalera de hormigón en el medio de la nada, posada en el terreno en bajada hacia el mar.

Nunca supe qué era eso pero siempre me pareció que era el mismo tipo de construcción del hotel, enorme, ampulosa, áspera. No había nada ahí donde empezaba. Era extraño, como si hubieran construido esa escalinata antes que las instalaciones desde las que la gente bajaría a la playa. Pero había algo mucho más raro: ahí no había playa.

Tomados de la mano empezamos a bajar la escalera. A mi madre le cambió el tono y debe haber sentido alguna aprensión porque me pidió que la agarrara fuerte y me acercó a su cuerpo para descender los peldaños anchos. En un momento se hizo claro lo que estaba confuso, nos detuvimos: no solo no había playa alguna ahí, lo que había era acantilado. Lo que había era una escalera fastuosa que bajaba al canto de un precipicio, sin protección, sin señales que advirtieran el peligro. De pronto terminaba deshecha, desprolija, como si los obreros de esa Potemkin hubiesen obedecido la orden de construcción sin atisbar el vacío y se hubieran despeñado mientras sus capataces los olvidaban ahí y se iban a otro proyecto.

La escalera terminaba en el vacío. Una escalera enorme, ancha, para que los paseantes llegaran a la mar del estío popular. No hacía falta bombardear la Plaza en esa arquitectura nacional para lemures suicidas.

En mi escritorio hay poca cosa y una foto enmarcada. Más allá del marco de listones de madera pintada de negro está la ventana, tras la ventana las copas de los plátanos, las copas aireadas de las tipas tucumanas y sus ramas como piernas de mujer en medias negras. Un poco más allá, el murallón que separa la calle de ese predio grande en el que había una embotelladora de vino, los galpones a los que llegaban los cargamentos con la uva de Cuyo, la larga fila de camiones que llegaban seguidos de abejas persiguiendo un territorio del que ya habían sido despojadas.

¿Quién fue esa muchacha bella?

En esos terrenos podría construirse lo que ya no existe. En esos terrenos podría construirse el cementerio feliz en el que elegimos que quedara nuestra memoria, una extensión de césped desde el mar hasta la cordillera sobre la que pervive el mundo ideal que soñaron ellos.

Tras los galpones están las vías, un espacio enorme sembrado de pasto inglés y surcado de las líneas plateadas por las que llegaban los trenes a la capital, el encuentro de los mundos. Donde había fábrica hubo ciudades oscuras, los galpones fueron barracas tomadas y desalojadas y vueltas a tomar. Ese piolín en el que se secan las medias y las remeras espera su cadalso, espera que lleguen los camiones nuevos, los que van a inyectar la mezcla de hormigón para construir ciudades brillantes ahí donde había opacidad. Donde había fábrica y hubo medioevo van a levantarse como Transformers los edificios ultramodernos con vista al río.

Qué potente puede ser el deseo de ponerse una camisa limpia.

¿Y qué pensaría de las cosas esa muchacha de piel azulina, como de una aristocracia natural y lejos de toda trivialidad mundana?

De las flores del lapacho, por caso, ¿qué pensaría? ¿Se quedaría prendada de ellas si caminásemos por un parque en la tarde de la tarde, la hora en que los árboles, por única vez en el día, se quedan quietos?

Si vuelvo los ojos de la ventana reaparece el marco de listones laqueados, la foto áspera que muestra mi cara y, oculta, con ese pelo suntuoso como el manto de un torero, el gesto de mi madre revuelto por el viento. Los dos en pantalones cortos. Yo con esos ochos que tejió para mi abrigo y ella con su blusa que un poco la retiene y otro poco la hace volar.

¿Habláramos del olor del jabón blanco, de su limpieza modesta, antifascista, insuperable?

Por fuera de la foto hay pilas de libros que se derrumban sobre papelitos con indicaciones incomprensibles. Cosas que anoté en momentos de urgencia y que ahora no comprendo. Hay siempre una taza de té en mi escritorio, una revolución que me duró muy poco y al tiempo mostró su tradición conservadora: bien negro, bien caliente, con una cucharada gorda de azúcar y un chorro de leche cruda y fría.

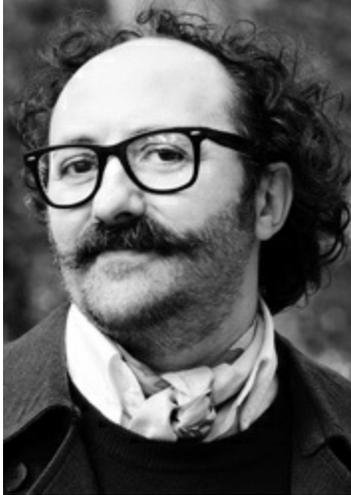
¿Dónde estará, en qué se habrá convertido ese suéter de ochos y lana gruesa?

Era verano en esa foto pero había mucho viento cerca del acantilado. Mi cara se ve toda y parece sin gesto, o con el gesto de saber sin saber que me acerco a la cumbre inadvertida de su cuerpo diminuto al borde del abismo.

En mi cuarto no hay nada, ni siquiera poca cosa. Un escritorio al que me siento en las mañanas, frente a la ventana, algún desorden de papeles pero nada. Sobre las paredes no hay soles aztecas, ni valles de amapolas, ni tulipanes en primerísimo primer plano que esconden la imagen de una cuadra de casitas holandesas. A mí no me gusta viajar, todas las geografías me resultan bordes de un acantilado.

Quiero un cuarto de paredes que no digan nada, un cuarto con una ventana que me deje ver el murallón de enfrente que cada día es escrito y cada día tacha la inscripción del día anterior. Un cuarto en el que resuene el mundo de ahí afuera y me haga bajar a la calle de improviso, así como estoy, en pantalones cortos, con el pelo revuelto de haberme levantado recién de la cama, en ojotas, corriendo por un impulso vivo que no puedo contener porque escuché risas y me asomé a la ventana para ver y eso solo no fue suficiente. Salir a la calle para respirar una enorme bocanada, para acercarme a esas chicas que se ríen con carcajadas como de gallinas cluecas. Esas chicas que no cuentan más de 14 y tienen los breteles caídos de los hombros transpirados. Esas nenas que se ríen mientras tiran de la cincha de un enorme carro cartonero en la avenida entre los autos. Esas morenitas alegres que se disputan un heladito que se les derrite por la risa, por la fuerza de tirar de esa mahoma de celulosa que va por la avenida junto al murallón y es cuna de un bebé que duerme su borrachera de mamadera vacía en la boca como chupete. Y yo que corro con la boca abierta para tragarme todo el aire de esas carcajadas y no sé qué hago y mucho menos sé qué hacer y les grito ¡chicas! y las alcanzo y paro casi sin poder respirar y me agacho antes de mirarlas, antes de preguntarles de qué se ríen.

Y ellas, sorprendidas, se dan vuelta y dejan de reírse y me miran agitado y en cuclillas y tal vez enojadas porque van a tener que arrancar esa mole pesadísima que mi grito les hizo detener y se miran entre sí porque no saben cómo reaccionar y vuelven a mirarme. Y se ríen otra vez con esas carcajadas llenas de aire. Y me miran y se ríen. Se me cagan de risa. Y yo respiro.



## JULIÁN LÓPEZ

Julián López nació en Buenos Aires, en 1965. En 2004 publicó el libro de poemas *Bienamado*. Integra diversas antologías de poesía, entre ellas *Lo humanamente posible*, editada por El fin de la noche. Desde 2006 codirige el ciclo de lecturas Carne Argentina.

Foto © Vivian Ribeiro

López, Julián

Una muchacha muy bella. - 1a ed. - Buenos Aires : Eterna Cadencia Editora, 2013.

EBook

eISBN 978-987-712-012-7

1. Narrativa Argentina.

CDD A860

© 2013, ETERNA CADENCIA EDITORA S.R.L.

© 2013, Julián López

Primera edición: junio de 2013

Primera edición digital: diciembre de 2013

Publicado por ETERNA CADENCIA EDITORA  
Honduras 5582 (C1414BND) Buenos Aires

[editorial@eternacadencia.com](mailto:editorial@eternacadencia.com)

[www.eternacadencia.com](http://www.eternacadencia.com)

[blog.eternacadencia.com.ar](http://blog.eternacadencia.com.ar)

eISBN 978-987-712-012-7

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea mecánico o electrónico, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright.



ETERNA CADENCIA EDITORA

Dirección general Pablo Braun  
Dirección editorial Leonora Djament  
Edición y coordinación Claudia Arce  
Corrección Virginia Avendaño  
Diseño de colección Pablo Balestra  
Diseño de tapa Ariana Jenik  
Prensa y comunicación Ana Mazzoni  
Conversión a formato digital Libresque  
Corrección de e-book Silvina Varela

## OTROS TÍTULOS DE ESTA COLECCIÓN

*Historia de las pulgas que viajaron a la Luna (y otros cuentos de ficción científica)*

*Los cuentos siniestros*

Kobo Abe

*Lo infraordinario*

*Nací*

Georges Perec

*Cuadernos de Lengua y Literatura. Volúmenes V, VI y VII*

Mario Ortiz

*Beya. (Le viste la cara a Dios)*

Gabriela Cabezón Cámara e Iñaki Echeverría

*Padre contra madre y otros cuentos breves*

Machado de Assis

*El traductor*

*El Camino Total*

Salvador Benesdra

*La vida ordenada*

*Grieta de fatiga*

*La lenta furia*

Fabio Morábito

*Juego de damas. Nueve cuentos y una obra de teatro*  
Jane Bowles

*Novelas breves*  
Juan Carlos Onetti

*Sangre en el ojo*  
*Las infantas*  
Lina Meruane

*Carne viva*  
Vera Giaconi